



El oro de los dioses
Jordi Sierra i Fabra

Annotation

La lucha por llegar a lo más alto en el deporte Marc tiene sólo diecisiete años y hace ya unos cuantos que se entrena seriamente para ser un corredor profesional y llegar a participar en los Juegos Olímpicos, igual que hizo su padre hace veinticinco años. El padre de Marc estuvo a una centésima de segundo de ganar la medalla de oro, pero tuvo que contentarse con un segundo puesto, que le pesaría durante toda la vida como una losa. Veinticinco años más tarde, sale a la luz la noticia de que en esa competición muchos participantes subieron al podio gracias al dopaje, y precisamente la persona que le arrebató el oro al padre de Marc pudo ser uno de ellos. Esta noticia conmocionará al joven de tal forma que luchará por esclarecer los hechos y recuperar la medalla de oro que pertenece a su padre.

Jordi Sierra i Fabra
EL ORO DE LOS DIOSES

1

SALIDA

Al cruzar la línea de meta todos sus músculos se tensaron y destensaron por última vez. Fue automático. Y en el intervalo entre ese segundo y el siguiente, lo único que hizo fue girar la cabeza para mirar a su entrenador.

Se tranquilizó al ver su cara.

Le temía, pero siempre se tranquilizaba al verle la cara después de una buena carrera, aunque fuese de entrenamiento, como aquélla.

—Bien, ¡bien! —le oyó exclamar.

Corrió todavía unos instantes, unos largos metros, ya sin la presión de la marca ni el rígido autocontrol de todos y cada uno de sus componentes, tanto mentales como físicos, unidos en perfecta armonía a lo largo de los 400 metros que habían separado la salida de la llegada. Luego estiró los brazos y las piernas, movió la cabeza de un lado a otro, y caminando, con la vista fija en el suelo, tratando de recordar posibles fallos a lo largo de la prueba, se encaminó hasta donde se encontraba Marcelino Genís.

A veces le quería. A veces le odiaba.

Era como si le llevara dentro de la cabeza.

—Un entrenador es más que un padre —le dijo el primer día—. Un entrenador es tu otro yo, con la diferencia de que, posiblemente, tu otro yo sea un manta y un gandul, un viva la Virgen y una especie de diablo cojuelo que trata de liarte, mientras que yo voy a ser tu otro yo así —y agitó su puño cerrado delante de sus infantiles narices antes de rematar su perorata con un rotundo—: ¿Está claro?

Temible, pero también uno de los mejores, y en el fondo, muy buena persona. Había conducido al éxito a tantos atletas...

—¿Qué tal? —quiso saber al llegar a su lado.

—¿Qué tal qué?

—¿El tiempo?

—Bueno.

—Pero...

—Bueno, y ya está.

—¿Ya empezamos?

—¡Eh, eh! ¿Cómo que ya empezamos? —Marcelino Genís hundió en él una de sus habituales miradas directas—. Yo te digo lo que he de decirte y me

callo lo que he de callarme, ¡faltaría más! Has corrido bien y ya está, al menos para ser un entrenamiento. Eso es todo. Si quieres palmadas en la espalda que te las dé tu novia.

Era eso.

No le gustaba que se hubiera liado con Aura.

Bueno, él lo llamaba «liarse».

Marc se preguntó cómo sería la vida íntima y personal de Marcelino Genís. Si alguna vez fue joven. Si alguna vez estuvo tan enamorado como él de Aura.

—¡Nada de tabaco, nada de alcohol, nada de chicas! —también le dijo el primer día.

No fumaba ni bebía, pero lo último...

A Marc le dio por reírse.

—¿De qué te ríes? —quiso saber su entrenador.

—De nada.

—¿Cómo que de nada?

—Tú no me dices la marca y yo no te digo de que me río.

No era más que una broma. Por lo general Marcelino Genís las aceptaba y las devolvía, peleón. Eso ayudaba a bajar la tensión de los entrenamientos previos a las pruebas decisivas de primavera. Ésta vez no fue así.

—Vete al gimnasio y haz media hora de pesas.

—¿Qué?

—Eso, ahora vuélvete sordo y así no oirás el pistoletazo de salida en las pruebas. ¡Genial!

—Es que pesas ahora...

—¿Te has sacado el carnet de entrenador? —le preguntó serio.

—No.

—Pues al gimnasio.

—Va, Marcelino, hombre.

—Marc.

Se le puso delante, casi cara con cara, con los ojos fijos y muy serio. Su encanto se diluía en situaciones así. El buen Doctor Jeckyll sacaba a su más perverso Mister Hyde. A veces llevaba a los atletas que entrenaba hasta el límite, pero siempre para sacar el mejor partido de cada uno. Lo malo era que no siempre ellos lo sabían, lo reconocían o lo entendían.

—Vale —suspiró resignado.

Dio media vuelta para encaminarse al gimnasio, abandonando las pistas.

—¡Cuando te cuelguen la medalla olímpica del cuello, dejaré que me claves

en una pared con chinchetas junto a la foto, pero de momento, el que tiene las chinchetas soy yo! —le oyó gritar a su espalda.

Y ahora sí supo que estaba riendo.

Desde la ventana veía a Marcelino Genís, recio pese a sus sesenta años, firme como una roca, alto, mirada penetrante, manos de luchador, mandíbula cuadrada, cabello abundante aunque ya casi totalmente canoso, voz de trueno. Un gigante.

Un gigante intentando que un montón de enanos consiguieran, primero, crear un nexo armónico entre su cuerpo y los límites de la resistencia humana, y segundo, tal vez, alcanzar las más altas metas del atletismo en la élite. Lo más difícil.

Miles de intenciones, miles de devociones, miles de voluntades que lentamente se irían desvaneciendo en muchos casos.

Años y años de sacrificios para, quizá, un momento de gloria.

Marc Masferrer se apoyó en el marco desgastado de la ventana. Una docena de chicos y chicas, algunos mayores y otros incluso menores que él, se ejercitaban en las pistas, corriendo, saltando, obedeciendo las instrucciones previas de los entrenadores o hablando entre sí. Los conocía. Y le conocían a él. Envidiaba a Hipólito, que antes de comenzar la temporada de primavera ya había alcanzado la mínima en su prueba para ir a los europeos. Respetaba a Lázaro, que nunca lo lograría pero que estaba allí, siempre feliz y contento, con una palabra de ánimo para los demás. Despreciaba a Carlos, egoísta y mezquino, con la única obsesión de ser el mejor. Fernando, Antonio, Carolina, Alberta...

Allí estaban todos, robándole horas a los estudios, a la diversión, a la vida. Por un sueño.

Y de todos los que estaban allí ahora, sólo unos pocos lograrían destacar, unos menos alcanzarían la alta competición, y tal vez uno o dos lograra algo más.

Un récord de España, un buen puesto en unos europeos, unos mundiales o unas olimpiadas. Un podio. Una medalla.

—Estaba duro hoy, ¿eh?

Se sobresaltó al oír la voz de su mejor amigo en aquel ambiente, aunque Joaquín tuviese casi un año más que él, próximo a cumplir los dieciocho. Unos meses significaban mucho en el mundo del deporte. Por si fuera poco ni siquiera se parecían en nada. Joaquín Jané era un velocista, alto y musculoso,

vivo e inquieto. Él por contra era un mediofondista, aunque de pruebas cortas. Su sueño era ir siempre juntos, primero a los europeos juveniles que estaban a la vuelta de la esquina, si lograban las mínimas en los *meetings* más inmediatos, y después, ya de adultos, a los mundiales y las olimpiadas.

Aunque en su caso fuese algo más que un sueño.

Una obligación.

Un compromiso.

—No, como siempre —se encogió de hombros Marc.

—Ayer me llamó a casa a las diez en punto. Menos mal que acababa de llegar —suspiró Joaquín.

—También me llamó a mí, como siempre. Desde que sabe que tengo novia... —se lamentó él.

—Es que eres un poco lila, ¿vale? Mira que dejarte ver con ella por aquí.

—¿Qué quiere, que me meta en un monasterio?

—No, pero...

—Yo no sé fingir ni mentir.

—Pues te va a amargar la vida.

—Me resignaré —sonrió.

—Aura vale la pena, ¿eh? —le dio un codazo su amigo.

—Sí —manifestó sin ambages.

—Tendré que pensármelo.

—¿Tú? ¿Novia tú? Como no sea campeona de lucha libre o, mejor aún, de lanzamiento de jabalina.

—No te creas, que le he echado el ojo a Nadia.

Marc miró en dirección a la chica, que en ese instante estaba relativamente próxima a ellos, tumbada en el suelo de espaldas, con las piernas en alto y las caderas apoyadas en las manos para mantener la vertical. No tenía mal gusto Joaquín. Nadia era muy alta y esbelta, como casi todas las saltadoras de altura.

—No sueñes.

—Mira ése —protestó Joaquín.

—Una saltadora de altura y un velocista. Tendréis un hijo que se dedicará a la pértiga, como mínimo.

Joaquín Jané se cansó de la conversación.

—Bueno, ¿qué, te vienes?

Marc comprobó la hora.

—He quedado con Aura dentro de cinco minutos, pero sí, vamos, puede que

ya esté fuera.

—¡Hay, Dios! —lamentó su amigo—. ¡Qué poco te veo desde que me has dejado por una chica! Llamaré anónimamente a Genís para decirle que estás hecho un crápula.

—Eres capaz.

—¿Yo? Pues sí.

Se encaminaron hacia la salida del pequeño gimnasio adyacente a las pistas de entrenamiento. No hablaron durante los siguientes dos minutos, mientras cruzaban el vestíbulo y se dirigían a la puerta. Reinaba el silencio, pero bajo la calma, o por encima de ella, casi podía oírse el estruendo de las batallas interiores. Allí la energía podía cogerse con las manos, y la adrenalina medirse con sólo mirar a los ojos de alguien. Marc pensaba a veces en los corredores de fondo, los que hacían marcha o los maratonianos. Ellos se lo montaban en solitario: carretera y manta. Tira millas.

—Mírala, tan guapa y fresca ella.

Ya la había visto. Aura estaba en la otra acera, sentada en el bordillo de forma indolente, leyendo un libro. Mientras que para él su monomanía era el atletismo, para su novia lo era leer. Devoraba novelas como quien se come un helado. Y estaba empeñada en que él hiciera lo mismo.

—¿De dónde quieres que saque el tiempo? —protestaba Marc—. Me levanto de madrugada, como las gallinas, voy a entrenar, luego a la dichosa universidad, después entreno otra vez, y por la tarde gimnasio, estudios...

Aura contraatacaba:

—El día que te digan que te vas a competir a Laponia te creerás que está en los mares del Sur y pondrás en la maleta un traje de baño y un par de camisetas, así que luego se te helará el culo.

—¿Ah, pero Laponia no está en los mares del Sur? —la pinchaba él.

Aura levantó la cabeza, le vio y expandió su primera sonrisa. Era como su nombre. Brillaba. Se llevaban únicamente dos meses, y era preciosa, de cuerpo breve y proporcionado, cabello ensortijado por encima de los hombros, ojos luminosos, labios rosados, manos hermosas. No llevaba ningún adorno. Pasaba de ellos. Siempre daba la impresión de estar como recién salida de la ducha, piel suave, aroma limpio.

—«Colgao», que estás «colgao» —continuó bromeando Joaquín.

Se reunieron los tres. Aura y Marc se besaron levemente en los labios. Joaquín sacó un pañuelo del bolsillo y acto seguido fingió limpiarle la baba a su compañero.

—¡Eh, ya vale! —protestó él. Y mirando a su novia comentó—: Hoy está insoportable.

—Es que me ponéis los dientes largos —se puso teatralmente triste Joaquín.

—Ya te dije que te presentaba a mi prima —le recordó Aura.

—¿La de dieciséis años? ¡Anda ya!

—¿Qué quieres, una de treinta?

—Pues mira... —agrandó los ojos.

Marc y Aura ya estaban juntos. Él pasaba su brazo derecho por encima de los hombros de ella, como si temiera que fuera a escapársele, y ella tenía su brazo izquierdo en la cintura de él. Joaquín se resignó a lo inevitable.

—¿Te vienes? —le ofreció Marc.

—Tres son multitud, ¿recuerdas? Además, yo voy en moto. Creo que desde que no te llevo de paquete vas más cansado.

—Cómprate una lágrima y ahógate —le deseó Marc.

—Adiós, pareja.

Ya no hubo más. Uno se encaminó hacia su motocicleta y los otros dos echaron a andar calle abajo, en dirección a la parada del autobús.

No tuvieron tiempo de apartarse mucho de la zona deportiva. El petardeo de la moto de Joaquín aún se oía a lo lejos cuando Aura señaló uno de los bancos situados en la parte izquierda del paseo.

—Vamos a sentarnos. Quiero enseñarte algo.

—Como salga mi entrenador y nos vea besándonos...

—Que no es eso, no seas malo —le reprochó Aura.

—Ah.

Por primera vez reparó en el detalle de que ella, además del libro, llevaba un periódico bajo el brazo.

Se encaminaron al banco, libre a esa hora, pudiera ser porque el sol le daba de lleno y el calor comenzaba a apretar. Sí hubo tiempo para un beso, tierno y prolongado, antes de que los dos se sentaran. Por si acaso, Marc deslizó una mirada medrosa en dirección al complejo deportivo. No quería problemas con Marcelino Genís.

Cuando estuvieron sentados, Aura dejó el libro al otro lado y abrió el periódico con las dos manos. Buscó una página concreta en la sección de deportes y, tras encontrarla, dobló el periódico y se lo pasó a Marc. No tuvo que decirle nada. El titular era bastante elocuente:

COMIENZAN LOS JUICIOS CONTRA TÉCNICOS DE LA RDA.

La crónica, proveniente de Berlín, rezaba así:

La desaparecida República Democrática Alemana (RDA) se sentará hoy, por primera vez en la historia del deporte, en el banquillo de los acusados delante de un tribunal en Berlín por haber generalizado el dopaje como sistema en nombre de la lucha ideológica contra Occidente en los años de la guerra fría. La práctica sistemática del dopaje hizo de la RDA una fábrica de campeones antes de la reunificación de las dos Alemanias tras la caída del muro de Berlín en 1989.

Los primeros juzgados, de los cientos que se prevén en los próximos meses, son cuatro entrenadores de natación del Dynamo de Berlín y dos médicos

deportivos, así como tres entrenadores de atletismo y otros dos médicos, acusados de haber causado daños corporales a 27 menores entre los años 1970 y 1989. Según el tribunal, estos productos, administrados a los deportistas sin que ellos ni sus padres tuvieran en la mayoría de casos conocimiento de los hechos, produjeron alteraciones de crecimiento y de los genes. En el caso de la natación, saturadas de hormonas masculinas con sólo trece y catorce años, las nadadoras de la Alemania del Este tenían ya una voz excesivamente grave, una musculatura desproporcionada y una cantidad anómala de vello por todo el cuerpo. Otro tipo de sustancias, que daban a los atletas para aumentar su rendimiento y desarrollo, eran preparados de turinabol y testosterona. Según los tribunales, los acusados sabían los efectos que estas sustancias podían causar, por lo que pueden ser condenados a penas máximas de tres años de prisión.

Este primer juicio arrastrará consigo uno de los mayores escándalos de la historia del siglo XX. Cientos de marcas, récords, algunos aún vigentes, podrían ser revisados. Es como si a partir de ahora la historia del movimiento olímpico tuviera que escribirse de nuevo. El tribunal, que investiga este grave caso desde hace cuatro años, ha abierto ya noventa expedientes contra 680 sospechosos. El director de deportes de la antigua Federación deportiva de la Alemania del Este (DTSB), Manfred Ewald, sería una de las personalidades políticas que también podría sentarse a medio plazo en el banquillo de los acusados. Egon Krenz, el último jefe de Estado de la Alemania comunista antes de la reunificación, que asistió a la primera vista, ha manifestado que estos juicios no son más que una venganza contra los deportistas de la RDA porque fueron mejores que los de la República Federal en su tiempo.

El dopaje, entre 1970 y fines de los años ochenta, contaba con la bendición de las autoridades de la RDA, ya que eran la Oficina Política del Partido Comunista, la Secretaría de Estado y la DTSB los que daban las órdenes a los responsables deportivos. En los años setenta, esos sistemas se planeaban con tanta eficacia que, en algunos casos, era imposible detectar las sustancias en los controles sanguíneos que se llevaban a cabo antes de las pruebas internacionales. El Instituto de Investigación de Leipzig era el encargado de preparar estas sustancias. A partir de 1978, el Instituto de Kreischa fue el encargado de asegurarse, antes de cada salida al extranjero, que los atletas no diesen positivo en los análisis de sangre.

Marc levantó la vista del periódico y miró a Aura.

—¡Qué fuerte! —desgranó despacio.

—¿Has leído el final?

—No.

—Léelo.

Era toda una revolución, aunque algo había oído decir en los meses precedentes a modo de preparación. De alguna forma pensó que jamás se llegaría a eso, al juicio, al escándalo internacional.

Volvió a depositar sus ojos en el reportaje. Quedaba el último párrafo.

Los cuatro entrenadores de natación acusados son Dieter Lindemann, Volker Frischke, Rolf Glasser y Dieter Krause, que entre otras entrenaron a las célebres campeonas olímpicas y mundiales Franziska van Almsick, Kristin Otto y Barbara Krause. Los tres entrenadores de atletismo son Markus Ziege, Andreas Helmer y Klaus Bierhoff, este último entrenador del campeón olímpico Manfred Kohler que, precisamente, ganó al atleta español Oriol Masferrer la final de los 400 metros valla en la Olimpiada de Munich en 1972.

Se quedó sin aire

Y lo comprendió todo.

No era el artículo en sí lo que Aura quería que leyese. Era la parte final. La clave.

Fue como si dejara de tener sangre en su venas.

—Dios... —exhaló súbitamente agotado Marc.

—¿Lo habrá visto tu padre?

—No lo sé.

Tantos años después...

La pesadilla cobraba una nueva dimensión.

—¿Se lo dirás? —continuó Aura.

—Sí, claro —hizo un gesto de lo más evidente—, aunque es posible que en estos momentos ya haya algún buitre de la tele o la prensa en casa intentando conseguir una exclusiva.

—¡Qué fuerte!, ¿no? —dijo Aura tras recuperar el hilo del diálogo después de un par de segundos de largo silencio.

Marc volvía a releer el final del artículo, en el que no había ya nada más. Ningún comentario. Nada.

Sólo el nombre de su padre tal y como lo había leído, de pasada.

—¿Cómo crees que reaccionará?

—No lo sé —admitió él.

—Toda una vida marcada por aquello y por sus consecuencias... —Aura le cogió una mano y la retuvo entre las suyas—. Eso le hará aún más daño.

—O no.

—¿Qué quieres decir?

—Que si se demuestra que ese tipo le ganó dopado, a lo mejor lo que hace es darle un poco de paz de una vez.

—¿Tú crees?

La presión y la caricia de sus manos se hizo más ostensible. Marc se dejó caer hacia atrás.

El silencio fue tan o más denso que el beso que, no mucho después, le dio Aura para liberarle de sus propios demonios.

No había ningún periodista apostado en la puerta de su casa, ni tampoco una emisora de radio, una unidad móvil de televisión o una cámara.

Eso le hizo pensar que, a lo mejor, no sucedía nada.

Habían pasado muchos años, era otra historia.

Tal vez...

Marc soltó el aire retenido en sus pulmones.

¿A quién quería engañar?

La primera medalla del atletismo español en una olimpiada no fue una fruslería, ni un hecho menor. En su día se trató de una efeméride, un acontecimiento nacional. Una medalla de plata. Ni más ni menos. Había sido un hecho histórico. Franco todavía estaba vivo, así que se le sacó la debida punta en todos los sentidos.

Oriol Masferrer fue un héroe.

Su padre.

Entró en el portal y se metió en el ascensor aún pensativo. Con Aura se sentía libre, capaz de hablar de lo que fuera, lejos de cuanto le pudiera agobiar, pero desde que la dejó a ella en su casa... La cabeza le empezaba a dar vueltas. Los nervios se iban adueñando de él, lo mismo que en los minutos previos a una carrera importante cuando Marcelino aún no se ocupaba de él, cuando no sabía apenas nada.

Al salir del ascensor, en el rellano, escuchó el timbre del teléfono y eso hizo que sus movimientos se aceleraran. Sacó las llaves del bolsillo trasero del pantalón, abrió la puerta y echó a correr en dirección al aparato.

Justo en el instante de levantar el auricular, éste dejó de sonar.

Hizo chasquear la lengua.

No había nadie. Ni su padre ni su madre. Lo de su madre era natural, puesto que trabajaba lejos y comía fuera de casa. Lo de su padre dependía de otros factores, pues su trabajo le mantenía ocupado de noche y dormía por las mañanas. A veces seguía en casa a aquella hora, y otras salía a dar una vuelta. Según su humor.

Marc se resignó al ver que el teléfono no volvía a sonar.

No fue a su habitación para dejar la bolsa. La depositó sobre una butaca. Como si se tratara de un imán atrayéndole sin remisión, se acercó a la vitrina

donde reposaba desde hacía años la medalla olímpica. Sólo la medalla. Nada más.

La foto no estaba allí.

No estaba a la vista en ninguna parte de la casa, a pesar de que todos, incluso él, que había nacido muchos años después de aquello, la tenían impresa en la retina de la memoria y él también la conservaba oculta en su habitación.

Miró la medalla.

Símbolo de muchas cosas.

De lo que su padre había ganado, pero más aún de lo que había perdido, y de lo que él tenía que hacer para superarla.

A veces la envidiaba.

A veces la odiaba.

Su padre, su madre y él nunca hablaban de la final olímpica de 400 metros vallas, de la gloria y el fracaso, de lo que fue y no fue, de lo que pudo ser y pasó.

Tampoco hablaban del accidente posterior.

Todo había sucedido muy rápido. Demasiadas cosas y ninguna madurez para enfrentarse a ellas.

Marc sintió una especie de bola en la garganta.

Podía oírle:

—Tú eres distinto, hijo. En aquellos días nadie estaba preparado, todo era una pura improvisación, el que salía, salía por arte de magia. Tenía mérito pero... una chapuza. Aquí, hasta que no se hizo nuestra olimpiada, nadie se decidió a pensar con la cabeza. Ahora con diecisiete años eres más listo y más capaz de lo que lo fui yo en toda mi carrera.

Toda su carrera.

Breve, concisa, contundente... y trágica.

Quería a su padre. Le amaba más que a nada en el mundo antes de aparecer Aura. Le quería pero también le angustiaba su proceso de resignación, la cárcel en la que había sumido sus recuerdos, y la culpa que se echaba encima por lo que él consideraba un fracaso. Frente a ello, temía también la forma en que le empujaba aún sin pretenderlo, el reto que había puesto delante de él desde que era un niño.

—Un día ganarás el oro olímpico, el oro de los dioses.

—¿Y si quedo segundo como tú?

—El primero gana, el segundo pierde, los demás compiten. Ésa es la

diferencia.

No hacía atletismo únicamente por su padre. Lo hacía por sí mismo, porque lo llevaba en los genes, porque le gustaba y porque amaba esa vida. Ni siquiera tenía claro si acabaría dedicándose a los 400 metros valla, cuando se sentía mejor en los 400 y los 800 libres.

Tantas cosas no estaban todavía claras.

Abrió la vitrina y cogió la medalla. Lo había hecho decenas, cientos de veces, pero en esta ocasión se le antojó que el metal estaba todavía más frío. Leyó el anverso y el reverso, como si buscara algo que aún no hubiese descubierto. Si cerraba los ojos se imaginaba a su padre en el segundo peldaño del podio recibéndola con orgullo y satisfacción aunque también con tristeza.

Tristeza.

Aquella centésima de segundo...

Algo tan simple.

Una pequeña, pequeñísima fracción de tiempo.

La diferencia entre la gloria del primero y el fracaso del segundo.

O la sensación, que a fin de cuentas era lo mismo.

Volvió a abrir los ojos cuando por un rincón de sus pensamientos oscuros apareció la foto.

Aquella imagen que fue portada en todos los periódicos, y que de vez en cuando aún podía verse recuperada en ellos o en la televisión, con su padre y Manfred Kohler, de frente, cruzando la línea de meta del estadio olímpico de Munich.

Una centésima de segundo.

Dejó la medalla en su estuche y cerró la vitrina. Fue casi como una relación causa-efecto, porque en ese instante oyó el ruido de la puerta al abrirse y, sin moverse de dónde estaba, se enfrentó a la llegada de su padre.

Apareció por la entrada de la sala, con su leve cojera impenitente y el periódico bajo el brazo. Llevaba el cabello alborotado y no se había afeitado todavía. A veces no lo hacía hasta la hora de ir a trabajar. Su rostro enjuto apenas si cambió al verle a él. Tampoco se extrañó de su inmovilidad, ni de su rostro ceniciento.

—Ah, hola, ¿qué tal el entrenamiento?

Nunca le preguntaba por los estudios. Sólo por el entrenamiento.

Su padre decía que haciendo unas buenas carreras en los *meetings* de verano se ganaba más.

—Bien.

Oriol Masferrer dejó el periódico sobre la mesa. No estaba abierto. Parecía recién comprado.

—¿Lo has leído? —quiso cerciorarse Marc.

—No, aún no.

Lo imaginaba. O no estaría tan tranquilo.

—Deberías leerlo —le dijo.

El hombre se enfrentó a sus ojos, atrapado por la gravedad de la voz y la seriedad del tono de su hijo. No era excesivamente hablador, e hizo gala de ello una vez más. Se limitó a coger el periódico y caminar hacia su butaca favorita.

—¿Qué se supone que he de leer?

—Página 55.

Se sentó, se acomodó, estiró la pierna dañada en el accidente y abrió el periódico buscando la página en cuestión. Cuando la encontró leyó el titular, miró con el ceño fruncido a su hijo y al no encontrar eco en él volvió al artículo.

Ya no separó su atención de él.

Marc ni siquiera se movió.

Un minuto, tal vez dos. El tiempo tuvo sabor de eternidad.

Hacia el final, una venita titiló en la sien izquierda de Oriol Masferrer.

Fue lo único que se alteró en él antes de que se levantara y, sin decir palabra, sin volver a mirarle, caminara hasta su habitación.

Cerró la puerta tras de sí dejando a Marc completamente solo y desconcertado.

No quiso preguntarle nada, ni interrumpirle.

Le conocía demasiado bien.

En algunas personas, los silencios suelen ser más elocuentes que las palabras, y su padre era una de ellas. Si se había refugiado en la soledad de su habitación, con el periódico, era por algo. Así que tras un largo momento de incertidumbre y espera, él hizo lo mismo.

No puso música, guardó silencio.

Y a pesar de ello, la casa bullía bajo el fragor de la tormenta.

Cada sensación, cada emoción, cada sentimiento se palpaba y se sentía a través de las paredes.

Los gritos del silencio.

Se tumbó sobre la cama unos minutos, aunque no los controló. Si esperaba que la puerta de su habitación se abriese y por ella asomase su padre dispuesto a hablar, esperó en vano. Cuando la tensión se le hizo insoportable se levantó y se sentó en la única silla de la estancia, delante de la mesa en la que había estudiado desde niño. Su «despacho», como lo llamaba pomposamente. Los viejos pósters de grupos y solistas rockeros habían dado paso a los de algunas leyendas deportivas, Michael Jordan, Pep Guardiola, Carl Lewis, Arantxa Sánchez Vicario. En las estanterías, sin embargo, los libros rivalizaban con sus cómics favoritos, y había muchos. Por último, estaban los vídeos, con las mejores carreras y pruebas deportivas de la historia, resúmenes de campeonatos del mundo y olímpicos, documentales, películas alusivas y reseñas de las grandes estrellas del atletismo.

Abrió un cajón, metió la mano en él, y de debajo de un montón de carpetas de todos los colores sacó una. La última. La depositó sobre la mesa y la abrió.

La fotografía estaba allí.

Dos hombres y la imagen de su historia.

A la derecha Manfred Kohler, con el rostro surcado por la última tensión y la primera alegría, una mezcla de dolor y pasión, de vida y éxtasis, con los ojos apuntando a lo alto y el cuerpo al límite cuando la energía deviene en relajamiento. A la izquierda su padre, Oriol Masferrer, con la juventud de sus veinticuatro años, el rostro también surcado por la cerrada descarga del esfuerzo final, pero con el dolor acentuado, la muerte de un sueño en contraste

con la vida, y la certeza de la derrota en sus ojos, mirando al vencedor con el sabor del fracaso.

Una centésima de segundo.

Y sin embargo uno sabía que había ganado y el otro sabía que había perdido. Extraño.

Cruzaban la línea de meta y su grito lo decía todo, pero más sus ojos.

Medalla de plata olímpica, un éxito, y sin embargo nunca lo había sido. El accidente posterior se ocupó de ello.

Ahora bien pudiera ser que Oriol Masferrer hubiese ganado aquella carrera.

Más de un cuarto de siglo después.

Guardó la fotografía en la carpeta, y la carpeta en su lugar, en el fondo del cajón. No quería que su padre entrase y le sorprendiese con ella encima de la mesa. Después refrenó un acceso de rabia inesperado, muy fuerte, que amenazó con desarbolarle. Ni siquiera sabía de dónde provenía ni a causa de qué lo sentía. O tal vez sí. De repente alguien asomaba burlón por la esquina del tiempo y les sacaba la lengua, a los dos, a uno y a otro.

—¡Una centésima de segundo!

—¡Te robaron la gloria!

—¡Y él estaba dopado!

Su padre había dejado de luchar hacía años. No sabía cómo era antes de tener uso de razón, no lo recordaba, pero sí sabía que cuando daba sus primeros pasos, le había puesto la carga encima, le había pasado el relevo. Su madre era el fiel de la balanza, mantenía el equilibrio, pero no por ello dejaba de tener miedo. Solía decírselo:

—Marc, ten cuidado. No puedes vivir con los sueños de otro, sino con tus propios sueños.

También se lo recriminaba a su marido:

—¡Déjale en paz! ¡Si triunfa será su triunfo, y si pierde jamás puede ser una fatalidad! ¡No le condenes!

Pero entre los dos había algo más, tal vez un pacto, un acuerdo tácito, un compromiso. No era que su padre le pidiera el éxito, aquella misma medalla de oro: él quería dársela. La diferencia consistía en eso.

Aunque Oriol Masferrer no le forzara, él tenía su propio pacto con el diablo.

—Papá... —susurró.

Cada carrera que ganaba, desde su debut como infantil, corría a abrazarse a él. Cada mejora en sus registros eran peldaños ganados en la lenta pero inexorable ascensión a la cima. Y a medida que se acercaban citas más

decisivas, como los europeos juveniles inmediatos, la alianza se hacía más fuerte. Su madre sólo intervenía en las derrotas, y desde hacía dos años no había tenido ninguna en competición oficial.

A veces echaba en falta aquellos abrazos llenos de mimo.

Pero el abatimiento de su padre cuando perdía incluso los hacía más tristes.

Sonó el teléfono.

Fue igual que una sirena de alarma, un aullido en la calma de la tarde. Se levantó de la silla y se precipitó fuera, abriendo la puerta a la carrera. Sin embargo, a menos de dos metros del aparato, que emitía en ese instante su segundo zumbido, se encontró con algo más.

Capaz de detenerle.

La figura de su padre, asomado a la puerta de su propia habitación, inmóvil.

Le bastó con mirarle.

El segundo zumbido murió con sus tonos histriónicos, y lo mismo el tercero. Oriol Masferrer no dijo nada.

Marc descolgó al iniciarse el cuarto.

—¿Sí?

—¿Oriol Masferrer, por favor?

—No está en este momento —mintió sin apartar sus ojos de los de su padre—. ¿De parte de quién es?

—*El Mundo Deportivo*.

—Se lo diré en cuanto llegue.

—¿Sabe cuándo...?

Su padre volvió a meterse en la habitación.

No podía huir, pero sí esperar.

Acababa de estallar una bomba y era hora de comprobar sus efectos.

—¿Oiga? —oyó la voz del teléfono, inquieta por el inesperado silencio—. ¿Hay alguien ahí?

Su madre, Claudia, llegó a la hora de costumbre. La sorpresa por encontrar en casa a quien no debía en lugar de a quien esperaba, se manifestó en su rostro y en el arqueado de las cejas.

—¿Qué haces aquí? —exteriorizó su desconcierto, que rápidamente convirtió en inquietud materna—. ¿Te encuentras mal?

—Estoy bien —dijo él.

—¿Y tu padre?

—Ha salido.

Dejó lo que llevaba sobre la mesa de la sala, algo poco natural en ella, que siempre se dirigía primero a la cocina cuando transportaba bolsas de comida, y a la habitación después para cambiarse y ponerse fresca. A sus cuarenta y dos años era una mujer hermosa, cuidada, de ojos perspicaces y cabello corto, lo cual le confería una inquietante sensación de fuerza y seguridad. Nada se le pasaba nunca por alto.

Lo difícil era que lo exteriorizase.

—¿Qué ha sucedido? —fue directa al grano.

—Aún no lo sé —consideró Marc.

Ella se acercó a su hijo. Le miró de hito en hito sin comprender.

—¿Es de ti o de papá?

—Creo que de la familia entera.

—¿Empiezas?

El muchacho asintió con la cabeza. En realidad no sabía muy bien cómo contarle y optó por la forma más sencilla de hacerlo: comenzando por el principio.

—El periódico de hoy dice que se han iniciado en Alemania los juicios contra los entrenadores y los médicos de los atletas que los doparon en los setenta y los ochenta para que ganaran medallas a favor de la República Democrática.

—Comentasteis algo hace unas semanas, sí, ¿y qué?

—Hoy se han publicado los primeros nombres de los acusados.

—¿Y?

Fue conciso:

—Klaus Bierhoff es uno de ellos.

Claudia acusó el golpe.

—¡Dios mío!... —se apoyó en la mesa.

—El mismo periódico citaba que él era el entrenador de Manfred Kohler, «el hombre que arrebató a Oriol Masferrer la medalla de oro en 400 metros vallas por una centésima de segundo» —dijo esto último con todo el rentintín del mundo.

—¿Lo ha visto tu padre? —se apresuró a inquirir ella.

—Sí.

—¿Dónde ha ido?

—Ha empezado a sonar el teléfono.

—¿Los medios informativos?

—Sí.

Apretó las mandíbulas y su rostro se convirtió en una máscara hermética. Tenía los ojos grises, y de pronto a Marc le parecieron metálicos.

—¿Ha hablado con alguien?

—No, ya le conoces.

—¿Cómo ha reaccionado?

—No sabría decírtelo —bajó la cabeza—. Primero se ha encerrado en vuestra habitación, después le ha bastado con una mirada para que yo mintiera a la primera llamada, y finalmente se ha ido.

Claudia extendió los brazos en dirección a su hijo. No le abrazó. Sólo le puso ambas manos en los hombros y se los presionó con ternura.

—Esto va a ser una bomba —consideró afectada.

—Tal vez para bien, mamá.

La mirada de Marc era calculadora.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—¿No te das cuenta de lo que significa eso? Papá siempre ha creído que por una centésima de segundo perdió la oportunidad de ser campeón olímpico y pasar a la historia. Nunca pensó que la plata y el éxito que representó para España fueran suficientes. Y por culpa de esa carrera tuvo el accidente y truncó su futuro. Ahora es posible que el hombre que le ganó lo hiciera dopado.

—Posible. No cierto —quiso puntualizar la mujer.

—¡El entrenador de Kohler está acusado de dar porquerías a sus pupilos como quien dice a cucharadas!

—Marc...

Conocía la vehemencia de su hijo, y la determinación que le impulsaba

cuando se le metía algo entre ceja y ceja. La temía más que a nada en el mundo.

—¡Mamá! —protestó él por la frialdad de su madre ante la perspectiva—. ¡Si Kohler estaba dopado..., papá ganó esa carrera! ¿No te das cuenta?

Claudia dejó de presionarle con sus manos.

—¡Claro que me doy cuenta! —elevó la voz—. ¡Perfecta cuenta! ¿Y crees que eso puede servir de algo tantos años después?

—¡Sí!

—Tal vez sea peor —negó su madre con la cabeza, despacio—. A veces descubrir una injusticia es más duro que vivir con ella sin saberlo.

—¿Qué quieres decir?

—Tu padre puede llegar a creer que el mundo le debe algo, que perdió una carrera y su vida por nada. Ha vivido más de veinticinco años creyendo que perdió la prueba más importante, pero ateniéndose a las reglas del juego: alguien fue mejor que él. Ahora, si se demuestra que Kohler estaba dopado, verá esos veinticinco años con algo más que odio y rencor. Será un infierno. Piénsalo, Marc.

—Yo no lo veo así.

—Porque eres como él. Y me da miedo. Ganar no lo es todo.

—¡Mamá!

Se sentía defraudado.

—¿No ves que trato de protegerle? —dijo ella con lágrimas en los ojos por primera vez—. Además, ni siquiera sabemos si Klaus Bierhoff será declarado culpable o si Manfred Kohler tomaba realmente sustancias prohibidas pese a estar entrenado por él. ¡No sabemos nada!

—Pero la prensa, la radio y la televisión van a moverlo —le recordó él.

—Sí —suspiró abatida—, y todo volverá. Dios... ¡Dios!

Apretó los puños y contuvo las lágrimas.

—Mamá, una vez me dijiste que sólo la verdad nos hacía libres, ¿recuerdas?

Claudia asintió con la cabeza sin hablar.

—Si Kohler estaba dopado, papá ganó esa carrera. Ésa es la única verdad. Y si papá hubiese vuelto con la medalla de oro, si no hubiese perdido por esa maldita centésima, no habría tenido su accidente.

—Marc...

—Ese hijo de puta le quitó a papá su vida.

—¿Y si Pendelton no hubiera caído? ¡Era el favorito! —volvió a gritar ella superando su agotamiento anímico—. ¡Un americano se pone enfermo, el otro

se lesiona en el calentamiento y el favorito se cae en la primera valla! ¡Las cosas fueron como fueron y en paz!

—¡No! —su grito fue dramático—. ¡Papá se rompió el alma para ganar, y por lo que sé ahora mismo, un cabrón atiborrado de mierda le superó por un suspiro! ¡Y cuando volvió a España, no estaba celebrando la plata como dijo la prensa: se emborrachó porque perdió! ¡Esa medalla de oro es suya! ¡No me digas que me calle o que me calme! ¡Es suya, mamá, es suya, ahora lo sé, lo sabemos todos! ¡Es de justicia!

Claudia quiso cogerle, pero él no la dejó. Dio un paso hacia atrás, apartándose de ella. En sus ojos podía leerse lo defraudado que se sentía.

—Yo... sólo quiero protegeros, hijo —musitó su madre—. No es fácil hacer de abogado del diablo, pero alguien tiene que hacerlo siempre o de lo contrario...

—Tú has vivido con él desde hace mucho, mamá.

—¿Crees que no lo sé?

Nunca la había visto así, y tal vez no volviese a verla jamás.

El timbre del teléfono les sobresaltó, rompiendo el súbito silencio abierto como una sima entre ambos.

Pero ninguno de los dos fue hacia el auricular para cogerlo.

No había dormido en toda la noche.

Primero pensó en ir a ver a su padre al trabajo. Total, hacer de vigilante nocturno no era como estar en una oficina rodeado de gente que te mira o de jefes que ponen mala cara si pierdes el tiempo. Luego decidió que mejor le dejaba en paz durante aquellas primeras horas de tormenta interior. Puesto que eran iguales, y todo el mundo lo decía, Marc sabía mejor que nadie lo que necesitaba la soledad en momentos determinados. Que nadie entrara en el reducido círculo de sus pensamientos en esos instantes. Cuando su padre quisiera hablar, hablaría.

Y si decidía que no quería hablar... callaría.

A lo mejor para siempre.

A veces trataba de imaginarlo por las noches, solo, perdido en mitad de aquellas naves que cuidaba de Dios sabía qué. El único trabajo que pudo conseguir un ex medalla olímpico ligeramente cojo. La única recompensa por parte de quienes, en 1972, le habían glorificado como primer gran campeón del atletismo español en una olimpiada. En aquellos días, ciertamente, la gloria era más bien efímera. No existían planes ADO para llevar a los deportistas a la élite, ni subvenciones, ni marcas que dieran millones para que los atletas llevaran su ropa o sus zapatillas. No existía nada. Su padre no estudió jamás, se volcó en el deporte. El precio había sido alto. Alto y duro.

Por eso él estudiaba, se preparaba. No quería cometer los errores de su progenitor. Ni él quería que los cometiese.

Había visto salir el sol. Lo veía cada día, pero esta vez de otra forma. No pensaba ir a entrenar tampoco esa mañana. Marcelino Genís se subiría por las paredes. Con los europeos tan cerca, todo era poco. Pero si no lo entendía...

Su entrenador también solía decirle:

—Si corres por él, puede que creas que ganas por él, pero si pierdes, perderás tú, así que hazme caso, Marc, corre por ti. Es tu vida la que está en juego.

Se sentía muy extraño.

Inquieto.

Ni siquiera puso música para tranquilizarse. Se tumbó en la cama después de pasarse otra hora discutiendo con su madre y así, las horas habían transcurrido

con opaca persistencia. Al clarear la mañana comprendió que lo único que estaba haciendo era esperar.

A su padre.

Las palabras de su madre revoloteaban como pájaros de mal agüero por su mente. Él hablaba de justicia y ella de prudencia, él de reivindicar y ella de dolor, él de lucha y ella de cautela. Claro que ella era más bien analítica. Trabajaba de ejecutiva en una empresa de exportaciones. Cuando se sabe que dos y dos suman cuatro, y además se sabe el porqué, la distancia que media entre la salida de meta y la llegada tras una carrera son meras circunstancias. Su madre decía que las matemáticas eran exactas, mientras que nada de lo demás en la vida lo era. Todo dependía de mil factores. En una carrera influían tanto los miembros que la llevaban a cabo como las condiciones climáticas, el calor, el viento, la humedad, la salida de cada cual, lo que tuviera en la cabeza en ese instante. Detalles.

Aunque hacía años que ya no se preguntaba cómo y por qué se habían enamorado dos personas tan distintas.

Su padre y su madre se conocían desde la adolescencia. La diferencia de ocho años era entonces importante. Poco a poco dejó de serlo. Para ella había sido el primer y único amor. Siempre le quiso. Tras el accidente, le tendió una mano, y bastante después se casaron. Nunca les preguntó por qué sólo le habían tenido a él. De niño no, pero ahora echaba de menos un hermano o una hermana.

Lo primero que recordaba de su padre era su voz gritando:

—¡Corre! ¡Corre sin mirar atrás! ¡Corre!

Y corría, corría.

Nunca había dejado de hacerlo.

Era la hora. Salió de su habitación sin hacer ruido y se dirigió a la sala. No tuvo que esperar demasiado, aunque tumbado en el sofá se adormiló por primera vez. El suave roce de la llave en la puerta le arrancó de su vigilia y se puso en pie. Su padre entró despacio, sin hacer ruido. No se sorprendió de verle. Creía que se disponía a marcharse para entrenar.

Marc se dirigió a él, aunque su intención de abrazarle murió tan rápido como nació. Pese a todo, esta vez, Oriol Masferrer no rehuyó lo que esperaba.

—¿Cómo estás, papá?

—Bien —sonrió con una despreocupación que no sentía—. No ha pasado nada todavía, salvo que parecen estar buscándome de un montón de sitios.

—¿Has hablado con alguien?

—No.

—Tendrás que hacerlo.

—Lo sé.

—Y enfrentarte a ello.

—También lo sé, hijo.

Parecía tranquilo, reflexivo, como si la noche hubiera atemperado sus emociones.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó con inquietud Marc.

—Nada.

—¿Nada?

—¿Qué quieres que sienta? Han pasado más de veinticinco años.

—Pero ése fue el cenit de tu vida, así que el tiempo no cuenta. Tienes cada segundo de esa carrera metido en la mente. Creíste que habías perdido y ahora alguien abre una rendija en la oscuridad y te dice que no, que a lo mejor ganaste, porque tu oponente no jugó limpio. ¿Y dices que no sientes nada? Los volcanes también están tranquilos antes de explotar y soltar toda la lava que tienen dentro.

—¿Desde cuándo te has vuelto un experto? —sonrió su padre aunque se hallaba lejos de sentirse contento o feliz.

—Soy tu hijo, y soy atleta, ¿recuerdas? Estoy en ello.

—Puede que debieras hablar tú con los medios informativos.

—Van a reivindicar tu nombre.

—Eh, eh —le detuvo—. ¿Reivindicar? Yo no hice nada malo.

—Vale, ya me entiendes.

—¿Y crees que vale la pena?

—¿Qué estás diciendo? ¡Por Dios, pareces mamá! —hablaban en voz baja para no despertarla, pero ahora Marc elevó ligeramente el tono—. Si Klaus Bierhoff dopó a sus atletas, Manfred Kohler te ganó bajo los efectos de lo que tomó. Así de fácil. Tú merecías aquel oro, y el deporte español...

—Oh, sí, el deporte español.

Lo dijo enfático, con burla irónica.

—Papá, lo que pasó después fue... mala suerte, y eran otros tiempos.

Oriol Masferrer dio un paso, y se derrumbó sobre su butaca. De pronto pareció muy cansado, como si acabase de caerle encima una montaña de plomo.

—Estoy cansado —exhaló.

—Duerme un poco y después...

—No me refiero a este momento. Hablo en general. Todo esto ha estallado de improviso y yo... —apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Su voz se trastocó, como si el monólogo interior amenazara con romperse en mil pedazos—, no sé...

—Papá, ¿recuerdas lo que pasó hace dos años, cuando vimos *Carros de fuego* por la tele?

Oriol Masferrer no se movió.

—Uno de los atletas está en la salida de los 100 metros libres —continuó Marc—, mira a lo lejos, al otro lado, a la línea de meta, y dice: «Tengo diez segundos para justificar una vida». A mí se me pusieron los pelos de punta, papá. Una especie de sacudida eléctrica me recorrió el cuerpo. Pero tú... Giré la cabeza para ver qué hacías o decías y te vi llorar. Estabas llorando. Jamás te había visto llorar, ¿sabes?, así que... me afectó. Me quedé muy impresionado. Me pregunté el porqué de esas lágrimas, y hoy me parece que por fin las entiendo. No me digas ahora que estás cansado, porque tú nunca has dejado de correr. Creo que nunca dejaste de hacerlo después de aquello. Manfred Kohler se detuvo en la meta pero tú no. Ahora puede que logres parar.

El hombre continuó inmóvil.

Tan inmóvil que la escena hubiera parecido estar congelada de no ser por algo inesperado.

—Ya basta, Marc.

Ni siquiera se habían dado cuenta de que la puerta de la habitación de matrimonio estaba abierta, y que por ella asomaba Claudia, en camisón.

A mediodía, Marcelino Genís le había propinado la bronca de su vida, recordándole que estaba a punto de tirar el esfuerzo de muchos meses por la borda. Con la exigencia de la marca mínima en ciernes para poder ir a los europeos juveniles, lo único que no podía hacer era perder un entrenamiento.

—¡Estás a casi medio segundo de la mínima en tu mejor prueba! ¡Y quieres competir en tres! ¿Piensas que te van a dejar correr en una pista cuesta abajo para que lo tengas fácil? ¡Maldita sea!, ¿a qué juegas?

—¿Has leído lo de mi padre?

¿Acaso no conocía a su entrenador?

—Oye, Marc, te lo dije cuando llegaste, y te advertí que no te lo repetiría porque no me gusta perder el tiempo con sordos, pero puesto que parece haberlo olvidado y estás en eso que llaman «adolescencia problemática», voy a ser condescendiente contigo: a mí me importan un pito tus problemas. Hay cincuenta chicos y chicas esperando su oportunidad. Si no trabajas, te largas. Esto no es el colegio. Pertenece a un club. Salvo que me traigas un certificado médico diciendo que estás con cuarenta de fiebre, o un parte de accidente confirmando que has perdido una pierna, lo tuyo es correr. Y fíjate que digo una pierna, porque tú aquí vas a correr aunque sea sin brazos, o con treinta y nueve de fiebre. ¿Lo has entendido?

No era verdad. No le importaban un pito sus problemas. Sabía escuchar y hacer de padre. Pero necesitaba gritárselo, y probablemente él necesitaba que se lo gritara.

El control antidopaje sorpresa había llegado después.

—Puede que sea por el lío de Alemania —quiso justificarlo Joaquín.

—No, ya sabes que habiendo pruebas importantes muy pronto y la posibilidad de conseguir las dichas mínimas, no es nuevo que nos hagan controles por sorpresa, por si pillan a alguien.

—Pepe está pálido, fíjate —señaló su amigo en dirección a uno de los lanzadores de disco.

—Porque se marea cuando le sacan sangre, hombre —le dio un codazo Marc—. La última vez se desmayó y todo, ¿recuerdas?

—Y esa tontería llamada amor, ¿se detecta en un control? Porque lo que es tú... anda que no tienes la sangre alterada ni nada. ¡En ebullición!

—Eres un ganso.

Les habían sacado sangre, uno a uno. No era fácil mantenerse siempre dentro de las normas. Cualquier mortal pillaba un resfriado, se tomaba unas aspirinas, y listo. Ellos antes de ingerir cualquier cosa, aunque fuese eso, una aspirina, debían consultarlo con los médicos del club. La lista de sustancias prohibidas crecía cada año. Bastaba un desliz, por nimio o estúpido que pareciera, por inocente que uno se creyera, para dar al traste con una carrera, con una vida. Y siempre caía uno u otra. En el anterior control, un mes antes, Ignacio Vidal dio positivo por haberse fumado un porro la noche anterior en una fiesta. Él juró que sólo habían sido dos caladas, pero le costó la expulsión del equipo. ¿Cabeza de turco o ejemplo?

Nadie quería arriesgarse.

Joaquín no le hizo la pregunta que tanto le quemaba hasta salir de la enfermería.

—¿Qué tal tu padre?

—Bien.

—¿Bien qué? ¿Contento, jodido...?

—No quiere hablar con nadie. Parece... bloqueado.

—No me extraña, tío. Es muy gordo, ¿no? Toda la vida creyendo que perdió esa carrera por esa miseria de tiempo, y ahora...

—Creo que aún no lo ha asimilado. Es como si durante años sintiera rabia y cuando por fin empieza a aceptar las cosas..., ¡bum!

—Pero estará contento, ¿no? Seguro que ese Kohler estaba dopado hasta las cejas, y eso significa que tu padre fue el vencedor moral de la prueba.

—¿Está contento el tipo que se pasa en la cárcel veinticinco años por un delito que no cometió y un día le dan una palmada en el hombro, le dicen que es inocente, y le sueltan tras pedirle perdón?

—Hombre, eso no, pero al menos le sueltan una pasta gansa en compensación.

—¿Y qué?

—Pues que a tu padre deberían darle la medalla de Kohler. Eso —afirmó convincente Joaquín.

—¿Cómo van a quitarle...?

—¡Marc!, ¿has visto el periódico?

Tuvieron que dejar de hablar. Uno de los fondistas de 10.000 metros, un chico alto y espigado, hecho de pura fibra, sin un átomo de grasa, acababa de aparecer como por arte de magia entre los dos. Sostenía un ejemplar del

mismo periódico que el día anterior había dado la noticia.

—No —confesó Marc receloso.

—Hablan de tu padre.

—Ya —se resignó.

—Yo ya lo he leído. Toma —el fondista le puso el periódico en las manos —. ¡Hasta mañana!

Le vieron alejarse. Hacía marcas buenas pero no relevantes. Nunca iría a unos campeonatos de Europa o del Mundo, y mucho menos a unos Juegos Olímpicos. Y sin embargo corría por el más puro espíritu deportivo. Decía que era feliz. Diez mil metros de felicidad cada vez. Y no era el único.

—¿Qué dice? —se interesó Joaquín.

Tampoco era tanto. Un breve comentario acerca de la famosa carrera de los 400 metros vallas de Munich, y la no menos famosa centésima de segundo. En tono apocalíptico, el artículo argumentaba la consternación de los cientos de atletas de la antigua RDA que estaban en entredicho, y también las secuelas que el consumo de anabolizantes había dejado en muchos y en muchas de ellos.

—Mira esto —señaló Marc.

Y leyó:

La lanzadora de peso Heidi Krieger, de treinta y dos años, ganó el oro para la República Democrática Alemana en los campeonatos de Europa de 1986 con una marca de 21,10 metros, pero para conseguir ese registro, Heidi recibió tantas hormonas que acabó convirtiéndose en un hombre. Hoy, tras una operación de cambio de sexo, Heidi se llama Andreas Krieger y tiene una nueva vida; sin embargo, no ha olvidado las condiciones que la han llevado hasta ello. Heidi-Andreas ha manifestado que a los dieciséis años empezó a tomar hormonas de forma sistemática, por lo que ahora ha iniciado un proceso a título personal en contra de su ex médico, Hans-Joachim Wendler, y su ex entrenador, Lutz Kühl, actual entrenador alemán de lanzamiento de jabalina.

El caso de Heidi es uno más entre los dos mil que viven hoy los atletas de la extinta República Democrática Alemana, con graves secuelas de diverso tipo debido al consumo de anabolizantes. Otras cifras aparecidas recientemente calculan que el número de atletas que fueron tratados con esteroides anabolizantes, en muchos casos sin que ellos lo supieran, llega a los diez mil. Los jueces que actualmente están sentando en el banquillo de los acusados a los responsables de esta conspiración deportiva destinada a mostrar la

supremacía de la Alemania comunista sobre su vecina, la República Federal, y sobre el mundo en general, han encontrado un acta en la ciudad de Leipzig, conocida con el nombre de «Plan del Estado n.º 14,25», donde se comprueba que el número de diez mil deportistas es el más próximo a la realidad. Las disciplinas de halterofilia, remo y ciclismo fueron las más afectadas por el dopaje sistemático, seguidas por la natación y el atletismo, siendo la vela la única que quedó al margen. Debido a todo lo que ahora está saliendo a la luz, no sólo el Estado alemán, surgido tras la unificación posterior a la caída del muro de Berlín en 1989, está decidido a juzgar a los responsables, sino que los mismos atletas perjudicados, a título personal, están presentando demandas contra sus ex entrenadores y ex médicos.

La revolución no ha hecho más que empezar en Alemania, aunque no está sola y ahora mismo el otro país que aparece en el ojo del huracán es China, con casi la mitad de casos de todos los positivos en campeonatos mundiales de natación detectados (28 de 59, 12 de ellos en los mundiales de Roma de 1994). No hay que olvidar que en el reciente Mundial de Perth, celebrado en enero, fueron detenidos la nadadora Yuan Yuan y su entrenador, Zhou Zhewen, cuando en el equipaje de ella fueron halladas trece ampollas de HGH, la hormona del crecimiento, suficientes para proveer a todo el equipo chino durante el torneo, y que durante el desarrollo del mismo, cinco nadadoras más dieron positivo en distintos controles.

—Joder... —dejó de leer Marc—. ¡Qué complicado está todo!

Joaquín tenía una cara de lo más inexpresiva.

—Lo malo es jugártela, y que encima te pillen —mencionó.

—No seas burro —protestó Marc.

—Tu padre ha lamentado siempre haber perdido esa carrera, mientras que el tal Kohler, que la ganó, ha vivido toda su vida hasta hoy con la aureola de haber sido campeón olímpico, probablemente con más pasta de la que habéis visto jamás vosotros. Ahora van y se descubre el pastel, pero a ese tipo ya nadie va a quitarle el éxito de entonces, lo que sintió al recibir el oro, y estos años en los que ha sido un héroe.

—¿Me estás diciendo que vale la pena arriesgarse?

—Imagínate que eres un mediocre, que nunca lograrás nada, y que tienes la oportunidad de cambiar tu suerte. A cara o cruz. ¿No lo harías?

—¡No!

—Pues yo no sé qué decirte.

—No hablas en serio —alucinó Marc.

Joaquín Jané se encogió de hombros.

—Bueno, de todas formas no es más que algo utópico —declaró.

Su compañero le contempló dudoso unos segundos más. De cualquier forma ya no pudieron seguir hablando. La aparición de varios deportistas lo impidió.

Tenía muchas ganas de abrazar a Aura, de sentir el calor de su cuerpo y el suave terciopelo de sus labios en los suyos. Tenía muchas ganas de aspirar su aroma y beber de su espíritu. Su novia era un bálsamo, un oasis de paz en mitad de tantas tormentas. En ella había encontrado el equilibrio final. Antes sólo pensaba en las marcas, en las carreras, en la puesta a punto, y esa obsesión había amenazado con devorarlo. Ahora sabía que había algo más, que al acabar todo, pasara lo que pasara, siempre estaba ella.

Todo un mundo, un universo acotado bajo la ternura del amor.

Aquel día se le antojó que hacía una eternidad que no la veía.

Veinticuatro horas a veces eran una eternidad.

—Te quiero —le dijo al oído hundiendo su nariz en la cabellera de la muchacha.

Se dejó abrazar, y le abrazó. Sabía perfectamente el motivo de aquella calmada tensión.

—Yo también —cuchicheó.

Después buscaron sus labios, los encontraron, se perdieron en el largo beso y recuperaron sus emociones atemperadas con el silencio.

Al separarse, se miraron con fijeza a los ojos.

—¿Estás bien? —quiso saber ella.

—Sí —aseguró él.

—¿Y tu padre?

No supo qué decirle, así queladeó la cabeza haciendo un gesto ambiguo que acompañó con un encogimiento de hombros.

—¿Qué tal anoche? —siguió Aura.

—Aún no ha reaccionado.

—Claro. A mí me parece muy fuerte.

—Mi madre en cambio...

—¿Qué? —le animó a concluir al ver que se detenía.

—Ella hubiera preferido que todo siguiera igual.

—¿Tiene miedo?

—Sí.

—¿Por tu padre o...?

—Piensa que esto va a afectarnos a todos.

—Creo que tu padre va a necesitar mucha fuerza en las próximas semanas, y no lo digo porque de repente se convierta en el foco de atención después de tantos años. Lo digo por todo lo que tú me has contado. Mentalmente esto va a ser una dura prueba para él. Media vida creyendo que perdió una carrera, y desde ahora otra media sabiendo que pudo haberla ganado, o mejor dicho, que la hubiera ganado si el otro hubiese jugado limpio.

Marc se detuvo. Acababa de sentirse súbitamente cansado.

Y no era por la falta de sueño de la noche anterior.

Volvió a abrazar a su novia.

—Dios... —susurró—. Lo perdió todo, ¿sabes? Siempre tuvo la peor de las suertes. Es como si... como si hubiera pisado mierda al nacer y ya nunca hubiera podido quitarse ese olor. Primero perdió a su padre siendo niño, tuvo que ponerse a trabajar y por poco deja el atletismo, porque levantarse a las cinco de la mañana para ir a entrenar cuando después se trabajan diez horas... Continuó, con una fuerza de voluntad a prueba de bomba, renunció a todo por un sueño, y cuando logra un primer nivel y está a punto de ir a unos europeos, muere su madre, el día antes, el mismísimo día antes. Vuelve a la carga, logra unos registros que le sitúan en una primera élite y una semana antes de los mundiales se lesiona. Cuando por fin sale del pozo, gana los nacionales y logra el sueño olímpico...

—¿Sabes cuánta gente daría lo que fuera por ir a unos Juegos Olímpicos, y por estar en una final, conseguir un diploma, y no digamos ya una medalla?

—Cuando se tiene un pasado como el de mi padre, se presenta una oportunidad única en la vida, y se pierde por una centésima de segundo, ¿crees tú que piensas en lo otro?

—Ese americano que se cayó también debió de pensar lo mismo. He leído que se habló más de él que de Manfred Kohler, y que se emitieron más las imágenes de su caída que las de la llegada.

—Caerse forma parte del juego.

—Y perder por una centésima también —objetó Aura.

Marc se apartó de ella. La envolvió con una sonrisa.

—A veces pareces mi madre —dijo.

—Es que cuando hablas así me doy cuenta de que quien está realmente afectado por todo aquello, y por esto de ahora, eres tú. Mucho más que tu padre.

—No es verdad —protestó él.

—Oh, sí lo es —movió vehemente arriba y abajo la cabeza ella.

—Bueno, pues si lo es, ¿qué pasa?

—Nada, salvo que no es bueno que quieras ganar por alguien más que no sea por ti mismo.

—También quiero ganar por ti —buscó sus labios.

—A mí no me cargues con el muerto —los rehuyó Aura firme—. Yo te quiero a ti, no tus marcas o tu futura gloria deportiva. Y te querría hicieras lo que hicieras. ¿Sabes de qué tengo miedo?

—¿De qué?

—Pues de que si no ganas nunca esa medalla de oro te sientas frustrado, y no por ti, sino por haberle fallado a él. ¡Otro Masferrer que se queda a las puertas del éxito!

A Marc empezó a latirle el corazón con fuerza. Y ni siquiera supo por qué.

—Eso no sucederá. Yo voy a conseguirlo —aseguró.

—No digas eso, por favor.

—La mentalización forma parte del entrenamiento. Sólo los mentalmente fuertes lo consiguen.

—Vale, pero no lo digas. No quiero recoger tus pedazos de mayor como tú y tu madre habéis hecho con tu padre. Déjate un hueco para respirar, para tener donde cogerte si pierdes.

—No quiero ningún hueco —Marc se había puesto muy serio—, ningún resquicio por el que perder una centésima de segundo de mi tiempo.

—Ojalá reivindicaran el oro de tu padre —suspiró Aura abrazándole de pronto—. Ojalá se demostrara que Kohler tomó anabolizantes y...

Temblaba.

—Lo merecería —dijo Marc.

—Entonces tú dejarías de ponerte tantas metas, y de echar sobre tus hombros esa presión.

—Aura, ¿es que no lo entiendes? Necesito la presión si quiero competir en la élite.

—Pero sin hacerte daño. Te exiges demasiado. Mira lo mucho que se exigió él, y lo que le pasó después.

—Fue un accidente.

—Iba borracho, Marc —Aura volvió a separarse. Le cogió la cara con ambas manos—. Fue triste, pero tú mismo me lo contaste. Había bebido, se salió de la carretera.

—Y se le quedó la pierna atrapada —el muchacho cerró los ojos.

—Pudo haber sido peor.

—Una vez dijo que mientras esperaba que le sacaran del coche, pensó en lo fácil que habría sido acabar con todo.

—Dios mío... —ella le obligó a mirarla—. ¡Quedó segundo y es como si...!

—Mi padre dice que el primero gana, el segundo pierde y los demás compiten. Y que ésa es la diferencia.

—Tu padre no tiene razón.

Volvió a sentir los latidos acelerados de su corazón, sólo que esta vez captó la sensación que se lo provocaba. El eco de una frase anterior de Aura regresó a su razón: «Ojalá reivindicaran el oro de tu padre».

—Aura...

—¿Qué?

—Si esas investigaciones en Alemania llegan a buen fin, ¿crees que podría reescribirse la historia?

—¿Por qué no? Los atletas que ganaron medallas bajo el efecto de las drogas no actuaron honestamente, y perjudicaron a los que sí compitieron valiéndose tan sólo de sus fuerzas. Es un insulto y un menosprecio para ellos. Si el primero se comprueba que está dopado, tiene que ser descalificado, y entonces el segundo queda primero, y el tercero segundo. ¿No fue lo que hicieron con Ben Johnson, y entonces era el velocista más famoso del mundo?

—Eso fue porque le pillaron en pleno torneo, y en 1988, no un cuarto de siglo después.

—¿Y qué tiene que ver el tiempo? —preguntó Aura—. ¿Es que en el deporte los delitos prescriben como en la justicia ordinaria?

¿Prescribían?

Juraría que no.

Nunca antes había habido «delitos» ni «delincuentes» en el mundo del deporte.

Miró a Aura con una extraña luz en sus ojos.

Y aún antes de que se lo dijera de viva voz, la muchacha supo que Marc tenía una idea en su mente, una idea que estaba creciendo tan progresiva como rápidamente.

Estaba solo, y lo agradecía.

Su madre estaba en el trabajo, y su padre, tratando de preservar su derecho a la intimidad, se había refugiado en casa de su primo Esteve, aunque el cerco de los medios informativos era cada vez más absoluto. Y de cualquier forma, el hecho de no haber podido entrevistarle para conocer su opinión parecía carecer de importancia. Cada vez sonaba más el nombre de Oriol Masferrer aquí y allá, y lo que esos medios no podían conocer de primera mano, lo manifestaban por su cuenta, elucubrando, recuperando la historia de aquella final y su leyenda, la caída del favorito Pendelton, el apretado *sprint* final entre Kohler y su padre... Todo tenía aires de *reality show*. Excesivo.

Incluso se sabía ya que Oriol Masferrer, el hombre de plata del atletismo español en su prehistoria olímpica, tenía un hijo que seguía sus pasos. Una promesa aún por definir, con buenas marcas en 400 y 800 metros libres, y en la misma disciplina que su padre, los 400 vallas.

Los buitres pronto aparecerían por el club, por el gimnasio, por las pistas de entrenamiento. Bueno se iba a poner Marcelino Genís.

Era capaz de echarle.

—No, eso no —murmuró para sí mismo controlando la perfecta cocción de las patatas.

Lo bueno de la soledad era que podía pensar, dejarse llevar. Le gustaba hacerlo. Y más cuando lo necesitaba.

Su comida estaba casi a punto. Hidratos de carbono, pasta, arroz, patatas... ¿Cuánto hacía que no probaba un dulce? ¿Y una buena fuente de embutidos? Había que evitar las grasas. Seguro que si un día se permitía un lujo, un exceso, Marcelino Genís aparecería de la nada, cual genio surgido de la lámpara, para pillarle con las manos en la masa y echarle la gran bronca.

Eso sí no se descubrían antes controles antiexcesos.

Preparó los platos.

El hormigueo continuaba.

Aquella sensación de hallarse frente a algo, y poder cogerlo con sólo extender la mano. Algo tan sencillo como...

¿Era posible?

Cuando Bosman, el futbolista, inició su guerra por la libre circulación de

futbolistas en la Comunidad Europea, nadie daba un duro por él, todos le llamaron loco. Y sin embargo ganó.

El mundo del fútbol ya no había sido igual después de eso. Para bien o para mal.

De la «ley Bosman» a la «ley Masferrer».

Se encaminó a la mesa con los dos platos. Ya la tenía preparada con la jarra de agua, un poco de pan, los cubiertos y la servilleta. Antes de sentarse cogió el mando a distancia del televisor y lo puso en funcionamiento. La voz de la presentadora llegó hasta él un momento antes de que la imagen se hiciera nítida en la pantalla. Hablaba de deportes, del inminente Mundial de Francia, de la liga española casi en manos del Barça, de lo humano y lo divino del deporte.

—Veremos también, íntegra, la célebre carrera de 400 metros vallas en la que Oriol Masferrer quedó segundo en los Juegos de Munich, y comprobaremos, una vez conocido el posible dopaje de Manfred Kohler, las posibilidades que habría tenido nuestro campeón de llegar primero a la meta aquel histórico día. Para ello contamos en nuestro estudio con el actual *recordman* español de la distancia...

La carrera.

Íntegra.

Había visto la caída de Pendelton, el final, pero nunca la prueba completa.

Se levantó, insertó un casete en el aparato de vídeo, recogió el mando a distancia del mismo y regresó a la mesa.

Comenzó a comer, expectante, mientras los deportes desarrollaban su deambular por el informativo.

Fueron tres largos minutos.

Estuvo listo. Apretó los dos botones correspondientes a la grabación antes de que, inesperadamente, en pantalla aparecieran los corredores en la línea de salida. La voz de la presentadora comenzó a hablar con la imagen ya en movimiento. Los últimos estiramientos, la concentración final, la espera. La cámara no perdía detalle de los prolegómenos de Harry Pendelton, el fornido corredor estadounidense negro, puro ébano. Sus dos compañeros habían caído de forma inesperada, uno en los calentamientos previos a la final, dando más opciones al resto de participantes, de ahí que sólo siete corredores fueran a tomar la salida. La calle 7 estaba vacía.

Harry Pendelton ocupaba la mejor, la 1. Manfred Kohler, la 2. Oriol Masferrer, la 3. Su favorita.

—Los buenos corren por las calles 3, 4 y 5 —solía decir.

Marc prefería la 1, así controlaba a todos los demás, que debido a la compensación, estaban situados por delante y no por detrás. La calle 8, la más adelantada, no tenía ninguna referencia, salvo el control de uno mismo.

La salida.

Harry Pendelton saltaba hacia adelante como una gacela, con los músculos tan disparados como pudiera estarlo una flecha recién salida del arco. En los primeros cuarenta y cinco metros, antes de la primera valla, su ventaja ya era importante, más de una zancada. El jamaicano y el inglés iban últimos. Los otros cuatro, Kohler, su padre, el ruso Serguei y el búlgaro Ivanov, en un pañuelo.

Y entonces, al atacar la primera valla...

Harry Pendelton cometía el error de su vida. No sólo la derribaba, sino que salía a trompicones de ese derribo, intentando recuperarse, mantener el equilibrio, no perder ni una valiosa décima o centésima de segundo.

Uno, dos, tres pasos desarbolados, el cuerpo que se le iba hacia adelante, la cara de sorpresa, los ojos dilatados por la certeza de la realidad.

La caída.

El gran «¡Ooooh!» del estadio de Munich.

Y los candidatos al trono, comprendiendo que ahora la lucha estaba abierta, que ya no había favoritos, que cualquiera de los cuatro primeros podía ganar.

Tras la quinta valla, Kohler y su padre ya iban en cabeza, codo con codo, calles 2 y 3.

Tras la décima valla, la última, Kohler y su padre seguían en cabeza, codo con codo.

Y codo con codo cubrían los 40 metros finales, con el búlgaro y el ruso más rezagados.

El gran *sprint*.

Aquella llegada tan apretada, tan decisiva.

Era extraño. Una centésima no se apreciaba más que en una *foto finish*, y en cambio nada más atravesar la línea de meta, Manfred Kohler se había sentido ganador, mirando al cielo, y su padre derrotado, con su mirada perdida en pos del hombre que acababa de ganarle.

Y a pesar de ser una medalla de plata, la primera del atletismo español en unos Juegos Olímpicos, Oriol Masferrer no la había celebrado.

No había ganado un segundo puesto.

Había perdido el primero.

Marc dejó escapar el aire retenido en sus pulmones. Sin darse cuenta, había dejado de respirar a lo largo de los últimos diez segundos, como si en lugar de ser una filmación, fuese una prueba en directo en la que aún cupiera un milagro. Incluso le zumbaban los oídos.

En pantalla apareció de nuevo la presentadora. Tenía a su lado al campeón español de la especialidad.

—Vista la carrera, y sabiendo lo que sabemos ahora, ¿cuál es tu opinión acerca de...?

No quiso oírlo. Le quitó el sonido al televisor y apagó la grabación del vídeo. Luego rebobinó la cinta. Bastante opinaban ya los periódicos, algunos con un exceso de afrancesado chauvinismo. De la noche a la mañana Oriol Masferrer era un héroe recuperado, y las viejas leyendas de la España de la pandereta resucitaban en la voz de los que pedían venganza, justicia, recuperando el orgullo herido de aquel país pobre que antaño no contaba en el mundo más que por gestas aisladas en fútbol, tenis, hockey sobre patines, motociclismo...

Cambió de canal.

Y de pronto, para su sorpresa, se encontró con su padre.

Finalmente cazado.

Aquella misma mañana.

Conectó el sonido. Oriol Masferrer estaba nervioso y confuso. Se le notaba.

—¿Qué opina del escándalo del dopaje en la República Democrática Alemana?

—Los tribunales lo están juzgando. Hasta que ellos no dictaminen un veredicto...

—¿Cree que se hará justicia?

Oriol Masferrer no sabía adónde mirar. Rehuía la cámara.

—Se puede tardar años en ver quién tuvo y quién no tuvo culpas.

—Klaus Bierhoff ha reconocido haber dopado a sus atletas, aunque no todos eran conscientes de ello. El médico de Kohler, Dieter Goellner, declarará dentro de dos días y podría...

—No lo sabía.

—Esa medalla de oro era suya, Masferrer —el locutor insistía en ponerle la pera oscura con el marchamo de la emisora en la boca. Su padre se apartaba más y más—. Fue un robo.

—Han pasado muchos años...

Marc estaba rojo de ira.

—¡Dejadle en paz! —le gritó al televisor.

—Si se demuestra que Kohler había tomado sustancias prohibidas, ¿se sentirá usted vencedor moral de esa prueba?

La tortura moría allí.

Oriol Masferrer lograba zafarse del acoso del periodista.

El «intrépido» periodista sin embargo apuntilló un poco más su éxito.

—Como vemos, Oriol Masferrer es ahora mismo un hombre visiblemente afectado por los acontecimientos, unos hechos que marcaron su vida en 1972, y que han vuelto, posiblemente, para reabrir de una forma insospechada una vieja herida. La gran pregunta seguirá siendo pues: ¿ganó el dopaje y perdió nuestro atleta la última gran carrera de su vida antes de que un accidente lo malograra para siempre? Nadie le devolverá los sueños, pero sí la justicia si se demuestra que Manfred Kohler venció ilegalmente.

Marc puso el canal del vídeo.

Acto seguido pasó de nuevo la grabación de la carrera final de los 400 metros vallas en Munich 72.

2

CARRERA

Enrique Durán era joven, como de treinta años. Le tendió una mano fuerte que él estrechó con solidez. Se fiaba de las personas que daban la mano con energía y dudaba de las intenciones de quienes lo hacían de manera blanda. El abogado le indicó una de las dos sillas situadas delante de la mesa de su despacho.

—¿Marc Masferrer? —dijo en voz alta.

—Soy hijo de Oriol Masferrer —convino él—. Supongo que...

—Oh, sí, sí, claro —aceptó el abogado tomando asiento en su butaca antes de preguntar—: ¿Cómo está? Su nombre aparece cada día en algún periódico.

—Afectado.

—Sí, lo imagino. Es un asunto oscuro, que toca a mucha gente y a muchas instituciones en general, pero que después, uno a uno, llega al corazón de los perjudicados. Desde luego no le está haciendo ningún bien al deporte.

—Pero es mejor hacer limpieza de una vez, ¿no?

—Por supuesto, por supuesto —Enrique Durán fue terminante en su gesto—. Como miembro del gabinete jurídico de la Federación abogo por la transparencia, la honestidad y el juego limpio. Durante años hemos tenido que tragarnos la supuesta supremacía de algunos países, y decir que los países comunistas otra cosa no tendrían, pero disciplina deportiva sí. Total para que ahora nos salgan con esa monstruosa trampa.

—¿Conoció usted a mi padre?

—No. Llevo cinco años en la Federación. Pero por supuesto como apasionado del deporte conocía su historia, aquella famosa carrera, y ahora...

—Como abogado, usted trata todo tipo de temas relacionados con el deporte, ¿verdad?

—Así es.

—Si un atleta español da positivo en un control, y dice que es inocente, usted se encarga de defenderle y presentar alegaciones, y de la misma forma atiende reclamaciones... Bueno, quiero decir que si un deportista tiene problemas usted se los soluciona.

—Lo intento —sonrió Enrique Durán—. Ya sabes que no es tan fácil, y más cuando intervienen otras federaciones o el Comité Olímpico. Estas cosas suelen ser lentas.

—¿Cuánto pueden durar los juicios que se están llevando a cabo en Alemania?

—Semanas, meses —hizo un gesto ambiguo—. Cuanto más se remueve la porquería, más porquería sale. De momento se habla de más de seiscientos encausados, pero cada día aparecen más datos. ¿Sabes que los propios atletas que en su día fueron dopados sin tener conocimiento de ello están denunciando a sus entrenadores y médicos de entonces?

—Sí.

—Pues ya ves. ¿Cómo se sabrá la verdad? Si un médico o un entrenador afirma que es inocente, y no hay pruebas de lo contrario... Y si un atleta, después de treinta, veinticinco o veinte años, dice que no tomó nunca nada...

—¿No hay manera de hacerles análisis y comprobarlo?

—¿Quieres que se hagan miles de análisis a todos ellos, así, de golpe? Lo que sí está claro es que existió el dopaje masivo, pero entrar en detalles de quién estaba en ello y quién no, es más difícil.

—Klaus Bierhoff, el entrenador de Kohler, ha declarado que dopó a la mayoría de sus pupilos.

—Es un punto a favor, pero te repito que muchos eran críos o adolescentes, ignorantes de lo que les estaban metiendo en el cuerpo —Enrique Durán frunció el ceño y miró más atentamente las facciones de Marc, marcadas por una pausada determinación—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Verá...

—Lláname de tú, por favor, no me hagas sentir viejo.

—Vale —sonrió él por primera vez.

—Y ahora dime qué te trae por aquí, porque ésta es una visita profesional, ¿me equivoco?

—Quiero que le den a mi padre la medalla de oro de la final de los 400 metros vallas de Munich.

El rostro del abogado acusó el impacto de sus palabras.

—¿Qué? —se inclinó hacia adelante.

—Si Manfred Kohler se dopaba, él no ganó esa carrera.

—¿Hablas en serio?

No tuvo que responder. Sus ojos, la serena determinación de su rostro, lo hicieron por él.

—¡Válgame el cielo! —Enrique Durán se dejó caer hacia atrás.

Le brillaban las pupilas.

—¿Puede hacerse? —quiso saber Marc.

—No lo sé. Supongo que... bueno, sería muy complejo.

—¿Pero es posible?

—En jurisprudencia todo es posible. Que no haya un precedente no quiere decir que no pueda iniciarse una demanda y sentarlo con ella. De todas formas no es tan sencillo como decir sí o no.

—¿Por qué ninguno de los posibles atletas afectados ha reclamado la medalla que perdió en su momento?

—Lo ignoro, aunque supongo que será por las mismas razones que puedo exponerte yo. ¿Te imaginas a cientos de deportistas pidiendo una revisión de pruebas y marcas?

—Yo sólo me imagino a mi padre.

—Mira, esto acaba de estallar ahora, con esos juicios. Lo más probable es que todos los afectados estén en guardia, esperando ver qué pasa. Cualquiera que perdiera una prueba frente a alguien que ahora se demuestre que actuaba bajo los efectos de esteroides anabolizantes tendrá su derecho a protestar, pero por el momento... la cautela impera. Es muy complicado dar el primer paso.

—Alguien tiene que darlo —afirmó categórico Marc—. ¿Qué pasos deberían seguirse?

—Presentar una demanda ante el Comité Olímpico Internacional, amparada por la Federación Española.

—¿Y si el COI la desestima?

—No creo que puedan desestimarla así como así. Tendrán que aceptarla, y a partir de aquí... ver qué pasa. Pero desde luego sería una conmoción. Temblarían todos los estamentos deportivos internacionales.

—¿No es un precedente la «ley Bosman»?

—No es lo mismo pero... —al abogado volvieron a brillarle los ojos—. ¡Dios, el mundo del fútbol se ha vuelto loco estos últimos años por culpa de ese tipo!

—Nadie creía que alguien que no se llamase Cruyff o Pelé pudiera romper el inmovilismo en el fútbol, y él lo logró.

—Y tú quieres ser el Bosman del mundo del deporte.

—Ya sé que no es lo mismo. Aquello fue una ley de adecuación a las nuevas circunstancias políticas y geográficas, mientras que esto sería una sacudida al mundo del deporte, algo así como meterlo en la lavadora y después de un buen lavado, centrifugar a gusto. Pero es de justicia. Miles de ilusiones cambiaron de mano por el sólo hecho de que unos alteraron su cuerpo y otros no.

Enrique Durán unió las yemas de sus dedos delante de su cuerpo. Tenía los codos apoyados en los laterales de su butaca. Parecía un hombre sencillo, aunque en su despacho se notaran detalles de buen gusto. Marc ni siquiera sabía si era bueno o no, si era el mejor o no. Sólo había preguntado por un abogado, y allí estaba.

Esperó la respuesta del leguleyo.

Y no tardó en llegar.

—¿Sabes qué pasaría si esto prosperase?

—Sí.

—La vida de tu padre puede que quedara marcada por esa derrota, pero la tuya...

—No me importa.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete años.

—Es lógico que no te importe ahora.

—Olvídate de mí. Es mi padre el que cuenta.

—¿Tanto significa para él esa medalla de oro?

—Ha vivido toda su vida intentando asumirlo, pero ahora... Y me da igual que deba reescribirse la historia.

—¿Por qué no está él aquí?

La pregunta le pilló inesperadamente. Parpadeó.

—Tu padre no sabe lo que estás haciendo, ¿verdad?

—No —convino Marc.

—No puedo iniciar la demanda si él no está de acuerdo.

—Lo estará.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Tampoco puedo llevar esto adelante si Klaus Bierhoff no acepta haber dopado a Manfred Kohler, fuese él consciente o no. De lo contrario sería como dar palos de ciego. A Kohler le bastaría con decir que todo es mentira y que él era un tipo sano.

—¿Cuándo se conocerá la sentencia del entrenador de Kohler?

—Todavía tienen que interrogar a Dieter Goeller, el médico.

Marc sonrió.

—Pareces estar muy enterado de todo el proceso —dijo en tono calculador.

Enrique Durán no respondió a su consideración, pero le acompañó en su sonrisa.

Eso fue un segundo antes de que los dos se pusieran en pie.

Claudia fue la primera en reaccionar.

—¿Qué has ido a... dónde?

—Es un abogado de la Federación, mamá. Están para eso.

—¡Pero Marc! —su madre miró a su padre buscando un apoyo.

Oriol Masferrer no cambió la seriedad de su rostro.

—Quería consultar únicamente si es posible...

—¡Tenías que habérselo dicho antes a tu padre! —objetó ella.

Marc le miró a él.

—¿Papá?

Silencio.

—¡Estáis locos, locos! —Claudia se agitó en la mesa—. Si seguís adelante, os aseguro que esto os va a doler a los dos más que a nadie.

—Pero, ¿por qué? —casi gritó Marc.

—¡Porque vais a jugar con algo muy importante, con sentimientos y pasiones, y porque veinticinco años después no puede recuperarse el pasado!

—¿Y la justicia?

—¡No me hables de justicia! ¡No haces esto por justicia!

—Papá —Marc se dirigió a su todavía silencioso padre—, tú me enseñaste a luchar, a competir, pero a competir para ganar, no sólo para figurar ahí como uno más. Yo no sé resignarme, ni tú puedes hacerlo cuando estás tan cerca de... ¿Cuántas veces me has dicho que un campeón se forja más fuera de la pista que dentro de ella? ¡Yo no quiero conformarme con cualquier cosa! ¡Tenemos una oportunidad!

—Los Masferrer contra el mundo —chasqueó su madre con sorna.

—¡El mundo, sí! —gritó Marc—. ¡Tal vez no le devuelvan esa medalla ni cambien los libros de historia, pero al menos ese mundo sabrá que no le ganó un competidor, sino una droga! ¡Se trata de eso, mamá, y si quieres que te diga la verdad, no te entiendo! ¡No te entiendo! ¿De qué tienes miedo?

—Conozco las obsesiones —Claudia le apuntó con un dedo—. Ninguna es buena.

—¡Esto no es una obsesión!

—¿Y qué es? Lo que pasó, pasó, carrera y accidente de coche incluidos. No quiero que vivas su vida sino la tuya, ni que quieras algo por él y no por ti —

el dedo de su madre señalaba a uno y a otro cada vez—. Tengo miedo, sí, porque os conozco demasiado bien. He vivido más de media vida con uno y he parido al otro, ¿vale?

Oriol Masferrer esbozó una sonrisa.

—Los dos habláis de lo mismo y no os dais cuenta —musitó despacio.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué hablamos, si puede saberse? —espetó Claudia.

—De amor.

—Papá —Marc miró a su padre como no lo había mirado jamás—, una vez, una sola vez, me pediste que ganara lo que tú no pudiste ganar. Era pequeño, pero no lo he olvidado. Déjame que ahora intente ganar, o mejor dicho, recuperar, esa medalla para ti. Déjame intentarlo.

—¿Qué te ha dicho ese abogado?

—Que es posible. Lo de la «ley Bosman» no es igual pero... Estás en tu derecho.

—Kohler no ha dicho nada que yo sepa. Sólo se está acusando a su entrenador. Ni siquiera ha declarado el médico todavía.

—El abogado me ha dicho que por supuesto habrá que esperar el veredicto del juez en el caso de Klaus Bierhoff, y ver qué dice Dieter Goellner después.

—¿Y si Manfred Kohler asegura que no tomó nada?

—Si Bierhoff dice que le dio anabolizantes, la base para reclamar esa medalla estará sentada. La Federación te apoyará ante el COI, seguro.

—Será un escándalo internacional —comentó Oriol Masferrer con pesar.

—Ya es un escándalo, papá. ¿No lees los periódicos? Cada día salen más campeones mundiales u olímpicos hablando de sus casos, o se divulgan cosas de los que han muerto, están enfermos o tienen secuelas graves. ¿Cuánto crees que tardarán algunos de esos campeones en devolver por sí mismos sus medallas, avergonzados de lo que hicieron? Puede que sólo les quede su dignidad.

—El corazón del deportista —susurró Oriol Masferrer.

—¿Y si esto dura años y años? —volvió a hablar Claudia—. El desgaste será tremendo.

—Vamos a entrar en el siglo XXI, mamá. La pelea es entre el deporte limpio y las drogas que lo están matando.

—Eres un idealista —su madre le acarició el pelo con la mano derecha—. Siempre habrá drogas nuevas, primero indetectables, después detectables, y cuando estallen nuevos escándalos y otros nuevos idealistas crean haber hecho una limpieza adecuada, surgirán más estupefacientes o sustancias capaces de

hacer que un saltador salte un metro más o que un corredor se ahorre medio segundo en una carrera.

—Mamá, ¿por qué eres tan escéptica?

—Tu madre no es escéptica, Marc, ni fría ni indiferente. La diferencia que hay entre una persona adulta y una joven es que el adulto sabe ya lo que es ser joven, mientras que el joven no sabe todavía lo que es ser adulto.

—Vale, ya estamos —se mosqueó.

—No es un insulto. Puede que los mayores seamos más escépticos porque ya nos han dado casi todos los golpes de la vida.

—Pero olvidáis la pasión.

Oriol Masferrer y su esposa intercambiaron una rápida mirada.

—Siempre soñé con ganar una medalla de oro —dijo él muy despacio, con el alma atrapada en un sentimiento imposible de detener.

—Aunque no te devuelvan la medalla, aunque pasen años con juicios y apelaciones, el mundo sabrá que tú ganaste esa prueba, papá.

—¿Y si le quitan la medalla a Kohler, le enviarás tú la de plata a Ivanov, para que éste envíe la de bronce a Serguei? —comentó incrédula ella.

—¡Mamá, por favor!

La mujer se levantó. Les lanzó una mirada de tristeza a ambos.

—Estáis locos —dijo antes de dar media vuelta y marcharse del comedor.

—Papá...

—Deberías entenderla —objetó el hombre.

—¿Nos entiende ella a nosotros?

—Ten por seguro que sí, y mucho más de lo que crees o piensas.

—Es demasiado analítica.

—Bueno —bromeó Oriol Masferrer por primera vez durante aquellos tensos minutos—, que le gusten las matemáticas no significa que sea rara. —Luego cambió de tono, puso una mano sobre el brazo de su hijo y agregó conciliador —: Te diré lo que vamos a hacer, ¿de acuerdo? Vamos a esperar. Si Bierhoff no señala a Kohler, no habrá nada que hacer. Si dice expresamente que Kohler tomaba anabolizantes... entonces decidiremos, ¿te parece?

—Ya está decidido, papá —aseguró Marc.

—Vamos a esperar —repitió su padre—. Bastante liado está ya todo. Y los periodistas persiguiéndome... Ese tipo de fama no siempre es bueno, ¿sabes? Y tú a lo tuyo, que tienes todavía las mínimas para los europeos pendientes, y muy pocas pruebas donde conseguirlas de aquí a los campeonatos.

Eso fue todo.

Su madre regresaba ya con una hermosa fuente de fruta.

No era lo mismo correr solo que acompañado. No era lo mismo pugnar con un rival que contra uno mismo. Marc lo sabía, así que se esforzaba.

Sin embargo, podía sentir el plomo en sus pies y en su cabeza y, lo que era peor, en su ánimo.

Al saltar la décima y última valla deslizó una mirada en dirección a Marcelino Genís, que se hallaba en la línea de meta. Tomó tierra y trató de enmendar la lentitud de su carrera forzando el ritmo.

El plomo le pesó más y más.

Los cuarenta metros finales fueron un lastre imposible de superar.

Nada más cruzar la línea de meta cedió en su impulso, ni tan sólo se dejó llevar los metros de rigor para atemperar el ritmo y bajar la adrenalina de la carrera. Se detuvo y dobló el cuerpo hacia adelante, apoyando las palmas de ambas manos en las rodillas. El sudor formó remolinos en su cara, arrastrando gotas y más gotas que comenzaron a correr por ella hacia abajo, para dar el salto mortal desde la barbilla hasta la pista de tartán.

Marcelino Genís llegó a su lado.

—¿Qué te sucede?

—Nada.

—¿Nada?

—Lo recuperaré.

—El tiempo no se recupera, se pierde.

—Siempre dices que debería concentrarme en los 400 y los 800 y olvidarme de las vallas, y que tarde o temprano tendré que escoger. A lo mejor es que es eso, y que las vallas no se me acaban de dar.

—Has perdido en las tres categorías, Marc. No me vengas con historias. En lugar de ir hacia adelante vas hacia atrás.

—¡Joder, vale ya!

—Oye, tú —el entrenador le obligó a enderezarse—. A mí no me grites ni te descontroles, o hago que te larguen de este club.

—Coño, es que...

—¡Ni coño ni nada! —elevó ahora la voz el hombre—. ¡Vas mal y punto! ¡Estás tirando por la borda toda la preparación de estos meses! ¡No sólo no irás a los europeos, porque no vas a conseguir ninguna mínima, sino que

acabarás en el furgón de cola! ¡Subvenciones, ayudas, becas... todo a hacer puñetas! ¿Me sigues?

Marc tragó saliva.

—Sí —dijo.

—Ya no tengo ganas ni de enfadarme —volvió a hablar calmado—. Lo lamento por ti, pero... Yo no puedo hacer nada. Tampoco serías el primero que prometía mucho y que luego, a la hora de la verdad... ¡bluf! —hizo un gesto con ambas manos, como si algo intangible se desinflara—. El deporte si algo tiene es que no perdona. Los tiempos lo son todo. Si tienes una mínima, vas y compites. Si no, te quedas. Y si te quedas acabas dejándolo. Es así de sencillo.

—Te juro que iré a los europeos —manifestó con las mandíbulas apretadas.

—No es así como lo conseguirás —movió la cabeza horizontalmente Marcelino Genís—. La rabia, ahí —señaló el tartán con el dedo índice de su mano derecha.

—Vale.

—Para empezar, olvídate de la tele.

—Me pillaron sin darme cuenta.

—¿Y también te pusieron el micro en la boca y te obligaron a hablar?

—No dije nada.

—Pues para no decir nada..., buena la has liado.

—Con lo de mi padre, y el jugo que le están sacando...

—Marc.

—¿Qué? —acabó diciendo al ver que su entrenador no seguía.

—No quiero que seas «el hijo de Oriol Masferrer», el héroe caído en combate en Munich. Quiero que seas Marc Masferrer, la joven promesa del atletismo español.

—Ya.

—Pues será mejor que no lo olvides. Aprende la lección, sácale provecho. Estás descubriendo que cuando hay algo, por pequeño que sea, que te distrae de lo esencial, todo el conjunto se resiente. Ésa es la diferencia entre los que están arriba y los que están abajo, y los que están abajo y los que, simplemente, no están. Olvídate de todo ese rollo. Es de tu padre, no tuyo. Concéntrate en tu oportunidad.

—Estaré al cien por cien, te lo juro.

—No jures tanto. Me basta con que trabajes de firme. Recuerda el orden.

—Primero estudios, después entrenamientos.

—Y nada más.

—Y nada más —repitió Marc.

Se refería a Aura, pero eso quedaba fuera de discusión. A veces pensaba que si no la tuviera a ella...

No quiso ni imaginarlo.

—Vete a la ducha, por hoy ya basta —le ordenó Marcelino Genís.

—¿Ya?

—Para lo que has hecho... Mañana será otro día.

—Déjame que lo intente de nuevo.

—Marc, a la ducha.

Conocía el tono sobradamente, y era peor cuando lo decía normal o simplemente serio que cuando lo decía a gritos. Para demostrarle que no estaba solo en el mundo, o allí, en las pistas de entrenamiento, y que tenía otros pupilos a los que entrenar, lo dejó tal cual y empezó a dar órdenes dirigidas a los atletas más cercanos.

—¡Armando! ¿Te crees que estás de vacaciones o qué?, ¡maldita sea! ¡Ponte a dar vueltas inmediatamente, so gandul! ¿Y tú que haces, Martita? ¡Se te va a poner un culo así de grande como no lo muevas ya mismo, joder!

Marc tomó el camino de los vestuarios.

Joaquín Jané apareció sudoroso y cansado en los vestuarios cuando él ya se había duchado y vestido. Se dejó caer en el banco y apoyó la cabeza en la pared. Marc le miró reflejado en el espejo mientras se peinaba el húmedo cabello.

Fue el recién llegado el que acabó rompiendo el silencio bastantes segundos después.

—Has tenido bronca, ¿eh?

—No —dijo Marc.

—Pues te ha enviado a la ducha antes de hora.

—He hecho un pésimo tiempo en las vallas.

—Sinceramente, no sé por qué sigues con ellas. Si es porque tu padre era vallista..., creo que te equivocas. Lo tuyo son los 400 y los 800. Y a la larga, competirás sólo en 800, ya verás.

—Ya, y cuando sea mayor me pasaré a 1.500 —se burló de sus palabras Marc.

—Es que empeñarte en los 400 vallas sólo porque tu padre...

—Joaquín —su tono de voz fue cortante—. Vale.

—¡Jo, no estás nervioso ni nada con todo ese follón que estás montando! —suspiró su amigo.

—Yo no estoy nervioso.

—Pues tal y como corres te gana un cojo.

—¿Vas a darme también tú la tabarra?

Joaquín se encogió de hombros.

—No, hombre no. A fin de cuentas yo tampoco voy muy sobrado.

—Tienes la mínima en 100 y en 200 al alcance de la mano. Sabes que vas a hacerlas antes de los europeos.

—Las mínimas, las mínimas —Joaquín pareció burlarse de esas palabras, o de lo que significaban—. Estoy hasta aquí de las mínimas —se llevó la mano derecha, horizontal, a la altura de la frente.

—Y aunque no las hagas, te llevan para el relevo, seguro.

—Tú también estarás en el relevo largo.

Era distinto, y lo sabían. Formar parte de los equipos de 4 X 100, 4 X 200 y 4 X 400 no era lo mismo que competir en las pruebas individuales. Lo otro era

un premio menor.

Joaquín también estaba raro. Llevaba así varios días.

—¿Qué te sucede? —se interesó Marc.

—¿A mí? —pareció sorprenderle la pregunta—. Nada.

—Te veo inquieto.

—Los velocistas somos inquietos y neuróticos.

—¿De verdad es por las mínimas?

—¡A la mierda las mínimas! —protestó Joaquín—. ¡Si consiguiera cinco décimas menos en 200 y un par en los 100...!

—¿Qué quieres, batir el récord de España y el del mundo a la vez?

—¿Por qué no? Antes decíamos que nada era imposible.

—Antes teníamos catorce o quince años, y éramos los mejores en el cole. Ahora estamos con gente que salta, corre y se mueve igual.

—Exacto, tú lo has dicho —Joaquín hizo un gesto significativo con la cabeza—. Estamos en un pañuelo.

—¿Y?

—Odio formar parte del pelotón de los mediocres. Quiero estar arriba y ganar esas medallas olímpicas que nos prometimos.

—Todo llegará, ¿no?

—¿Cuándo, a los treinta? ¡Yo quiero el mundo, y lo quiero ahora!

—Para, Superman —Marc le lanzó una mirada incierta.

—Mira, Marc —Joaquín se puso muy serio—, todo lo que no consigamos de jóvenes, no lo conseguiremos de viejos.

—Oye, que a los treinta no se es viejo. Muchos velocistas han ganado mundiales y olimpiadas a esa edad.

—Ya sabes a qué me refiero —insistió su amigo—. Estamos en España. ¿Cuándo ha dado España un buen velocista? Mediofondo o fondo sí, pero en velocidad... Lo tengo crudo.

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Tienes la moral por los suelos?

—Soy realista. Necesito algo que me ponga en el buen camino, y después... una medallita, unos buenos critériums, un espónsor que me suelte la pasta... y a vivir. Porque el dinero está ahí, en los critériums y en los espónsors.

—Nunca habíamos hablado de dinero —objetó Marc.

—Tú mismo lo has dicho hace un momento: antes teníamos catorce o quince años, y éramos unos lilas.

—¿Desde cuándo piensas así?

—Desde hace algún tiempo.

—No es verdad.

—Bueno, pues vale —Joaquín se hizo el indiferente.

—Eh, eh, espera —Marc se sentó a su lado, con un gesto de preocupación en su rostro—. ¿Qué te pasa?

—Un día todos despertamos, ¿no?

—¿De qué?

—Del sueño.

—¿Esto es un sueño? —Marc movió una mano abarcando el gimnasio, las pistas de entrenamiento situadas al otro lado de las ventanas—. Antes sí nos lo parecía, cuando éramos unos pardillos, pero ahora sabemos que es de verdad, y que nos esperan...

—¿Qué nos espera? —le detuvo Joaquín—. Mira, Marc, no me vaciles. Yo busco el éxito, como todos, pero es muy difícil por no decir imposible que un día sea el campeón que querría ser. ¿O de veras crees que ganaré el mundial y el oro olímpico? Tendré que conformarme con lo que pueda arañar, y como no arañe lo suficiente... No quiero ser un chupatintas lleno de nostalgias por los buenos tiempos. Ni siquiera me veo así. Mira tu padre.

—Él se quedó cojo, y carecía de estudios.

—Pero el atletismo no le dio nada. Medalla de plata en Munich, ¿y qué? Ésa fue su única satisfacción. Yo lo tengo claro: voy a sacarle a esto lo que pueda: dinero, chicas... Y a los treinta, adiós. No creo en milagros ni me veo cuidándome y arrastrándome por ahí. Eso si una lesión no me joroba antes.

—¿Y cómo vas a conseguir sacarle ese «máximo» si de pronto no crees en nada?

—Hay muchas formas, tío —espetó con un rictus de extraña arrogancia—. Lo único que hace falta es valor para tomar una decisión.

Era él, Joaquín Jané, su amigo, su compañero. Juntos iban a comerse el mundo.

Y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, no le conocía.

—No puedes hablar en serio —mencionó Marc.

—¿Qué te apuestas? —le retó Joaquín lanzándole una mirada de determinación.

De nuevo una noticia relativa a los juicios celebrados en Alemania ocupaba un ancho titular en la sección de deportes. La primera tras unos días de tensa calma:

NUEVOS DATOS SOBRE LOS JUICIOS POR DOPAJE EN LA RDA.

El texto decía:

La convulsión que está sufriendo estos días el mundo del deporte, y más concretamente cuanto proviene de Alemania, hace que afloren nuevos y más estremecedores datos acerca de las prácticas de dopaje sistemático que las autoridades de la extinta Alemania del Este llevaron a cabo en los años setenta y ochenta. Ilustres campeones y campeonas, retirados hace años, están saliendo a la palestra con historias estremecedoras que se desconocían o nadie quería llevar a la luz pública. La última ha sido la de la campeonísima Petra Schneider, una de las mayores y más rutilantes estrellas de la natación alemana. Fotografías recientes, tras ser entrevistada con motivo de los juicios, nos han mostrado a una mujer prematuramente envejecida y con graves dolencias, abocada a una triste vida de dolor y a una muerte prematura. Con todo, Petra afirma haber tenido más suerte que otras compañeras, ya muertas o que con los años han tenido que someterse a un forzoso cambio de sexo.

Tras el artículo, en una página adjunta, había un interesante cuadro relativo a los medicamentos prohibidos y sus repercusiones posteriores en caso de abuso de los mismos. Siempre le había dado la espalda al tema, así que no estaba muy al día. Simplemente se cuidaba, se controlaba, no tomaba nada sin preguntárselo al médico del equipo y en paz. Las ocho sustancias prohibidas más importantes eran los esteroides anabolizantes, capaces de incrementar la masa muscular; los betabloqueantes, que producían un ritmo constante y más lento de los latidos cardíacos; los diuréticos, que provocaban pérdidas de peso y borraban los efectos de otras drogas; la eritropoyetina, que estimulaba los glóbulos rojos para aumentar la capacidad de transporte de oxígeno en la sangre; la hormona del crecimiento o somatropina, que estimulaba la

producción de cartílago y el crecimiento muscular; los analgésicos, que permitían a un atleta continuar con el ejercicio ignorando el dolor; los estimulantes, que inhibían la fatiga y el apetito, incrementando la autoconfianza y la agresividad; y los agentes enmascaradores, que reducían los niveles de esteroides anabólicos detectables en la orina.

Frente a ello, las consecuencias de todos eran drásticas. Los anabolizantes provocaban mayor agresividad, impotencia, esterilidad, daños renales, calvicie, desarrollo pectoral, desgarró de tendones y huesos al no poder soportar el súbito aumento de volumen muscular y un largo etcétera. Los betabloqueantes hacían descender la presión. Las hormonas producían crecimientos anómalos de manos, pies y órganos internos, distorsión de la mandíbula, aumento de la lengua, y causaban coágulos de sangre que favorecían los infartos. Los diuréticos provocaban pérdidas de peso rápidas, deshidratación, posibilidad de ataques de gota al no eliminarse el ácido úrico de la sangre, vértigos y náuseas. Los estimulantes hacían aumentar la temperatura corporal y la presión sanguínea, provocaban latidos irregulares del corazón y creaban adicción. Los analgésicos motivaban daños permanentes, problemas respiratorios y también adicción.

Quedaba, por último, una de las formas más sutiles de dopaje: el de la sangre. Un atleta se extraía sangre durante una estancia a gran altura, mil o dos mil metros, ya que a esta altura el cuerpo, debido a la menor presión del oxígeno, producía más glóbulos rojos. Después volvía a inyectarse su propia sangre a nivel del mar y poco antes de la competición. Era el dopaje más tentador, indetectable, pero que podía conducir a una muerte casi siempre misteriosa, porque no parecía haber causas que llevaran a ella. Seis ciclistas holandeses habían muerto en 1990 posiblemente a causa de ese método o del uso de la EPO, su equivalente. La eritropoyetina, conocida como EPO, es la hormona humana que se produce en el riñón y controla la fabricación de glóbulos rojos en la sangre, pero circula por el fluido sanguíneo en cantidades muy pequeñas. Inyectándose EPO dos o tres semanas antes de una prueba, el cuerpo fabricaba más glóbulos rojos y nadie, ningún control, detectaba nada anómalo. Pero con el tiempo, la sangre, más espesa, acaba siendo difícil de bombear por el corazón.

La EPO, muy nueva todavía como estimulante, podía comprarse en una simple farmacia, con receta, aunque los deportistas que la usaban disponían siempre de métodos para lograrla sin ella. Seis ampollas de Epopen 2000 costaban unas 30.000 pesetas a mediados de los años noventa, y seis del

Epopen 4000, algo más de 60.000 pesetas. En el mercado negro los precios se disparaban.

Un ciclista italiano decía en el artículo: «Sin EPO, no puedes ganar. Y si no ganas, no hay futuro».

Marc levantó los ojos del periódico y lo dejó a un lado. Miró arriba y abajo de la calle. Aura no llegaba. No le gustaba leer cosas como aquella. La gente siempre generalizaba, siempre metía a todo el mundo en el mismo saco. ¿Moría un rockero por sobredosis? Era porque todos los rockeros eran drogadictos. ¿Se suicidaba uno? Era porque el rock les volvía locos. ¿Se dopaba un atleta? Todos estaban dopados, por eso batían tantos récords. El mundo de los seres «diferentes», artistas, deportistas, era incomprensible para los demás.

Y no todos los rockeros eran borrachos, drogadictos o estaban locos, ni los deportistas usaban porquerías para arañarle un segundo a la gloria o a los rivales.

Por lo menos se alegró de que el periódico volviera a hablar del tema. Parecía que tras la primera explosión de noticias, los juicios de Berlín hubieran desaparecido del mapa.

Enrique Durán le decía todos los días lo mismo cuando le llamaba:

—Nada. Parece que todo está entrando en un primer *impasse* tras el revuelo inicial.

—Eso es porque acabarán echando tierra encima —lamentaba él.

—No, lo que pasa es que el escándalo ha sido tan grande, que hasta los mismos jueces actúan con más tacto. Nadie hace declaraciones. Prefieren esperar el dictado de la justicia. ¿O te crees que es como aquí, que antes de que un testigo o incluso un juez abra la boca ya están los periódicos publicándolo todo?

El abogado seguía el caso minuciosamente. Nada de Klaus Bierhoff. Nada de Manfred Kohler.

Marc se preguntó qué estaría pensando o sintiendo el hombre que venció a su padre.

—Lo vas a pagar, cabrón —musitó para sí mismo.

—¡Eh!, ¿ya estás hablando solo?

Aura había aparecido a su lado, como por arte de magia.

La abrazó y la besó. Casi deseó fundirse con ella. Era capaz de olvidarse de todo cuando la tocaba, cuando la miraba, cuando la abrazaba y la besaba como en ese momento. Y más si el día anterior no habían podido estar juntos.

—¿Algo nuevo? —se interesó ella cuando se separaron, haciendo un gesto en dirección al periódico.

—Un par de tonterías, pero de esencial, nada.

Aura se sentó en el banco al ver que él no daba muestras de querer andar.

—¿Y en casa?

—Lo mismo. Nadie habla del tema. Mi padre sigue como ausente y mi madre, triste. Es una extraña sensación. Te juro que...

—¿Qué? —le alentó a continuar al ver que no lo hacía.

—No, nada.

—Venga, hombre.

—Siento que estamos cerca, pero... no sé. Miro a mi padre y lo que noto aquí —se tocó el corazón— es tristeza. Daría lo que fuera por verle contento y feliz, ¿sabes? Nunca se ríe. ¿Comprendes lo que significa eso? He crecido sin ver reír a mi padre. Me gustaría coger a ese Kohler y hacerle pasar lo mismo que ha pasado mi padre.

—No digas eso. Tú no eres así.

—¿Que no? Será porque aún no me conoces.

—Pues si lo eres me largo —le amenazó ella.

Marc la abrazó de nuevo, como si temiera que Aura cumpliera su amenaza inmediatamente.

—La mayoría de los chicos que conozco —volvió a hablar despacio—, andan a la greña con sus padres, piensan que son mayores, que son unos pesados, que no tienen ni idea y cosas así. Algunos incluso casi les odian, como Jacobo o Pepe. Desprecian su forma de vida o de ser. No entienden nada. Pero yo quiero a mi padre. No soy atleta para satisfacerle, lo soy por mí mismo, sin embargo haría lo que fuese por él. Antes de que aparecieras tú, era la persona más importante de mi vida.

—Gracias —le besó Aura.

—Lo malo es que él se obsesionó con aquella derrota, y después, con el accidente... Y yo ahora me estoy obsesionando con todo esto.

—Y las obsesiones son malas —le recordó su novia.

—Por eso lo decía.

Guardaron silencio unos segundos. Primero jugaron con sus manos, después con sus labios. Finalmente se abrazaron durante un minuto, dos. Cuando dejaron de hacerlo se pusieron en pie sin decir nada y empezaron a andar despacio.

Aura fue la que rompió aquel silencio, muchos metros más tarde.

—¿Cuándo te vas a la reunión de Sevilla?

—Pasado mañana. Mi padre viene conmigo.

—Ánimo.

Pensó que se lo decía por las pruebas y por sus tiempos, pero no estuvo seguro. Tampoco se lo preguntó.

Al entrar en la larga recta que conducía a la última curva, forzó un poco el ritmo de sus zancadas y, por primera vez, se separó de sus cuatro compañeros de escapada.

Ahora estaba solo.

Mantenerse, sin forzar. Mantenerse, controlando. Mantenerse, dispuesto a volver a atacar tanto si le atacaban a él en la curva o después de ella, como si no lo hacían.

No sólo era ganar.

Estaba la marca.

La dichosa mínima.

Había fallado en los 400 vallas, había fallado en los 400 libres. Los 800 eran su última oportunidad.

Quedaban otras reuniones atléticas, pero el tiempo se le echaba encima. Si no iba a los europeos juveniles, ¿de qué le habría servido todo?

Concentración.

No tenía que pensar en nada, y menos en los 400 vallas y los 400 lisos. En nada.

Sólo en lo que estaba haciendo.

Notó el aliento de alguien en su cogote. Y más que el aliento: el roce de un brazo. Cuidado. Si le tocaban un pie, por pequeño que fuese el contacto, podían desequilibrarle y rodar por los suelos. Pero no fue un pie. Más bien fue un codo. Se lo clavaban en los riñones.

El de detrás quería pasar, como fuera.

Intentó escaparse un poco.

No lo logró.

El aliento seguía ahí. El contacto seguía ahí.

No quiso mirar, pero lo hizo.

De refilón vio la cara de uno de sus máximos rivales. Marcelino Genís se lo había señalado antes de empezar:

—Vigila al 123 y al 57. Ésos son tus contrincantes. Si no les dejas atrás en los últimos cincuenta metros, pueden darte una sorpresa. Su final es fuerte, más que el tuyo.

Final fuerte.

Más que el suyo.

La curva estaba ahí, a escasos metros ya. A la izquierda.

Era poca la gente que presenciaba las pruebas, casi todos familia de los participantes y muy pocos espectadores curiosos. En el pequeño estadio batido por el sol creció ligeramente la animación.

El momento de la verdad.

Los 800 metros eran lentos comparados con las pruebas de velocidad y rápidos comparados con los 1.500 y las restantes pruebas superiores, los 3.000 obstáculos, los 5.000 y los 10.000. Pero eran una mezcla de esa velocidad y las tácticas empleadas en los 1.500. Una carrera inteligente.

La curva.

Tenía bien cogida la cuerda, así que si alguien pretendía pasarle, debería hacerlo por el exterior, dando más zancadas, exigiéndose un mayor esfuerzo. Dejó de notar el aliento de su perseguidor.

Giró la cabeza.

Muy rápido, pero suficiente.

Lo tenía a un palmo. El 123. El otro, el 57, iba ligeramente rezagado. Los otros dos escapados se habían quedado descolgados y el resto ya no contaba. Podía ganar.

Aunque eso no bastaba.

Necesitaba tiempo de marca, de mínima europea.

Miró a lo lejos, buscando la figura de Marcelino Genís. A veces le bastaba con verle a él para saber si además de correr bien estaba haciendo una buena marca. Pero en lugar de ubicarle, a quien vio, inexplicablemente, fue a su padre, en la tribunita del pequeño estadio, si es que llegaba a eso.

Estaba en pie.

Puños apretados.

Gritando.

Él también apretó algo: las mandíbulas.

En el centro de la curva aceleró. Tenía que entrar en la recta final con suficiente ventaja como para hacer imposible el seguro *sprint* del 123. Y conseguir la mínima.

Quiso volar.

Pero sólo pudo correr.

Correr, correr...

Y de nuevo sintió aquel plomo metido en sus zapatillas, en sus músculos, en su espíritu.

—No... —gimió.

Salía de la curva, miró por segunda vez hacia atrás. Los tenía a la misma distancia, pegados, el maldito 123 y el dichoso 57. Ahora o nunca.

Más fuerza, más ritmo, más intensidad, más corazón.

La recta.

El público estaba en pie, los gritos llegaban nítidos hasta él por encima del jadeo de su esfuerzo. Siempre soñaba con enfiar la larga recta de un estadio olímpico en primer lugar, con miles de personas vitoreándole y él entrando en línea de meta con los brazos en alto y un récord del mundo tintineando en los marcadores luminosos.

Sueños.

La realidad era, de momento, otra.

Un pequeño estadio en Sevilla, poca gente, y la dureza de competir contra unos rivales y contra el tiempo simplemente para luchar después por algo más importante.

Paso a paso. Así debían hacerse las cosas en la vida. Paso a paso. Una cosa conducía a otra.

Veinte metros para el final.

Iba en cabeza.

Ya no miró atrás. Daba igual lo que hicieran los otros. La mínima estaba ahí, delante de él. Dependía de sí mismo.

Pero sentía el plomo.

Tiraba hacia abajo.

Él quería seguir y seguir, atravesar la barrera del tiempo, deslizarse como una brisa pletórica por encima del tartán, libre como un pájaro. Pero el plomo le aplastaba contra el suelo. La ley de la gravedad se había duplicado para él.

Tuvo miedo.

Pánico.

Diez metros.

El 123 le pasó por la derecha, como una exhalación. Ni siquiera pareció un codo con codo disputado y reñido. Fue una flecha. En menos de tres segundos lo dejó atrás y le vio la espalda. Trató de seguirle, pero ya no pudo. Intentó forzar la máquina, pero le resultó imposible. Todo su cuerpo empezó a pesar, y lo que era peor: su mente y sus pensamientos quedaron ocultos bajo una densa nube blanca.

Segundo. Iba a ser segundo. El peor de los puestos.

¿Y la mínima?

Si consiguiera la mínima...

Cerró los ojos. No habría tampoco mínima en 800. Ésa era la realidad.

Iba a llegar a la meta. El 123 la cruzaba en ese momento, cinco metros por delante de él. Aflojó sin darse cuenta, sin ni siquiera pretenderlo.

Y entonces, el 57 apareció por el mismo lado, el derecho.

Esta vez sí fue un codo con codo. Trató de impedírselo. Intentó defender su maldito segundo lugar, para no quedar en un espantoso tercer puesto. Se suponía que era el favorito, el que llegaba con la mejor marca a Sevilla, una de las esperanzas del atletismo español. Se suponía.

Tres metros, dos, uno.

Se lanzaron hacia adelante, los dos, para poner el pecho sobre la invisible vertical de la meta. No importaba que un pie, una rodilla o la cabeza pasaran antes. Sólo contaba el pecho.

Y supo que, por muy poco, el 57 le había batido también en ese instante.

Tras eso ya se dejó llevar, aflojó, corrió unos pocos metros más con los ojos cerrados y no quiso abrirlos para ver al 123 con las manos en alto. No le importaba nada, ni su tiempo.

Lo único que deseaba era que aquel maldito plomo que le lastraba el cuerpo y el alma desapareciera.

Y no tenía ni idea de cómo hacerlo.

—¿Quieres hablar ahora?

No, no quería hablar, pero imaginó que era inevitable hacerlo.

Miró por la ventanilla del tren. Campos y más campos roturados, verdes, llenos de primavera con olor a verano. Era un paisaje hermoso, de tierras labradas y aromas ocultos tras el cristal. Un paisaje sin tiempo ni edad, eterno, formado por la naturaleza y por los hombres y las mujeres que lo anidaban. Seres humanos que no corrían, que tal vez sólo esperaban, y cuya única preocupación era la vida, en su conjunto, la familia, comer, soñar con lo evidente.

—Hemos de aceptar lo que somos —solía decirle Marcelino Genís—, pero aún más lo que podemos ser, y no renunciar a nada. El pintor tiene un don, el actor una facultad, y tú un cuerpo preparado para ser moldeado y darle un aliento de vida.

Amaba el atletismo.

Pero le dolía la impotencia cuando no llegaba a más.

—¿De qué quieres hablar? —le contestó a su padre sin girar la cabeza, mirando todavía el paisaje andaluz.

—No es bueno que te quedes las cosas dentro.

—Papá, he perdido —ahora sí le miró—, y no he conseguido ninguna mínima. Eso es todo.

—Te quedan más oportunidades.

—Ya.

—No te exijas tanto, ¿quieres?

—No me sueltes ahora el rollo de que compito para formar mi mente tanto como mi cuerpo y que ganar no es lo importante, porque yo corro para ser profesional y vivir de esto, ¿vale?

—No seas como yo.

—¿Qué?

—No seas como yo —le repitió Oriol Masferrer—. No te ciegues ni te des golpes contra un muro, ni dejes que una derrota te marque y te joda la vida como me la jodí yo.

Su padre estaba serio. Eso apagó un poco su rabia interior. Se sentía mal por su fracaso tanto por él como por sí mismo.

—He fallado en las tres pruebas —suspiró abatido.

—No —le rectificó el hombre—. Es evidente que los 400 vallas no es lo tuyo. Puedes seguir un poco, pero todos sabemos que tendrás que decidirte dentro de no mucho. Ahí no has fallado. Y si me apuras, pienso que a la larga te quedarás con los 800 como prueba definitiva.

—Me han pasado dos locomotoras en los metros finales —le recordó con cierto puntillo—. He llegado tercero. Por lo menos en 400 he hecho un segundo puesto.

—Detrás de ti han entrado una docena.

—¡Papá, no quieras consolarme así!, ¿vale?

—No te estoy consolando. Te estoy hablando, que no es lo mismo —Oriol Masferrer volvía a estar muy serio, pero a la vez su voz era tierna y cariñosa—. ¿Sabes por qué has llegado tercero en tu mejor prueba?

—Porque he tenido dos por delante —quiso ser irónico.

—En serio.

¿Le hablaba del plomo, de aquella sensación de no poder más porque el cuerpo le pesaba como si lo tuviera forrado de esa materia?

—¿Por qué? —le invitó a continuar.

—Pensabas que ibas a ganar.

—¿Cuándo?

—En la recta, antes de la última curva. Estabas solo en cabeza. Te sentías seguro.

Intentó recordar cómo se había sentido, lo que había pasado por su cabeza en aquellos instantes. Tuvo ligeros *flashes*. Sensaciones. ¿Ganar? No, tal vez fuese todo lo contrario. ¿Cómo saberlo?

—Creo que en lo que pensaba era en la dichosa mínima —aventuró.

—Ha sido un error, exacto. Cada centésima que quieres arañar es una centésima de concentración que te robas a ti mismo. Lo primero es ganar, o llegar a la meta con un buen ritmo. Pero tú, quince metros antes de la llegada, ibas en primer lugar, y aunque parezca raro teniendo ya tu experiencia, no pensabas ni por asomo que ese chico te iba a adelantar.

—Tampoco él ha conseguido la mínima. Ha sido una carrera len...

—¡Olvídate de la mínima! —elevó la voz su padre—. ¡Ahora no te hablo de eso!

—Vale —se cruzó de brazos, molesto, y volvió a mirar por la ventanilla del tren.

—Marc, si hubieras pensado que podías perder, tal vez esos dos no te

habrían rebasado tan cerca, pero creyendo ganar, no has dejado resquicio para la posibilidad de perder, y cuando te has enfrentado a ella, ya era demasiado tarde y no has podido aguantar. Tus piernas se te han llenado de plomo de golpe y porrazo.

No, tenía el plomo desde mucho antes, pero no quería decírselo.

Lo llevaba dentro desde hacía días.

—Todo el mundo tiene un mal día —justificó nada convincente.

—¿Recuerdas lo que te dije el día de tu primera carrera en serio?

—Sí.

—Dilo.

—Papá...

—Dilo —insistió alargando la *i*.

—Que sólo preparándome para perder se puede ganar, y que sólo habiendo perdido se sabe ganar.

—No. Te dije que sólo sabiendo perder, se está preparado para ganar.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo.

No quería discutir. Quedaban muchas horas en tren hasta Barcelona. Quería cerrar los ojos y dormir para dejar de pensar en todo aquello. O reunirse con Joaquín, que había ganado su prueba pero sin lograr tampoco la mínima para los europeos de verano. Se preguntó dónde demonios debía estar el muy zángano.

Habían subido al tren unas chicas, cargadas con mochilas. Seguro que estaba con ellas, fardando.

Dichoso Joaquín.

Su padre estaba decidido a darle la vara.

—He hablado con tu entrenador —anunció.

—¡Oh, no! —Marc se hundió en su asiento.

—Está preocupado.

—No me lo digas.

—Según él estás bien, en buena forma, pero te has descentrado con lo de la medalla.

—Aquí todo el mundo sabe más que yo —rezongó él.

—No, no es verdad —objetó el hombre—. Te has obsesionado con el tema de Kohler, y las obsesiones no son buenas. Marcelino Genís tiene razón. Tienes delante un árbol, y tan cerca, que te impide ver el bosque que hay detrás.

—Tagore.

—¿Qué?

—Que eso lo dijo Tagore.

—Ah.

Su padre no había estudiado. No sabía quién era Tagore, ni falta que le hacía en ese momento. Volvió a sentirse mal, como si le hubiera ridiculizado.

—Marc, olvídate de lo mío y, aunque Kohler admita haberse dopado o lo diga Bierhoff, no seguiré adelante con la reclamación, ¿te enteras?

No respondió.

—¿Marc?

—Sí, papá.

—Hablo en serio. Ahora mismo esa medalla no es lo más importante en mi vida, ¿de acuerdo? Hace años que dejó de serlo. Lo más importante eres tú.

A veces se daba más y más cuenta de que si su padre llevaba adelante la demanda, de forma oficial, lo hacía por él, no por sí mismo.

Y eso le dolía, por alguna extraña razón.

Su madre se lo había dicho.

—Voy a ver qué hace Joaquín —dijo levantándose de pronto de su asiento.

Claudia le deshacía la bolsa con meticulosa profesionalidad materna. Lo sucio, al suelo, para ser recogido y llevado a la lavadora después. Lo simplemente arrugado, sobre la cama. Lo que ni siquiera se había puesto, directamente al armario. Su ojo clínico dictaminaba sin necesidad de preguntar nada.

Oriol Masferrer se había ido al trabajo nada más llegar el tren a la estación.

Debieron asociarlo de alguna forma, porque mientras Marc pensaba en su padre, su madre empezó a hablar de él.

—¿Sabes una cosa? Me alegro de que te haya acompañado. Lo necesitaba.

—Pues yo no me alegro —manifestó Marc con una seca sonrisa de desánimo cincelada en su rostro—. A nadie le gusta perder, y si encima lo haces con tu padre delante...

—Es tu padre, no un juez.

—Ya, mamá, pero... bueno, ¿te acuerdas que te hablé de un escritor que vino a la escuela a hablarnos? Nos contó que de adolescente jugaba al fútbol, y que la única vez que su padre le había ido a ver, fue el día que tuvo una distensión de ligamentos, se le cruzaron o algo así. Una lesión muy grave. Siguió jugando porque su padre estaba allí, mirándole, aunque no tocó casi la pelota. Cuando acabó el partido y salió cojeando, el hombre le dijo que había estado fatal. Hoy tiene cincuenta años y aún tiene los ligamentos cruzados por culpa de aquella lesión. No se operó, pero jamás volvió a jugar al fútbol después de aquello. Tiene la rodilla con artrosis crónica.

—Eso fue mala suerte.

—Pero nunca lo ha olvidado.

Claudia acabó con la bolsa. Pensó que recogería la ropa sucia y saldría de su habitación, pero no lo hizo. Se sentó en la cama.

—Marc —dijo mirándole fijamente—, deberías liberarte a ti y liberarle a él de todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabes —hablaba muy tranquila, muy despacio—. Te dije que si tu padre llevaba adelante todo ese lío de la medalla, no lo hacía por sí mismo sino por ti.

Lo había recordado en el tren, y ahora ella se lo recordaba una vez más.

—No es cierto.

—Le conozco mejor que tú, y el hecho de que los dos seáis deportistas no significa nada en este caso. Yo me casé con él. Estaba ahí antes de que aparecieras tú, amiguito.

—Bueno, da igual por quién lo haga. El caso es que lo haga.

—No, no es lo mismo. Sabe que le quieres y que le tienes en un pedestal. A veces sois tan iguales que... Ninguno quiere fallarle al otro. Ésa es la clave. Él perdió una carrera, y luego cometió un error y perdió la vida de deportista que amaba. Se siente culpable. Querría haberte dado muchas cosas. Incluso se siente frustrado, vencido, porque trabaja como simple vigilante nocturno. A pesar de ello, sabe lo mucho que le quieres. Y a la inversa... tal para cual. Tú anhelas darle lo que perdió, lo que no tuvo, y resarcirle de lo que ahora crees que le quitaron. Darías lo que fuera por un éxito que compartir con él. Y si llega ese éxito será tuyo, Marc. No de tu padre ni mío. Tuyo. Hombre, estaremos orgullosos, contentos, felices, pero por ti, y no más que si no logras triunfar, porque eso no tiene nada que ver con el cariño. Vayas a una olimpiada o no, ganes o pierdas, siempre serás nuestro hijo. ¿Recuerdas que cuando eras niño y tu padre te hablaba de carreras, yo te decía siempre que lo único importante en la vida era tratar de ser feliz?

—No sólo cuando era niño. Aún me lo dices de vez en cuando.

—Pues te lo repetiré mientras viva. Yo no creo que los éxitos den la felicidad, aunque ayuden, como ayudan otras cosas, incluido el dinero, ¿por qué no? Tampoco creo que tener una carrera te haga mejor. No creo ni en los estudios. Mi padre, tu abuelo, ha sido la persona más inteligente que he conocido jamás, y era porque leía. Un libro al día. Hay muchas formas de entender la vida y de vivirla, y te lo dice alguien de ciencias y que trabaja de ejecutiva. Pero lo esencial sigue siendo disfrutar de esa vida, ser buena persona, estar bien con uno mismo. No hay más.

—Mamá, si sabes que una persona ha cometido un crimen, ¿no irías a la policía?

—Sí, claro.

—Pues en el mundo del deporte se han estado cometiendo delitos, y ahora se intenta aclararlos. Si nos cruzamos de brazos, se repetirán. Y yo no quiero que nadie me gane una carrera sólo por haberse tomado una porquería.

—Nuevo papel: salvador del mundo.

—No te burles.

—No me burlo —le miró con ternura—. Me parece bien que pienses así,

pero la cruzada que estás emprendiendo no tiene nada que ver con eso. Además, no es lo mismo. Yo sé que el vecino del quinto, el dentista, evade casi todo lo que gana. Le pagan en efectivo y él, como la mayoría de los dentistas, declara lo mínimo. Y yo no he pensado en denunciarle, allá cada cual con su conciencia. No vivo en un Estado policial. Que sean los de Hacienda los que lo pillen.

—Ya, pero si fueras a verle y te arrancara todos los dientes por error, ¿qué harías?

—Caramba, Marc.

—Nada de «caramba, Marc». Una cosa es saber que uno evade impuestos y otra muy distinta ver un asesinato o conocer la identidad de un criminal. Cuando gane una carrera quiero que me aplaudan, no que piensen «seguro que ése iba ciego de anabolizantes». Papá y tú me enseñasteis a jugar limpio. Y para mí, el juego limpio es algo más que no drogarme.

—Marc, tengo un presentimiento...

—¿Un presentimiento de qué, mamá?

—De que pase lo que pase, en un sentido o en otro, esto no va a salir bien.

—No veo el motivo.

No dijo que si algo temía de ella eran sus presentimientos. Por ser mujer o por ser un poco bruja, siempre solía acertar.

—Se están abriendo heridas.

—Ninguna que sea nuestra. A papá le están reivindicando por todas partes.

—¿Y si resulta que Kohler no estaba dopado?

Sonó el timbre del teléfono.

—Debe de ser Aura —dijo él.

Salieron de la habitación los dos, con la sombra de la pregunta de Claudia aún flotando entre ambos. Fue Marc el que llegó hasta el aparato y descolgó el auricular. Su madre no lo dejó solo, por si la llamada era para ella después de todo.

—¿Sí?

—¿Marc? Soy Enrique Durán.

El abogado.

Miró a Claudia y esperó.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Ya está —la voz del abogado de la Federación Española tenía un deje triunfal—. Klaus Bierhoff ha declarado que todos sus pupilos tomaban sustancias prohibidas, Manfred Kohler incluido. Y en 1972, así que no hay

dudas. Vamos a ir a por esa medalla y a por la revisión de esa final.

Se quedó blanco.

Sin apenas aliento.

—¿Lo sabía Kohler? —logró formular.

—Él no ha dicho nada todavía, ni Bierhoff ha precisado cuáles de sus atletas eran conscientes y cuáles no, pero eso nos da lo mismo, Marc. Ese hombre corrió la final de los 400 vallas de Munich atiborrado de mierdas, y es todo lo que nos importa, ¿estás de acuerdo?

Los periódicos deportivos y de información general estaban llenos de noticias relativas a los juicios de Berlín, y muy especialmente de la confesión de Klaus Bierhoff, el entrenador del hombre que había arrebatado a España la que habría podido ser la primera medalla de oro de su historia en atletismo. La fotografía de la llegada en la final, la eterna fotografía de Oriol Masferrer desenchajado y Manfred Kohler, vencedor, mirando al cielo, ocupaba algunas de esas portadas con titulares alusivos: «Fue trampa», «Una centésima de segundo falseada», «Culpables», «Bierhoff admite haber dopado a sus atletas», «¡Justicia!».

De no haber sido por el caso Masferrer, y por estar implicado un español en un país huérfano de medallas en aquellos días, ningún periódico habría hablado ahora de Berlín y del juicio a los entrenadores y médicos de la RDA, salvo como noticia breve en páginas interiores. Ninguna portada habría sido destinada a comentar todo esto en otras circunstancias. Pero las cosas eran así y la bola de nieve había alcanzado ya características de alud. Cientos de deportistas de los cinco continentes esperaban, pero en España, alguien había dado el primer paso.

Curioso.

Las declaraciones de Enrique Durán, manifestando que ya estaba formulada la reclamación ante el Comité Olímpico Internacional por la medalla de oro de la final de los 400 metros vallas de Munich, también eran el centro de atención periodística. Oriol Masferrer se convertía en el estandarte de las reivindicaciones de todos los atletas perjudicados por la política deportiva de las autoridades de la extinta Alemania del Este.

Ya no había vuelta atrás.

Marc pasó más y más páginas. Había comprado un ejemplar de todos los periódicos. El bombardeo de titulares y frases destacadas era notable.

«¡Revolución!», «El precedente Masferrer obliga al COI a tomar una determinación», «El caso puede tardar meses en resolverse», «¿Deberá reescribirse la historia olímpica y mundial en los próximos años?».

La conmoción viajaba en primera.

Y, sin embargo, en ninguna parte había nada de Manfred Kohler.

Nada.

Marc lo imaginó encerrado en su casa, avergonzado, sin querer ver a nadie, sin querer hablar con nadie, purgando su delito veintimuchos años después.

Y no sintió piedad.

Sino odio. Más y más odio.

Le bastaba con cerrar los ojos y ver a su padre cojeando o trabajando de noche, solo, únicamente por tener un trabajo y sentirse una persona. Alguien digno.

Algunos deportistas de la República Democrática de Alemania, sin embargo, sí estaban ya abriendo las puertas de la verdad. Encontró dos artículos relativos a ello. El titular del primero era:

UNA NADADORA DE LA EX RDA DECIDE RENUNCIAR A TODAS SUS MEDALLAS.

El texto del artículo decía:

Carola Nitschke-Beraktschjan decidió ayer destapar la caja de los truenos en el deporte de la ex República Democrática de Alemania. Por primera vez en la historia, una campeona de la antigua Alemania del Este decidió renunciar a todos sus títulos y medallas que había obtenido a lo largo de su carrera. La nadadora, que consiguió el récord del mundo de 100 metros braza en el año 1976, y fue Campeona de Europa en relevos 4 100 en 1977, anunció su decisión en el juicio sobre dopaje que se celebra en Berlín.

«Pienso que sin medicamentos, mis actuaciones no habrían sido tan buenas como para llegar a la cima», afirmó la deportista a la salida del juicio en el que declaró como testigo. Esta decisión cayó como una bomba entre los numerosos atletas de la RDA que han guardado silencio sobre las prácticas de dopaje desarrolladas en el país por miedo a perder sus medallas. «El gesto de Carola puede ser el comienzo», afirmó su abogado, que espera que otros deportistas sigan su ejemplo. Varios atletas internacionales, que durante los años setenta y ochenta tuvieron que inclinarse ante el dominio de los deportistas de la RDA, han pedido a sus antiguos competidores que devuelvan las medallas, el primero de ellos, sentando un precedente histórico, el español Oriol Masferrer, de forma oficial a través del gabinete jurídico de la Federación. Carola, de treinta y seis años, afirmó que ya había tenido dudas en los tiempos de la RDA. «No era normal que un país tan pequeño tuviera tantos buenos atletas», dijo.

Ante el tribunal, la nadadora ha confirmado que había tomado desde los trece años diversas píldoras e inyecciones que le daba su entrenador, Rolf Glaeser, y el médico Dieter Binus, los dos ahora en el banquillo de los acusados. Carola precisó que media hora antes de lograr su récord del mundo había sido inyectada. Entre 1975 y 1977 su peso aumentó veinte kilos y su voz se volvió más grave. Después de las inyecciones sus músculos se hinchaban durante varios días de manera ostensible. «Nos decían que eran vitaminas para soportar mejor el entrenamiento», manifestó.

Carola puso fin a su carrera en 1979. Glaeser la excluyó un poco antes del equipo que entrenaba por una discusión a propósito de los «medicamentos».

El segundo artículo, más breve, estaba encabezado por el titular:

SALEN A LA LUZ LOS EFECTOS DE LAS DROGAS ANABOLIZANTES EN LOS ATLETAS DE LA ALEMANIA DEL ESTE.

Y en el texto destacaba el párrafo:

Piernas amputadas, envejecimientos prematuros, cambios de sexo en las mujeres, problemas cardíacos, renales, físicos, son los múltiples datos que aparecen estos días de atletas que fueron héroes hace apenas diez o veinte años y que hoy salen del olvido para ser testigos del más grande cambio que la historia del deporte ha registrado jamás. Uno a uno, viejos *recordmans* y doradas princesas nibelungas, sin contacto actualmente entre sí en la mayoría de los casos, están descubriendo que lo que les pasa no es un fenómeno aislado, sino general, y que las enfermedades de sus cuerpos no son el resultado de la mala suerte, sino de algo más. Aquellos dioses del Olimpo que ganaban medallas de oro, plata y bronce con la fuerza de sus genes, y que creían ser especiales, como creían en sus entrenadores y médicos, ven hoy cómo sus pies se han vuelto de barro. Muchos, que ni siquiera sabían que estaban siendo dopados en aras de la mayor gloria de sus dirigentes, empeñados en deslumbrar al mundo con sus tácticas y técnicas deportivas para confirmar «la superioridad del comunismo» sobre la decrepitud de Occidente, se están enfrentando a una vergüenza difícil de soportar. Otros, los que sí sabían que las drogas eran las responsables de sus milagros deportivos, descubren por su parte que la justicia, aunque tarde, suele llegar casi siempre. De los oros de entonces a los lodos de ahora, los dioses están viendo la cara

más sucia y deprimente de lo que en muchas latitudes es todo un orgullo: el espíritu olímpico, la honestidad en el mundo atlético en todas sus gamas. Si los jóvenes que hoy practican alguna disciplina, o sueñan con la gloria, saben tomar nota, puede que el futuro sea más halagüeño que el pasado que se está desenmascarando estos días. Si es así, no importará que a cada momento se descubran nuevas sustancias capaces de aumentar fuerzas o rebajar tiempos, ni trampas para camuflarlas. De las nuevas generaciones depende que nunca más vuelva a repetirse algo como lo que este año 1998 está atormentando al mundo de los cinco aros, un mundo en el que, contra lo que dijo Coubertin,^[1] lo importante ya no es participar, sino ganar. A cualquier precio.

Aunque sea muy alto.

Se había dado el pistoletazo de salida. Y era otra carrera. Muy distinta.

Marc guardó los periódicos.

Con un poco de suerte llegaría a casa sin que le detuvieran los medios informativos que habían tomado sus vidas al asalto en las últimas horas.

Si no, tendría que irse a vivir una temporada a casa de Aura, lo cual tampoco le desagradaba demasiado.

El programa de televisión, para caldear la «exclusiva», con la presencia de Oriol Masferrer en el estudio, en directo, estaba entrevistando a una culturista cuya vida había estado a punto de irse al traste por el consumo de anabolizantes. Obsesionada por la musculación, para ser la mejor, la mujer había llegado a las puertas de la locura... y de otras consecuencias tan o más perjudiciales, como el ya habitual cambio de sexo o el resquebrajamiento de su salud.

Se llamaba Aurora, y había iniciado ya el largo y lento proceso de recuperación.

—Me veía pequeña y débil pese a pasarme el día haciendo pesas. Algo así como una anorexia pero al revés. Los médicos lo llaman precisamente así, «anorexia inversa». Yo quería ganar peso, músculos. Fue entonces cuando un médico, sabiendo que corría peligro de hacerlo por mi cuenta y sin control, dijo que me recetaría algo, pero controlándolo él. Me dio oxandrolona, que es el anabolizante con menos efectos secundarios. Poco a poco, con veintidós años, ya pesaba 80 kilos. Como me pareció poco, fui a otro médico, y éste sí me suministró un «cóctel» que contenía la hormona del crecimiento e inyecciones de insulina, testosterona y otras. Aprendí que si quieres ser la mejor necesitas un buen médico que te controle y te dé lo justo para no destrozarte el hígado.

—Pero eso era muy caro —inquirió el presentador.

—Diez mil pesetas la ampolla de hormona del crecimiento. No llegué a prostituirme, pero muchos y muchas culturistas han de hacerlo para costearse el tratamiento. Otros se ganan la vida como matones, dando palizas por encargo. Yo me gastaba un cuarto de millón al mes.

—¿Cómo era tu vida?

—Estaba obsesionada, comía dos veces al día, gimnasio, controlar la báscula. Cada gramo ganado era un éxito. Trapicheé con esteroides en el mercado negro. Iba a Portugal a comprar y los revendía en España. En Estados Unidos la gente se va a Tijuana, en la frontera de México con California. De todas formas todo el mundo sabe que España es un chollo, y que aquí se venden en farmacias sustancias que en América son ilegales, como la gonadotropina, la droga con la que cayó Ben Johnson.^[2] Cuesta 758 pesetas.

También puedes comprar por internet, dando tu número de tarjeta de crédito. Hay un libro, la *Guía de referencia anabólica*, de 126 páginas, que cuesta 3.000 pesetas y te lo cuenta todo, con nombres, teléfonos y lo que haga falta para conseguir drogas en el mercado negro. Lo último es espeluznante: parece que en el este de Europa hay laboratorios clandestinos que extraen hipófisis de fallecidos para fabricar la hormona del crecimiento, y naturalmente se corre el riesgo de contraer el sida o la enfermedad de Creutzfeld-Jacob, o sea, el «mal de las vacas locas».

—¿Cómo acabaste con esta vida, Aurora?

—Un día me vi en una filmación de vídeo antigua, y fue como... Tenía veintiséis años, voz de hombre, vello por todo el cuerpo, era un monstruo. Reaccioné de golpe. Había perdido diez años de mi vida por nada.

Claudia y Aura estaban absortas con la entrevista. Marc tenía un nudo en el estómago.

—No me habría gustado ser la madre de esa chica —suspiró la primera.

—Ni a mí ella —dijo la segunda.

—Hay gente para todo —fue el único comentario de Marc.

La entrevista tocaba a su fin. Con las explicaciones de cómo había salido de todo aquello, la ex culturista Aurora concluyó su intervención. El presentador indicó que se iban a publicidad y que, después, tendrían la primera entrevista que concedía Oriol Masferrer, «el hombre del momento», en un medio informativo.

Claudia se puso en pie.

—¿Queréis algo más?

Habían cenado delante del televisor, a la espera de la aparición de Oriol. Su mujer era la que estaba más nerviosa. Su tensión aumentaba día a día.

—No —dijeron Aura y Marc al unísono.

Se marchó a la cocina, pero regresó en unos pocos segundos con un vaso de leche. Siempre tomaba leche caliente, aun en verano, cuando se sentía afectada por algo. Apenas si hablaron durante los cinco largos minutos de la publicidad. Al regresar la sintonía del programa, reapareció el presentador, sonriente. Oriol estaba a su lado, muy serio.

—Jesús —suspiró su esposa.

—¡Ánimo, papá! —Marc cerró los puños.

—Habrá un antes y un después de Oriol Masferrer, no sólo en España, sino en el mundo. Su demanda, la primera oficial que ha recibido el Comité Olímpico Internacional, puede cambiar el pasado, la historia...

El tono era enfático, muy propio. La cámara enfocó al ex atleta, que tenía la mirada perdida en alguna parte, quizá en su propio interior a pesar de que sus ojos enfocaban a lo lejos. Cuando el presentador concluyó su farragosa exposición, llegó la primera pregunta.

—Oriol, ¿cómo estás viviendo estos días?

Tardó un largo segundo en reaccionar. Tuvo que volver de donde estuviera.

—Como una pesadilla.

—¿Nervios?

—Incomodidad.

—¿Qué buscas con tu reclamación, justicia, una reflexión en el mundo del deporte, abrir un precedente?

Oriol Masferrer miró a la cámara.

Para Marc fue como si le mirara a él. Sabía que no tenía una respuesta a esa pregunta. Al menos una respuesta concisa y concreta.

—Es difícil de explicar —acabó manifestando su padre despacio—. Se habló mucho en 1972 de aquella famosa centésima de segundo. Fue una pena. Me vi obligado a dejar el deporte al cabo de unas semanas, así que aquella fue mi última carrera. Un día, veintiséis años después, te dicen que el hombre que te ganó lo hizo dopado. No es fácil de aceptar.

—Di que preferirías no haberlo sabido, dilo —le pidió Claudia al otro lado de la pantalla.

—¿Recuerdas la carrera?

—Sí.

—¿Qué sentiste al ver caer a Pendelton?

—Pensé que tenía la posibilidad de ganar una medalla.

—¿Te habrías conformado en ese instante con el bronce?

—Sí, claro.

—Pero de pronto te viste ahí, al frente de la carrera.

—Sí.

—¿Te viste ganador?

La respuesta se demoró otros dos o tres segundos. Había una extraña lucha interior. Marc se dio cuenta de que ni respiraba.

—Supongo que... sí, bueno, fue todo muy rápido. Pero sí, pensé que podía ganar.

—¿Tuviste alguna noción de que aquel día Manfred Kohler estuviera dopado?

—No.

—¿Le conocías?

—De referencias. Era la primera vez que le veía en persona.

—¿Volviste a verle?

—No, en persona nunca. Tuvo un par de buenos años, ganó algunas pruebas más y luego... desapareció. Ni siquiera sé qué hace ahora, dónde vive... nada de nada.

—¿Qué le dirías?

—No lo sé.

—¿Y si te pidiera perdón?

—No lo sé —repitió Oriol Masferrer bajando la cabeza.

No era una entrevista brillante, cualquiera podía darse ya cuenta. Cuando el entrevistado es parco en palabras, el entrevistador debe ingeniárselas para salvar el diálogo. Pero el rostro hermético del ex atleta no permitía muchas fisuras. Aurora, la culturista redimida, había dado mucho más juego, siendo una completa desconocida, que el hombre del momento. La cámara la había acariciado, siguiendo su cuerpo de arriba abajo, concentrándose en sus labios, sus ojos, sus manos. A Oriol Masferrer, por contra, todo parecía rebotarle. No absorbía nada. La sonrisa del presentador se hizo más ostensible a medida que la necesidad de sacar adelante la entrevista se hizo más patente.

—Lo está pasando muy mal —se oyó la voz de Claudia.

—Bueno, la tele dicen que asusta un poco —intentó conciliar sus sentimientos Aura.

—No es eso, cariño, no es eso —musitó suavemente la mujer.

La mano de Aura apretó la de Marc.

—¿Le guardas rencor? —insistió el presentador.

—¡Dios mío! —gimió Claudia.

—No —dijo Oriol Masferrer.

—Pero ¿él te quitó esa medalla de oro?

—Puede que no supiera que su entrenador le estaba dopando.

—Extraordinario —el presentador miró a la cámara sabiendo que había conseguido una inflexión humana—. Es algo verdaderamente noble, pero... cientos de atletas, consciente o inconscientemente, engañaron al mundo, y eso es muy grave, Oriol.

—Eran otros tiempos, y éramos muy jóvenes. ¿Por qué sigue habiendo casos de dopaje hoy? Siempre cometemos errores en la juventud, por querer correr demasiado, por el destello de la gloria. Yo no puedo juzgar a nadie. Si hubiera sido al revés, si mi entrenador me hubiera dado cosas a mí...

—Oriol —el presentador se inclinó hacia él con una bien fingida muestra de preocupación en su rostro—, no pareces muy feliz.

—Imbécil —volvió a gemir Claudia.

Oriol Masferrer sonrió levemente, por primera vez.

—Dejemos que la justicia nos dé la paz, ¿de acuerdo? —dijo con una extraña mezcla de dulzura y cansancio.

Aura estaba blanca, y tenía su mano agarrotada entre las de Marc. Pero a quien miró Marc fue a su madre, de refilón.

Estaba llorando en silencio.

Llevaba ya un par de días trabajando duro, muy duro, sometido a una autodisciplina feroz. Las sesiones de pesas y aparatos, y las series de abdominales eran terribles. En pista, en los últimos entrenamientos, el peso de aquel invisible plomo estaba comenzando a desaparecer. Estaba a muy poco de la mínima en 400 y 800. Marcelino Genís le había convencido de que se concentrara en esas dos distancias y olvidara los 400 vallas.

La prueba de su padre.

Tenía que lograrlo en la siguiente reunión atlética. Si conseguía competir en los europeos, sabía que ya nada le detendría. Ése era el reto.

Su primera medalla de verdad.

Guardaría todos los premios infantiles y adolescentes del pasado, las copas, los diplomas, las medallitas y demás. Abriría un nuevo horizonte, un nuevo mundo, y lo llenaría con los éxitos del futuro. De pronto se daba cuenta de cuánto amaba todo aquello, las pistas, los nervios antes de una carrera, la tensión, el sudor, el olor cargado de adrenalina de los rivales, el propio compañerismo pese a ello, cada detalle, cada inflexión. El mundo del deporte era como una gran sinfonía.

El pentagrama era la pista, y ellos las notas. No había una carrera igual a otra. La música flotaba, se expandía, estallaba en las conciencias de participantes y espectadores. El Gran Estruendo.

La Sinfonía Cósmica.

Volvía a ser él.

Acabó las flexiones y se levantó. Hizo unos estiramientos, empapado en sudor. Cuando ya se dirigía al vestuario para ducharse entró Joaquín Jané.

—¡Eh! —le dio una palmada en la espalda—. ¡Os estáis haciendo famosos!

—Calla, calla —Marc puso cara de circunstancias—. Menudo embolado.

—Sí, hombre —su amigo le guiñó un ojo—. Supongo que de tela... —unió tres dedos de la mano derecha y acarició sus yemas haciendo un gesto significativo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Joder!, que tu padre cobrará por las entrevistas, ¿no?

—¿Cobrar? Las ganas.

La cara de Joaquín fue de absoluto escepticismo.

—¿No me digas que va a la tele gratis?

—Pues sí.

—¡Ay, la...! —no podía creerlo—. Pero ¿sois gilis o qué?

—No seas burro.

—¿Burro yo? ¡Estáis sentados sobre una mina y aún no os habéis dado cuenta! ¡Jo, después decimos de los yanquis! ¿A que me meto a manager vuestro?

—Oye, a mi padre todo esto se la suda.

—Pues no debería. Yo que él ya estaría escribiendo un libro, y ojo, que igual da para una peli. ¿Te imaginas a Brad Pitt haciendo de tu padre en 1972?

—Eso, y Di Caprio de mí ahora, ¡anda ya!

Le dio la espalda y se encaminó hacia los vestuarios.

—¡Estáis locos! —le gritó Joaquín.

—Y tú obsesionado por la pasta.

No llegó a la puerta.

—Oye —le detuvo—, ¿tienes prisa?

—No, ¿por qué?

—¿Te cambias y nos vemos fuera en diez minutos?

—Vale.

Marc fue a la ducha, pasó bajo el chorro de agua templada cinco largos minutos, con los ojos cerrados y la cabeza elevada hacia arriba. Secarse y vestirse le ocupó los otros cinco. En invierno llevaba más ropa, pero con el buen tiempo no hacía falta. Cuando salió fuera, Joaquín aún no había aparecido. Lo hizo un par de minutos más tarde, cargando con su bolsa. Sin decir nada echaron a andar montaña abajo.

—Nos la jugamos en la próxima reunión, ¿vale? —rompió el silencio el velocista.

—Lo conseguiremos —afirmó Marc—. Estamos muy cerca.

Joaquín se aparcó en otro leve silencio.

—Quería hablarte de algo —dijo por fin.

—¿De qué?

—Somos amigos, ¿no?

—Eso me temo —sonrió Marc.

—Más que amigos, colegas —insistió Joaquín.

—Porque no competimos en las mismas pruebas, si no... tú eres de los que me atropellaría con la moto.

Le dio un codazo que le hizo trastabillar un par de pasos.

—Eso, lesióname —protestó Marc—. Va, ¿de qué quieres hablarme?

—Mañana me voy a a hacer un pequeño *stage* a los Pirineos.

—Mira qué bien.

—Un par de días.

—Cojonudo.

—Luego me sacaré sangre.

Fue como si le disparara entre los ojos. Peor, como si le hubiera puesto la pistola dentro de la cabeza, en el cerebro, y allí... ¡bang!

Se detuvo en seco y le miró, atónito.

—Vente conmigo —le pidió Joaquín sin dejarle reaccionar.

Marc todavía estaba asimilando lo primero, así que apenas si pudo hacerlo ya con lo segundo.

—¿Qué estás diciendo?

—Vamos, tío. Es sencillo. Por una vez...

—¿Una vez?

—Para asegurar las mínimas, nada más.

—¿Y luego, en los europeos, para ganar una medalla, y después, en unos mundiales o unas olimpiadas, para alcanzar la gloria, y más tarde para mantenerte, y...?

Joaquín suspiró abatido.

—Ya veo que no tenía que habértelo dicho.

—O sea que como eres mi amigo, me haces el favor, y no digamos el detalle de compartirlo.

—No te pongas sarcástico, ¿quieres?

—¡Por Dios! —dejó caer la bolsa al suelo y le sujetó con ambas manos. Sentía tanta rabia que de haber podido le habría estrujado—. ¡No lo hagas!

—¡Venga, Marc, que no es como doparse, tío! ¡Te sacas tu propia sangre en altura y te la vuelves a inyectar antes de la prueba a ras de mar!

—¡No me vengas con chorradas! —gritó más que él—. ¿Qué no es como doparse? ¡Joder, Joaquín!, ¿estás loco? Pregúntame algo de cualquier droga. Estos días me estoy empapando del tema, ¿sabes? ¡Es acojonante! ¿Conoces las repercusiones?

—Por una vez no pasa nada —se defendió el velocista.

—¡Es que no será una vez! ¡Cuando se empieza ya no se para! ¡Y en muy poco tiempo llegan las reacciones alérgicas, las infecciones, las coagulaciones, el estrés del sistema circulatorio y finalmente los daños renales!

Joaquín se soltó de sus manos con un gesto furioso.

—¡Mierda! —rezongó con las mandíbulas apretadas.

—Encima te cabreas —espetó Marc con una mueca irónica.

—¡A ver! ¡Si no voy a los europeos ahora, ya no tendrá sentido seguir!

—¿Qué dices? ¿Y la gente que empieza a funcionar después de los veinte o que alcanza su verdadera puesta a punto a los veintitantos?

—Yo no tomaría nada que pudiera detectarse en un análisis, pero lo de la sangre...

—No tomarías nada que pudiera detectarse, ¿te das cuenta? Me estás diciendo que tomarías cosas si no pudieran detectarse.

—Como cualquiera, coño.

—No, como cualquiera no —le apuntó con el dedo índice de su mano derecha—. Yo no lo haría.

—¡Don Perfecto ha hablado!

—¿Es que no ves lo que está pasando ahora mismo? ¡Les han pillado a todos! ¡Han pasado años y años, pero les han pillado!

—¿Y crees que no lo sabían? ¿Te piensas que esos entrenadores y médicos alemanes no veían que un día todo se sabría, estando tanta gente implicada y bastando con que uno largara más de la cuenta? Pero lo hicieron igual, porque lo que importa es el momento, el presente, y luego... ¡que te quiten lo bailado! El tal Kohler ese se ha pasado veinticinco años de puta madre, con su medallita y la pasta que se sacó entonces. Ahora tendrá cincuenta años, como tu padre, y ya debe pasar de todo.

—¡Es que no se pasa de todo! ¡A los cincuenta se vive tan o más intensamente que a los veinte o los treinta, lo que sucede es que nosotros no lo sabemos!

—Mira, Marc —Joaquín dejó de gritar, como si de pronto hubiera acabado una maratón—. ¿Sabes lo que te digo? Pues que a mí no van a joderme como jodieron a tu padre. A mí no van a ganarme por una puta centésima, ni volveré cabreado, ni tendré un accidente y me quedaré cojo para el resto de mi vida. A mí no, tío. Yo seré el que gane por esa centésima. Jodido por jodido, que valga la pena. O se es listo o gilipollas.

—Joaquín, tienes una oportunidad, tío. Los dos la tenemos. Vamos a ir juntos a los europeos, y un día...

—No me vengas con chorradas —le cortó con sequedad—. Ya no tenemos quince años —abarcó el aire con una mano y agregó—: Esto es el mundo real.

Se quedaron mirando un breve lapso de tiempo, como si de repente no se

conocieran. En los ojos de Joaquín había soledad, desconcierto, rabia. En los de Marc sólo miedo.

Un miedo absoluto.

—Joaquín... —trató de volver a empezar.

—¡Bah, déjame en paz! —le cortó su amigo.

Y dando media vuelta se alejó en dirección contraria con paso decidido.

Volvía a reinar una cierta calma. Era como si las noticias se movieran en sucesivas oleadas, o mejor aún en mareas, unas veces desbordadas y otras regresivas. Unas veces no dejaban playa para moverse y otras permitían ver una enorme extensión de paz por la que transitar. Lo poco comunicativo que resultaba su padre al hablar del tema y la negativa de Marc a romper la concentración de sus entrenamientos y exámenes habían obrado el pequeño milagro de disuadir a los curiosos. Había otras noticias importantes, mucho más actuales, casi siempre de fútbol seguidas de las de tenis y motociclismo, mientras en Alemania seguían los juicios y la demanda formulada ante el Comité Olímpico Internacional seguía su curso.

Los últimos ecos, en la prensa especialmente, se limitaban a comentarios de fondo con titulares todavía expresivos, como «El COI pide prudencia» o el más habitual «De la ley Bosman a la ley Masferrer».

Casi se alegró de que Aura abordara el tema.

—¿Y Joaquín? Hace un par de días que no le veo ni hablas de él.

—Está fuera.

—¿Dónde?

¿Se lo decía? Le daba un poco de vergüenza. Era su mejor amigo.

Pero ella era su vida.

—Ha ido a hacer un *stage* al Pirineo.

Notó su tono triste, su rostro cariacontecido.

—¿Qué pasa?

Le dio un beso en la mejilla, como si quisiera amortiguar el efecto de sus palabras, aunque para Aura Joaquín no fuese tan importante como para él.

—Va a doparse.

—¿Qué? —la vio súbitamente pálida.

—Va a sacarse sangre en altura para inyectársela de nuevo después. Te hablé de ese sistema de dopaje, ¿recuerdas?

—Dios... ¿No se lo impediste?

—¿Cómo?

—¡Yo que sé!, matándole o denunciándolo a vuestro entrenador.

—No puedo matarle, porque es más fuerte que yo. Y en cuanto a lo otro... ¿crees que podría chivarme?

—No es chivarse, ¡es hacerle un favor!

—Díselo a él. ¿Te crees que no discutimos? Puede que ya no volvamos a ser amigos. Se marchó dándome la espalda.

—Ya decía que te notaba triste —Aura volvió a mirarle de hito en hito y puso el dedo en la siguiente llaga—: ¿Pueden pescarle?

—Es difícil. Se trata de su propia sangre, no de una droga detectable.

—¿Entonces por qué no lo hacen más deportistas?

—¿Y quién te dice que no lo hacen?

La muchacha suspiró largamente.

—Jesús... —se limitó a murmurar.

—La medicina siempre parece ir un paso por detrás —comentó él—. Se mejoran los métodos de detección pero... Ya ves, hasta los años setenta no se empezaron a hacer análisis en serio, y aún eran precarios. Los médicos sabían cómo camuflar las cosas. Y encima, la frontera que separa lo bueno de lo malo es tan delgada... ¿Recuerdas aquel esquiador que a comienzos de año dio positivo por fumarse un porro? Le quitaron la medalla, y luego resultó que no había nada en contra de tener hierba en el cuerpo y se la devolvieron. Fue un ridículo total. Nadie sabía qué hacer.

—Marc —Aura se le colgó del brazo—, por favor, júrame que nunca...

—Ya sabes que no.

—Júramelo.

—Si he de jurártelo es que no me crees, y si dudas de mí...

—De acuerdo, perdona —Aura le acarició la mejilla con la otra mano—. Todo esto me da tanto miedo. Siempre he odiado todo tipo de drogas. Ya ves que ni fumo.

—También las he odiado yo, ya lo sabes. Todo ese rollo de que mi cuerpo es mi templo y tal es cierto. El día que gane mi primera prueba importante mearé agua bendita. Y eso que no voy a misa.

La hizo reír. Era una de las cosas que más le gustaba de ella. Su risa. Solía expandir las comisuras de los labios hacia arriba, entreabrir la boca, y se le formaba una media luna nacarada por sus blancos y perfectos dientes bailando bajo la luz de unos ojos diáfanos. Todo en ella era armónico. La suma expresión de la belleza y la dulzura.

Se sentía afortunado.

—Hace días que me pregunto algo —susurró.

—¿Qué es?

—Si ese tal Kohler tendrá hijos.

—Todo el mundo tiene hijos, ¿no?

—¿Cómo se sentirá ahora? ¿Y cómo se sentirán ellos si es que tienen edad de comprender lo que está pasando?

—La pregunta sigue siendo si Kohler sabía lo que estaba haciendo su entrenador.

—Ya.

—Además, si el hecho hubiese sido al revés, ¿odiarías tú a tu padre?

—No.

—Supongo que hacerle trampa al deporte y a la vida no es como matar a alguien, no sé.

Marc la estrechó un poco más contra sí.

La miró intensamente, desde la breve distancia que les separaba.

—Te quiero —musitó.

—Y yo a ti —le correspondió ella.

—Y te necesito mucho —siguió él.

Aura le besó en los labios, y tras eso ya no volvieron a hablar en mucho, muchísimo rato.

El mundo dejó de tener un sentido más allá de sí mismos.

Estaba oyendo música, en uno de sus escasos momentos de relax. Con los cascos puestos, el sonido fluía directamente desde el amplificador a sus oídos. Nunca lo ponía fuerte en casos así, por el recelo de que los decibelios acabaran dejándolo sordo con los años, enfermedad de rockero, pero en esta ocasión transgredía sus prevenciones, y la música estaba a un nivel alto. Tampoco tenía puesto nada que precisamente elevara su espíritu o modulara sus tensiones. Era rock duro, pura descarga, adrenalina sónica para la borrachera de los sentidos.

Él mismo cantaba en falsete, imitando un falso inglés, y movía las manos como si tocara la más potente guitarra eléctrica.

Así que no oyó los suaves golpes en la madera de la puerta de su habitación, y su padre le pilló in fraganti en ese éxtasis sensorial.

No le dio excesivo corte, aunque saltó de la cama y se quitó los cascos.

Antes de apagar el ampli, por ellos sonó emergente y agudo un tremendo *riff* de guitarra digno de Angus Young.

—Hola —saludó a su padre. Y le hizo la más estúpida y típica de las preguntas en aquellas circunstancias—: ¿Ya has llegado?

—No sabía si estabas en casa, perdona —se excusó Oriol Masferrer.

Pero no se retiró dejándolo solo.

Marc comprendió que quería hablar con él, aunque no fuese de nada importante. Por culpa de sus entrenamientos intensivos no se habían visto mucho en los últimos días.

Ni siquiera le había hablado de lo de Joaquín, del que no sabía nada.

Y quería hacerlo, pero tampoco se atrevía.

Lo habían compartido siempre todo y de pronto necesitaba tener algo propio, privado. Su intimidad.

—Hoy he hecho cinco centésimas menos de la mínima en 800 —le informó—. Y corriendo solo.

—Lo conseguirás.

—Creo que sí.

—¿Y en 400?

—Todavía estoy demasiado lejos.

—El sábado será tu oportunidad, ya lo verás. Lamento no poder estar

contigo esta vez pero es que ir a Salamanca me viene muy mal, y no puedo andar pidiendo permisos a cada momento.

—Tranquilo.

—Marc.

Le pasó una mano por encima de los hombros a su hijo y bajó la cabeza, igual que si le pesara más de la cuenta.

—¿Sí?

—Cuando corras, olvídate de todo, ¿vale?

—Siempre lo hago.

—No, no es verdad. Corres para ganar, por la mínima, pensando en mí, y lo único que has de hacer es no pensar en nada o pensar en ti. ¿Recuerdas cuando te llevé a unas clases de ballet?

—Sí, menudo corte.

—Pero la filosofía es la misma —indicó el hombre—. La profesora no paraba de decirles «que subieran», que estuvieran «altos». Esa ingravidez del baile, esa capacidad para estar «arriba» una fracción de segundo más de lo normal, es lo que libera a un bailarín, lo que le da alas, y es lo que ha de liberarte a ti. Ni ley de la gravedad ni plomo en los músculos: flota. Tu cuerpo ha de pesar para tener un impulso, pero olvídate del «hacia abajo». Piensa sólo en «hacia arriba» y «hacia adelante».

—De acuerdo.

—Ya no me debes nada a mí, sino a ti mismo.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. El día que te pedí que ganaras una medalla olímpica por mí tenía que haberme cortado la lengua, y el día que me dijiste que ganarías por mí tenía que haberte dado dos buenas bofetadas. Nadie gana para otro, sino para sí mismo. Que nada te jorobe el futuro. No tengas ninguna carga, ningún compromiso, vuela libre, porque sólo así serás libre, con tus errores y tus éxitos.

Esta vez no dijo nada. La presión de la mano de su padre en su hombro era tan fuerte que tenía los nudillos blancos. Pese a que siempre habían hablado mucho, raramente rozaban la intensidad de aquellos momentos, así que se sintió desconcertado por aquella oleada de calor.

Oriol Masferrer también lo notó.

—Bueno, no quiero ponerme sentimental ni palizas —cambió el tono y bajó su brazo liberándole de ese contacto—, o acabaremos pareciendo dos actores de esos de culebrones.

—No, hombre, no.

—Sigue con lo que hacías.

Se encaminó a la puerta, pero Marc no dejó que se fuera.

Al menos solo.

—¿Tú cómo estás?

—Psé —no se traicionó el hombre.

—Por lo menos la primera oleada ya ha pasado, ¿no?

—Eso sí.

—No sé por qué te pones tan nervioso y agitado, la verdad.

—Puede que cuando seas *recordman* del mundo te habitúes a tener siempre un micro pegado a tu barbilla, pero yo, ni entonces ni ahora. Lo paso fatal. No sé qué decir.

—Sí, muy locuaz no eres —se burló su hijo.

—¿Qué quieres que te diga? A cada cual lo suyo. Todo esto me viene grande. Y el tema, aún más. Me resulta muy desagradable.

—Pues cuando ganemos será peor.

Lo dijo en plural, y los dos se dieron cuenta al mismo tiempo.

Aunque ninguno incidió en ello.

Marc quiso distendir más los ánimos. Recordó algo que le había dicho Joaquín la última vez.

—A lo mejor hacen una película de todo esto —bromeó.

—Si fuera americano, seguro. Les encantan estos rollos de «yo contra todos». A veces me alegro de no serlo, te lo digo en serio. ¿Te imaginas a Robert Redford haciendo de mí y a la pava de la Sharon Stone de tu madre?

—Papá, que el Redford ya tiene muchos años, más que tú, aunque lo de la Stone...

Oriol Masferrer frunció el ceño.

—¿Sí, verdad? —dijo.

Marc se echó a reír.

Y su padre hizo lo mismo.

Pero aún se rió más cuando su hijo agregó:

—Y desde luego Brad Pitt o Tom Cruise son mucho más guapos que tú.

El tiempo en la reunión atlética de Salamanca era frío. Había llovido, pero la humedad iba desapareciendo gracias a un persistente viento que soplaba del norte. Lo esencial era saber ahora si el viento les perjudicaría o no, si soplaría a favor o en contra. En contra podía frenar unas milésimas preciosas. A favor invalidar una buena marca.

Sabía que se encontraría a Joaquín allí. Era inevitable. No había viajado con ellos, con el equipo del club, venía directamente desde los Pirineos. Y de alguna forma temía el momento.

¿Se darían la espalda, sin hablarse, como enemigos irreconciliables o amigos distanciados? ¿Intercambiarían palabras sin alma, vacías y superficiales, fingiendo que no pasaba nada?

¿Y si Joaquín lograba su mínima y él no en ninguna de sus pruebas?

Cerró los ojos.

Cuando los abrió, como si se tratara de una curiosa casualidad, Joaquín estaba allí, al otro lado del pequeño campus atlético. Y venía derecho hacia él.

Marc dejó de hacer el precalentamiento.

Joaquín avanzó sin prisas, mirándole. Sonreía de una forma extraña. Llevaba la bolsa colgada de la espalda, sosteniéndola con una mano apoyada en el hombro, y su andar era típicamente suyo, como de «chuleta». Acentuó la sonrisa al llegar a las inmediaciones de su camarada.

Luego se detuvo a un par de pasos.

—Hola —dijo.

—Hola —le correspondió Marc.

—¿Has trabajado duro?

—Sí. He hecho casi la mínima en 800 hace un par de días.

—Yo también en los 100.

—Me alegro.

Joaquín seguía con aquella extraña sonrisa colgada de los labios.

—Quiero que sepas que no lo hice —le soltó de pronto.

Marc le miró fijamente.

Supo que no mentía.

—Gracias.

—Oh, de nada —Joaquín soltó un bufido—. Eres un cabrón.

—¿Yo soy un cabrón?

—Tú eres un cabrón.

—¿Por qué?

—Porque de repente pensé que eras mi único amigo, que ninguno de los dos tenemos hermanos o hermanas, y que nos necesitamos, y que bastante aburrido debe de ser ir por ahí de carrera en carrera, con los ligues de turno, como para encima hacerlo solo —fingió estremecerse—. Así que me quedo con mi colega «el limpio».

—Vaya.

No sabía qué decir, salvo que se sentía muy orgulloso. Por muchas razones.

—Eres un mierda, ¿vale? —continuó sonriendo Joaquín.

—Y tú un tío legal.

—Como no saque esa mínima, te meto la legalidad por donde te quepa.

—De acuerdo.

No lo inició ni uno ni otro. Simplemente sucedió. Cada cual dio un paso y se encontraron en mitad de la distancia que les separaba. El abrazo fue muy fuerte, mucho. Y aunque duró apenas tres segundos, fue como si los hermanara para siempre, por encima de los tiempos y las edades.

—Bueno, a ver si van a pensar que somos maricones —dijo Joaquín separándose el primero.

—No me salgas racista ahora.

—Coño, que algún defecto he de tener, ¿no?

No pudieron seguir hablando. La voz de Marcelino Genís, sonando como un trueno inesperado, les cortó la emoción.

—¡Mecagüen la madre que...! ¿Se puede saber qué estáis haciendo? ¡Aquí ni concentración, ni calentamiento ni hostias! ¡Venga y muévete, Marc, que arrancas dentro de tres cuartos de hora! ¡Y tú, señorito Joaquín, que llegas tarde! ¿O es que te vas a poner dos turbos en los pies para hacer esa marca de las narices? ¡Vete a cambiar cagando leches! Pero ¿qué he hecho yo para tener un equipo así, Dios mío?

Las piernas no le pesaban.

Volaba ligero, corría como si en lugar de mover los pies, se deslizara por una suave pendiente. Lo había notado nada más salir, pero ahora, en cabeza, la sensación era aún más fuerte. Era como si estuviese solo, completamente solo, bajo el cielo azul y con la pista de tartán abierta lo mismo que la vieja carretera amarilla de la película *El mago de Oz*. Abierta para él.

El plomo había desaparecido.

Y también la sensación de densa gravedad que días antes le arrastraba hacia abajo.

Allá a lo lejos, frente a él, después de la última curva, estaba su marca, su primera mínima para ir a los europeos. Y sabía que si conseguía una, la otra caería irremisiblemente.

Ya no tenía dudas.

—¡Son tuyos, Marc!

La voz de Joaquín. Había otras, como la de Marcelino, al que raramente recordaba gritando al borde de la pista, pero sólo escuchó la de su amigo.

Al pasar los 400 ya estaba en tiempo de récord personal. Con los 600 aceleró. Recordó la prueba de Sevilla, cuando le habían rebasado dos atletas en los últimos metros. Su ritmo era bueno, pero podía haber rivales con finales más explosivos.

Miró hacia atrás.

Iban en compacto pelotón, nada menos que cinco corredores. El más peligroso era el 23. Le conocía.

Entró en la curva forzando aún más el ritmo de sus zancadas. Si se distanciaba diez metros, la victoria sería suya, y la tan deseada mínima que le aseguraría ir a los europeos. Pero no lograba alejarse más allá de media docena de metros de sus perseguidores. Volvió a mirar hacia atrás. Los vio dándose los habituales codazos para ganar posiciones, para situarse en un lugar preferente a la salida de la curva e iniciar el asalto definitivo. El 23 iba por dentro, por la cuerda, y por la cara se le notaba sobrado de fuerzas.

El enemigo a batir.

Terminó la curva y enfilaron la larga recta de llegada. Para un espectador, no era más que un pedacito de tierra que ellos devoraban en muy pocos segundos.

Pero para un corredor, suele ser algo así como una autopista sin fin que se estira como un chicle y cuyo final se aleja y se aleja sin dejarse conquistar. Sobre todo para el que va primero.

Volaba, pero, detrás de él, el 23 también lo hacía.

No se alteró.

Cuarenta, treinta, veinte metros.

Miró hacia atrás por penúltima vez.

El 23 ya estaba allí, a dos metros de él, robándole centímetros. El pelotón se había estirado, pero todos se mantenían rezagados. La lucha en cabeza era por los dos primeros puestos y el tiempo. Detrás, por la tercera.

En Sevilla perdió.

La última vez que giró la cabeza, a diez metros de la llegada, fue para ver cómo su competidor se situaba casi a su lado.

Casi.

La diferencia era que, esta vez, se sentía seguro, confiado, libre de cargas, y dispuesto a ganar.

Aguantó el embite.

Todo el mundo, en pie, daba casi por hecho que en su rápido *sprint* final, el 23 le adelantaría. Todos menos él.

Las alas de sus pies llegaron a su mente, le liberaron el cerebro de las últimas cargas. Voló como un rayo en dirección a la línea de meta. No fue ni siquiera un codo con codo espectacular. Mantuvo aquel medio palmo de ventaja. Ya no miró la cara de su rival. La sabía desencajada y rendida, como la suya en Sevilla.

Salió impelido como una catapulta en el trance final a tres metros de la llegada.

Comenzó a sonreír a dos.

Levantó los brazos a uno.

Y cruzó la raya blanca con elegancia, con el pecho, cabeza en alto, sabiendo que volvía a ser él, y que ya tenía los dos pies en los campeonatos de Europa juveniles.

En la plaza Mayor, la noche salmantina brillaba con aires nobles, ecos de otros tiempos que ni los locales más modernos lograban borrar. El espíritu estudiantil de la ciudad, en contraste, se manifestaba allí de una forma aún más concreta. Los grupos de jóvenes se prodigaban con generosa y alegre abundancia, y la presencia de los deportistas que habían estado compitiendo a lo largo de las dos jornadas, acrecentaba la sensación. El latido sonaba uniforme.

Vivo.

—Fíjate como está aquélla —señaló Joaquín.

—Pareces un depredador.

—Oh, claro, el Santo tiene novia.

—Mira, seguro que si te ligas a una chica aparece de la nada Marcelino para enviarte a la cama.

—Eh, eh, que es nuestra noche libre, no jorobes. Y nos lo hemos ganado a pulso, ¿vale?

En eso tenía razón. Se lo habían ganado. Incluso Marcelino Genís les abrazó de una forma que tenía más de paternal que de entrenador, por feliz y satisfecho que estuviese.

Joaquín había alcanzado sus mínimas en 100 y 200 metros libres, así que competiría en ellas y en los dos relevos en los campeonatos de Europa. Y él tenía sus mínimas en 400 y 800, por lo cual competiría en las dos y en el relevo del 4 400. De haber estado inscrito en el 400 vallas..., estaba seguro de que también habría logrado la marca.

Se sentía capaz de todo.

—Es fantástico, ¿no? —suspiró Marc.

—¿Fantástico? ¡De coña! —gritó su amigo.

—¿Te das cuenta de que si te hubieras hecho lo de la sangre, ahora estarías creyendo que lo has logrado por eso?

—Vale, hombre. ¿Qué quieres, que te haga un monumento y lo ponga ahí en medio? —señaló el centro de la plaza Mayor.

—Es para que lo recuerdes en el futuro, so memo. No siempre voy a estar a tu lado para hacerte de conciencia.

—¡Jo, qué pesado!

Pero no lo decía en serio. Su abrazo tras ganar la primera de sus pruebas, la de los 100 metros libres, con un tiempo sensacional, entrañaba muchas cosas imposibles de definir. Lo que sucedía era que Joaquín no se daba un margen para la ternura o la sensibilidad. Era de éstos. Trataba de mantenerse «en pose», firme, duro. Marc lo sabía.

—¿Y esas dos?

—Ánimo, venga —le empujó Marc.

—Sí, hombre. ¡No voy a ir solo, tío!

Las dos chicas, dos helados de vainilla por su aspecto rubio, sus pantalones ajustados, sus tops que dejaban el ombligo al aire y su aire de inocencia ilustrada, pasaron cerca de ellos, sonrieron coquetas, y luego estallaron en sendas carcajadas tras comentar algo entre ellas. Se alejaron por uno de los soportales de la plaza sin girar la cabeza.

—Estamos haciendo el lila —refunfuñó Joaquín.

—¿Nos tomamos algo?

—Eso, y luego a una disco.

—De acuerdo —aceptó Marc rendido.

Entraron en un local situado en el comienzo de una de las calles que iba a desembocar a la plaza. Estaba relativamente vacío teniendo en cuenta la hora que era. El televisor, en lo alto de una tarima, funcionaba para nadie, porque ninguno de los presentes lo miraba u oía. Casi era comprensible: el telediario hablaba de la crisis de Kosovo y en pantalla aparecían casas destrazadas, mujeres llorando junto a los cadáveres de sus maridos o hijos, refugiados atravesando las montañas en dirección a Albania. Guerra y miseria.

En la barra, nadie parecía saber siquiera dónde estaba Kosovo.

Marc bajó la vista. No quería que nada enturbiara su alegría. Se concentró en las tapas que presidían la barra y en la presencia del camarero, solicitándoles el pedido. Dos cervezas. Todo un pequeño desmadre.

—Voy a volver a llamar —dijo buscando un teléfono por allí.

—¿No has dejado el recado en el contestador automático?

—Sí, pero me extraña que no estuviera mi madre en casa.

—Igual ya lo saben y tu padre no ha ido a trabajar para celebrarlo con ella.

—No, ¿cómo van a saberlo si no les llamo yo?

—Pues aquí no hay ningún teléfono público —insistió Joaquín acompañándole en su búsqueda visual.

Llegaron las dos cervezas y sendas tapas de soporte alimentario. Desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Arriba, por encima de sus

cabezas dada la proximidad con el aparato, se escuchó la voz de otro locutor televisivo hablando de fútbol. Esta vez sí, como por arte de magia uniforme, los presentes dirigieron sus miradas hacia la tele.

—¿Por qué no somos futboleros? —lamentó Joaquín.

—Aún estamos a tiempo.

Las noticias deportivas solían dividirse en dos: las de fútbol y las otras. Primero el fútbol, por nimio que fuese el tema. Cuando el Barça, el Madrid y algún que otro afortunado que pudiera rivalizar ese día con ellos dejaron de interesar, reapareció el locutor. Arriba, a su derecha, surgió la imagen fotográfica de Oriol Masferrer, enmarcada en un rectángulo.

—Jo, tu padre —Joaquín se lo hizo notar.

Marc miró hacia el televisor.

La sangre fue huyendo de sus venas a medida que escuchó las palabras del presentador.

—... por lo que la noticia de la muerte, a causa de un infarto, de Manfred Kohler ha sacudido hoy los estamentos deportivos, en mitad de la polémica que envuelve...

—Dios, tío —oyó gemir a Joaquín.

Marc cerró los ojos.

Y deseó estar muy lejos de allí.

En casa. Con él.

—... aunque se ignoran más detalles, se ha sabido que Kohler, enfermo desde hacía años debido a las sustancias que ingirió en su etapa deportiva, sufrió una parada cardíaca a primera hora de...

—Oh..., papá... —musitó sin apenas aliento.

3

LLEGADA

Nada más verle aparecer por la puerta, Aura supo que el examen le había ido bien. Más que en su sonrisa, discreta, se lo notó en los ojos. Había en ellos un profundo destello de libertad, de paz reencontrada, de equilibrio tras la incertidumbre de la noche.

Ninguna duda.

Corrió hacia él y se le echó encima, feliz. Sabía lo mucho que necesitaba no pensar en los estudios a lo largo de las siguientes semanas. Llegó a elevar los pies del suelo para quedarse colgada de aquel abrazo.

—¡Felicidades! —cantó junto a su oído.

—¡Eh, eh, que he suspendido! —le dijo Marc.

—¡Y un cuerno!

Le dio un beso muy fuerte.

—¿Cómo sabes que he aprobado? —dijo él frunciendo el ceño al separarse.

—Porque lo sé.

—Mucha fe en mí tienes tú.

—Que no es cosa de fe. Lo veo ahí —Aura le señaló los ojos.

—Así que soy un libro abierto —sonrió por vez primera de forma clara.

—Para mí sí.

—Pues lo tengo mal si ya lo sabes todo antes de que abra la boca. ¿Qué clase de vida me espera?

—Como te rajés ahora, Marc Masferrer, te clavo con chinchetas en la pared de mi habitación.

—Vale, vale —la temía cuando se ponía así—. Ya me decía Joaquín que no me liara.

—Sois tal para cual en todo menos en eso, de lo que me alegro —indicó ella—. Va, dime, ¿cómo te ha ido?

—Muy bien, pero lo importante es que era el último. No me lo puedo creer. No ha sido de matrícula pero...

—¿Vamos a celebrarlo?

—Una hora. He de ir al gimnasio, lo siento.

—Una hora —le prometió Aura colgándose de su brazo.

Se alejaron de las proximidades del centro de enseñanza como si huyeran después de cometer un delito. Ya a cierta distancia, sus pasos se hicieron más

lentos. La tarde invitaba a muchas cosas, y todas hermosas. Tal vez por ese motivo, la muchacha tardó en hacer la pregunta obligada, pero que más temía.

No quería nubes en su horizonte en ese momento.

—¿Cómo está tu padre?

—Igual.

—¿Igual, igual?

—Sí, no habla.

—No lo entiendo —exhaló ella—. Han dicho que estaba enfermo, que por culpa de todo lo que tomó o le dieron, ya no podía más. Casi era algo terminal.

—Un locutor de televisión le puso el micrófono ayer en la boca y le preguntó si no se sentía culpable.

Aura se estremeció.

—¡Qué bestias son, por Dios!

—Por lo menos ahora está claro que Kohler tomó muchas sustancias nocivas a lo largo de su carrera —dijo Marc.

—¿Y eso no es suficiente para tu padre? Pero si incluso había perdido una pierna —su novia volvió a estremecerse—. Ese hombre ya no tenía nada.

—Pero es evidente que esto le ha acabado de matar —afirmó él.

—¡Oh, no!

—Vamos, Aura. Es la verdad.

—¿También tú?

—No, yo no me siento culpable, pero empiezo a entender a mi madre. Ella trató de advertírmelo. Si hubiera dejado las cosas tal cual...

—¡Hiciste lo que creías justo! ¡Y volverías a hacerlo, estoy segura! ¡Tú sí! —manifestó con toda su vehemencia.

—Ésa es la clave: que yo puse en marcha este follón. Mi padre se lanzó a la piscina por mí, y ahora quien sufre las consecuencias es él. No es que estuviera vacía: es que estaba llena de mierda.

—Pero ¿por qué?

Ni siquiera estaba seguro. A veces intuía que había algo más. Algo oculto detrás de los ojos silenciosos y tristes de su padre. Pero ¿qué?

—Se le pasará —Aura intentó consolarle—. Cuando se sienta reivindicado y se reconozca que él ganó aquella carrera, y le den la medalla...

—Dice que no la quiere.

—Está herido, pero es como tú, orgulloso.

Marc se puso delante y la detuvo. En sus ojos ya no había felicidad por el último aprobado. Las sombras de la duda los ensombrecían, dando a su mirada

un deje sombrío.

—¿Sabes que Manfred Kohler tenía dos hijos, un chico de mi edad y una chica un poco menor que tú?

—No, no lo sabía.

Ni habría querido saberlo.

—Mi padre piensa en Kohler, y yo en ellos.

—¡Tú no destapaste esa caja de truenos! ¡El entrenador de Kohler fue el que lo empezó todo al aceptar los hechos! ¡Ahora mismo debe de haber dos mil atletas en las mismas circunstancias, con sus carreras en entredicho, y la mayoría tendrán hijos!

—No creo que sufran un infarto y se mueran.

—¿Y vas a castigarte por ello?

—Mi padre...

—¡Oh, basta ya, por favor!

Se le echó encima, temblando, y le dio uno de sus abrazos cargados de emociones y sentimientos sin medida, apasionados y tan densos que a veces él creía ahogarse de amor en ellos. Quizá por eso la quisiese tanto. En Aura nada era a medias.

—No hablemos más de eso, ¿de acuerdo? —pidió ella.

—De acuerdo.

—Piensa sólo en los europeos —se apartó y lo envolvió con una nueva sonrisa de ánimo—. ¿Los retransmitirán por la tele?

—¿Qué crees, que alguien va a querer ver a un montón de chicos y chicas con acné? Si a veces ni siquiera retransmiten pruebas importantes de los mayores.

—Pues iré a verte correr.

—Ah, eso sí que no. Dejadme solo, ¿vale?

—¿Y así te ligas a una saltadora rumana o a una corredora búlgara, no?

Lo hacía bien. Conseguía que dejaran de hablar de lo otro.

Así era ella.

—No, no es por eso, pero es que si estás tú o mi padre a lo mejor llego el último.

—Ya.

—No seas tonta.

—Pero ¿te gustaría? —le ofreció sus labios entreabiertos en plan tentador.

No tuvo que responder.

Aunque no por ello, pese al beso, los fantasmas de su cabeza dejaron de

vagar libremente por ella.

Llegó a casa cansado después de forzar un poco la máquina. El mismo preparador físico le recomendó acabar y largarse a la ducha antes de que terminara roto. Marc le hizo caso. Marcelino Genís le recordaba siempre que ellos, los profesionales «de arriba», sabían más que nadie, y que por algo llevaban años entrenando a cientos de deportistas.

Marcelino Genís era un buen hombre.

A veces su padre se lo decía:

—Si yo hubiera tenido a alguien como él, en lugar del cabrón que me preparaba...

Otros tiempos. Nada más. Las cosas habían cambiado mucho, para bien en la mayoría de los casos.

Era el día libre de su padre, o mejor dicho la noche, así que por otra parte tampoco lamentaba llegar a una hora decente. Podía liarle para jugar los dos una partida de ajedrez, o para ver juntos una buena película en el vídeo. El silencio tras la muerte de Manfred Kohler le preocupaba. Su padre daba la impresión de haber caído en una especie de postración, especialmente interior. Ni siquiera le había dicho a Aura lo extraño que lo veía.

Salió del ascensor con las llaves en la mano, pero nada más introducir la de la puerta en la cerradura, antes de que la hiciera girar, ésta se abrió y apareció Claudia. Supo de inmediato que algo sucedía, porque estaba blanca como la cera.

Y le esperaba.

Su corazón empezó a latir al tiempo que hablaba.

—¿Mamá?

La mujer le puso la mano derecha en los labios. Eso fue todo. Marc lanzó una mirada inquieta en dirección al interior del piso.

—Ven —susurró su madre.

Le cogió del brazo. Marc dejó caer la bolsa deportiva con la ropa en el mismo recibidor. Por una vez, ni siquiera ella la recogió. De todas formas, apenas si dieron media docena de pasos. El motivo de todo aquello se encontraba en la sala, sobre la mesa.

Apenas si pudo creerlo.

Estaba allí.

La medalla de oro.

El máximo galardón de una carrera acontecida veintiséis años antes en el Estadio Olímpico de Munich.

—Pero ¿qué...? —balbuceó Marc.

Claudia tenía los ojos anegados en lágrimas. Se quedó a un lado, observando el pedazo de metal dorado con la cinta, sin atreverse siquiera a acercarse, como si pudiera quemarla su mera proximidad. Después le miró a él.

Marc también tenía miedo de cogerla.

O respeto.

Además, no entendía nada.

La medalla estaba encima de un sobre de correo abierto, acolchado, de los que se usan para envíos especiales o frágiles. Los sellos y el matasellos provenían de Alemania. Correspondencia urgente. Servicio especial.

Había algo más.

Un sobre de carta rasgado, aunque no se veía ninguna carta en la mesa.

—¿Mamá, qué significa esto?

No hubo respuesta, sólo una súplica.

—Ve con él.

—¿Dónde está?

—En la habitación.

—Pero dime...

—Ve —le detuvo—. Te necesita. Ahora más que nunca.

—¿Por qué?

—Él te lo contará.

—Mamá...

—Marc —volvió a detenerle terminante.

No volvió a hablar. Y a él le bastó con mirar sus ojos. Las lágrimas estaban detenidas al borde de un lago que amenazaba con desbordarse, pero que no iba a hacerlo. Tal vez ya lo había hecho antes o lo haría después. No en ese momento.

Se movió con una pesadez como si ahora todo él fuese de plomo, y no sólo sus músculos en una carrera perdida. Le costó dar el primer paso, y el segundo, y más el tercero, ya delante de la puerta de la habitación de sus padres. No supo si llamar o entrar directamente, así que hizo lo segundo. Entreabrió la hoja de madera y atisbó al otro lado. Por la ranura abierta vio a su padre, sentado en la cama, de cara a la ventana por la que aún entraba la luz. El efecto fue algo impresionante. Oriol Masferrer tenía la cabeza apoyada

en las manos, y los codos hundidos en las piernas.

No giró la cabeza al oírle entrar.

—Pasa, Marc.

Le obedeció. Entró y cerró la puerta. Fue entonces cuando vio, junto a su padre, la carta, aquello que había estado dentro del sobre vacío de la mesa. Eran dos hojas de papel desplegadas y abiertas, escritas pulcramente a mano.

Se detuvo frente a su padre, observándolas de reojo. El hombre estaba serio. Tristemente serio.

—¿Papá?

Oriol Masferrer miró a su hijo.

Sonrió con agotada ternura.

—Quiero contarte algo —dijo—. Algo que debí decirte hace mucho tiempo, aunque..., bueno, a lo mejor es que entonces no lo sabía, y si lo sabía no quería aceptarlo, porque era más cómodo ser la víctima.

No le entendió. Sólo supo que algo espantoso estaba sucediendo. Algo que lo había cambiado todo. La medalla era la prueba.

Oriol Masferrer alargó una mano, cogió las dos hojas de papel manuscritas y se las tendió a su hijo.

—¿Qué es esto?

—Léelo, Marc.

Las tomó. Tardó en apartar los ojos de su padre. No quería hacerlo. Sentía como si fuera a desvanecerse en la nada de un instante a otro. Finalmente se llevó la carta a la luz de la ventana y buscó su inicio.

Comenzó a leer.

Señor Oriol Masferrer:

Nos llamamos Jürgen y Frieda Kohler, y somos los hijos de Manfred Kohler. No conocemos su lengua, pero nuestro profesor de literatura sí, por esta razón la presente carta nos la está escribiendo él al dictado de nuestras palabras.

Como imaginamos, sabrá ya que nuestro padre ha fallecido y ha sido incinerado esta mañana. Pero no tema. Ésta no es una carta de recriminación ni de odio. No le conocemos, así que no podemos odiarle. Y además, antes de morir, nuestro padre tuvo palabras de ánimo para usted, y manifestó comprenderle y respetarle. Tal vez de haber seguido vivo unos días o unas semanas más, esto que hacemos nosotros, lo habría hecho él mismo. Ya no lo sabremos, pero pensamos interpretar su voluntad actuando

como lo hacemos.

Queremos pedirle perdón, en nombre de papá, de la misma forma que le rogamos se apiade de su alma. El hombre con el que usted compitió una vez descansa finalmente en paz, y ahora quien debe hacerlo es usted. A través de la demanda que interpuso ante el COI, comprendemos su desesperación, lo mucho que usted ansiaba esa medalla de oro que perdió por tan poco. Pase lo que pase con dicha demanda, se acepte o no, se gane o se pierda, aunque ya no se trate de ganar o perder, la medalla es suya, señor Masferrer. Pero dársela no significa reconocer las culpas de nuestro padre. Al contrario. Se la damos para que también usted logre esa paz de la que él ya goza y a la que nos referíamos unas líneas más arriba. Pese a lo que pueda parecer, papá fue un hombre de honor. Y si usted ha luchado por la medalla, nosotros lucharemos por restituir el honor de Manfred Kohler. Hasta el final. Eso está por encima de lo que digan los tribunales. Incluso por encima de nosotros mismos. Está en nuestros corazones.

Sepa que no conocemos toda la historia, porque nacimos años después de la Olimpiada de 1972. Lo que sabemos ha sido por mamá y por lo poco que pudimos comprender antes de que él muriera víctima de sus terribles daños físicos. Queremos hacerle partícipe ahora a usted de todo ello.

Nuestro padre fue elegido por sus condiciones físicas para ser un héroe de la República Democrática de Alemania. Siendo niño, su vida ya quedó programada, de la misma forma que otros eran seleccionados por sus dotes para ser campeones de ajedrez o para estudiar física. A tal fin, se le preparó para su destino. Obviamente, adonde no llegaban con sus propias fuerzas los elegidos por el régimen, podía hacérseles llegar mediante artilugios y trampas. No sé cómo podían llevarlo a la práctica, si es que lo hacían, con los demás, como un jugador de ajedrez o un físico, pero en el caso de los deportistas, se sabe ahora que era sencillo: mediante el uso de drogas. Manfred Kohler fue programado y adonde no llegó él, llegaron las sustancias que le dieron ya en la adolescencia. Según ellos, eran «vitaminas». Mis abuelos jamás conocieron la verdad. Lo único que veían era que su hijo, nuestro padre, se convertía en un campeón. ¿Quién duda de un entrenador o un médico? ¿Y quién lo hace del Estado, que te tutela y bajo cuyo paraguas te cobijas? Nadie imaginaba entonces que aquellas «vitaminas» fuesen en realidad cócteles de sustancias químicas.

Señor Masferrer, puede creernos o no. Ya no hay forma de que se sepa la verdad salvo por las declaraciones de Klaus Bierhoff, el entrenador de

papá. Pero somos sinceros al decirle que, por lo que sabemos ahora, nuestro padre acudió a los Juegos Olímpicos de 1972 sin saber lo que contenía su cuerpo. Participó y ganó limpio de corazón, aunque no lo estuviese de cuerpo. Para usted tal vez sea lo mismo, pero para él y para nosotros no. Ésa es la clave. Y por ella vamos a luchar hasta el fin.

Pero, por supuesto, la historia tiene una segunda parte.

Al comienzo, él amó esa medalla. Era lo más importante de su vida. Papá conoció a mamá muy poco después, y lo sabemos por sus palabras. Era un gran campeón. Esa alegría sin embargo le duró ya muy poco. A los escasos meses, tal vez semanas, de la conclusión de los Juegos, los efectos de las drogas comenzaron a manifestarse de forma negativa. Llevaba ya casi siete años con ellas, soportándolas. Demasiado. Cuando desconfió de su entrenador y acudió a otro médico, sabiendo que se estaban detectando casos de dopaje importantes en la RDA, no tardó en descubrir las causas de sus males... y de su éxito deportivo. Eso le hizo sentirse muy avergonzado, pero... aún era Manfred Kohler, el campeón olímpico. Estaba en la cumbre, y para mantenerse en ella no tenía más remedio que seguir... o dejarlo. Para él fue el comienzo del fin. El ocaso de su carrera. Esa revelación coincidió con la noticia del accidente de coche que tuvo usted, y que le costó también su propia carrera deportiva. Papá se sintió especialmente culpable de ello también. Muchas veces pensó escribirle, pero ¿qué le habría podido decir? Calló y dejó pasar los años sin remedio. Pero nunca dejó de pensar en usted, se lo juramos.

Durante dos años, después de los Juegos, ya conscientemente, nuestro padre sí tomó sustancias prohibidas. Ésa es la verdad. Pero el daño que se hacía a sí mismo, unido al daño que ya tenía en su mente, y que era como un cáncer devorador, acabó por hacerle renunciar a esas prácticas. Subsiguientemente, su carrera se acabó.

Esta medalla que le remitimos, al parecer, la necesita usted por razones que entendemos, como su estima o su orgullo herido. Papá la odió durante años, porque le recordaba la parte más oscura de sí mismo, y nosotros la odiamos ahora. Ya no representa nada en lo deportivo, y en cambio es el precio que tuvo que pagar una buena persona por su éxito. Por ella, y por quienes hicieron que la ganara para mayor gloria política, perdió la salud, una pierna hace siete años, y ahora la vida. Parecía un anciano de noventa años. Créanos si le decimos que papá fue desgraciado por ello. Cuando tu propio país te miente, ¿qué te queda? Un país que traiciona a sus súbditos no es

nada. Puede que por ello hoy la República Democrática de Alemania ya no exista. Todos hemos vuelto a ser lo que la guerra separó: alemanes. Confiamos en que veintiséis años después sirva para resarcirle de aquella derrota.

Todos fuimos engañados.

Todos hemos sido víctimas, señor Masferrer.

Rece por nuestro padre. La verdad le mató el alma mucho antes de que las drogas le mataran el cuerpo.

Atentamente suyos,

Jürgen y Frieda Kohler Herzog

Ni siquiera se había dado cuenta, pero tenía un nudo espantoso en la garganta. Un nudo que le impedía tragar, casi respirar, y que amenazaba con ahogarle de lo rápido que crecía. A duras penas pudo levantar los ojos de la carta para volver a depositarlos en su padre.

Oriol Masferrer los tenía fijos en la ventana por la que la luz del día declinaba rápidamente.

—Papá... —susurró Marc.

Sus manos bajaron despacio, sosteniendo aquellas dos hojas de papel.

El hombre le devolvió su atención, despacio.

Cuando habló, no se refirió a la carta.

—He dicho que quería contarte algo, hijo —desgranó dulcemente—. Y además es el mejor momento.

—Papá, esto no significa... —buscó una forma de apaciguarle, a pesar de que la tranquilidad dominaba por completo su figura.

—No tiene nada que ver con Kohler —le interrumpió—, al menos de forma directa. Tiene que ver conmigo, y contigo, sobre todo contigo, para que lo tengas presente en el futuro, cada vez que corras.

No lo entendió.

Oriol Masferrer se puso en pie.

—Ven —le pidió.

Le empujó sin apenas emplear un atisbo de fuerza, colocando una mano cálida sobre su hombro. Salieron de la habitación. Claudia no estaba en la sala. Les dejaba solos. Sabía que era lo mejor.

—¿Tienes la cinta de mi carrera? —preguntó su padre.

Marc se quedó un poco más pálido.

—Sí —reconoció.

—Tráela.

—Está bien.

Alguien le dijo una vez que los padres se hacían los tontos en más ocasiones de las normales, y que, por lo general, lo sabían todo. O casi todo. Cuanto menos lo suficiente.

Vivir y dejar vivir.

No lo creyó, y ahora se daba cuenta de que era verdad.

La cinta.

Fue a su habitación, cogió el vídeo que había grabado de la televisión hacía apenas unas semanas, y regresó a la sala. Su padre ya había puesto en marcha los dos aparatos; el televisor, seleccionando el canal para poder visualizar la cinta, y el reproductor videográfico. La medalla seguía sobre la mesa, anónima, pero tan omnipresente como una montaña nevada en mitad de una llanura desértica. Se sentaron de espaldas a ella después de que él mismo insertara la casete en la ranura.

Los participantes en la final de los 400 metros vallas de los Juegos de Munich volvieron a hacerse tan reales como entonces en el rectángulo televisivo, con aquel color de imagen vieja, ocre, que situaba la historia en un pasado tan lejano como cercano a la vez.

—Fíjate —señaló Oriol Masferrer—: 400 metros, 45 hasta la primera valla, 10 vallas de 91 centímetros cada una, 35 metros entre valla y valla, y finalmente otros 40 metros desde la última hasta la línea de meta. Todo un mundo familiar, ¿no es cierto?

—Sí, papá.

—Pues olvídate de ellos. Quiero que veas otra carrera, Marc. La carrera de verdad.

Frunció el ceño. ¿Cuántas carreras había?

Casi temió que su padre se hubiera vuelto loco.

—Mira a Harry Pendelton —Oriol Masferrer pulsó la pausa—. ¿Qué ves en su cara?

—Concentración.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Míralo a cámara lenta.

Puso el sistema de imágenes a muy baja velocidad. Cada segundo se convertía ahora en cinco o más.

Harry Pendelton parpadeó.

Luego cerró los ojos y apretó las mandíbulas.

Muy rápido.

Aunque no tanto como para que la lentitud de las imágenes no lo captaran.

—¿Lo has notado?

—Sí, pero...

—Muchos atletas, en el calentamiento, se lesionan. No es mala suerte, es el miedo que los agarrota, que les somatiza la presión final. Eso los rompe en el

momento crucial. Eso le pasó al penúltimo yanqui. Pendelton era el único estadounidense que quedaba en liza, lo tenía todo para llevarse el oro, era el gran favorito, como todos los yanquis en pruebas así. Pero fue esa responsabilidad, el hecho de estar solo, y no la mala suerte, lo que le hizo caer. No se atrevió a superarla.

Marc miró fijamente al corredor negro.

—Es una lástima que no puedas vernos a Kohler y a mí —suspiró su padre viendo como la cámara sólo seguía a Pendelton—. En teoría no éramos más que comparsas, como el resto. Pero aunque no recuerdo la cara de Kohler, si sé como era la mía.

—¿Y cómo era?

—Catártica.

—¿Qué quieres decir?

—Me dolía el cuerpo, acababa de ir al lavabo con un cólico de narices. Ver esa calle 7 vacía me hizo comprender, de pronto, que tenía una oportunidad. Pendelton era el oro. Pero la plata y el bronce... Yo me conformaba con estar ahí, en la final, y no digamos ya ganar un diploma quedando cuarto, quinto o sexto. Pero esa calle vacía...

—O sea que te superaste.

—Sí, me superé, y entonces sucedió el resto, en plena carrera.

—¿Qué resto?

¿De qué le hablaba? No recordaba absolutamente nada anormal. Sólo la pugna final por el oro.

—¿Preparado?

—Sí —asintió Marc.

—Recuerda, olvídate de la carrera. Fíjate en mí. Sólo en mí.

—Bien.

Oriol Masferrer accionó el *play* y las imágenes retornaron a la normalidad. Los corredores se situaron en sus puestos de salida. La tensa espera y... el disparo. Siete catapultas lanzadas a por un hito.

El adelantamiento de Pendelton, la primera valla, la caída.

—Ahora, Marc. Mírame.

Su padre movía la cabeza hacia la izquierda, captando el traspiés fatal del estadounidense.

—Ves que se cae, sí, ¿y qué?

Detuvo la imagen y la hizo retroceder un poco.

—Mira a Kohler.

Otra vez la salida, el avance de Pendelton, la valla derribada, la agonía del atleta mientras su cuerpo caía derrotado sobre la pista.

Kohler no miraba a su izquierda ni atrás, donde se producían los hechos.

—¿Lo has notado?

—Sí —musitó Marc.

—Sigamos con el resto.

Y siguieron. Valla a valla, codo con codo.

Especialmente Kohler y él.

Codo con codo.

—Podía ganar cualquiera —recordó Oriol Masferrer—. Estábamos en un pañuelo. Pero nosotros, él y yo, fuimos más fuertes... al comienzo.

—¿Por qué sólo al comienzo?

—Porque luego uno cedió y el otro no.

—Papá...

—La carrera, hijo, la carrera.

Pasada la quinta valla, Kohler y su padre se destacaban de los demás. Ivanov y Serguei se quedaban atrás.

En la décima la distancia aún era mayor. Se lo sabía de memoria.

Los cuarenta metros finales, desde la última valla a la línea de meta. La recta. Ya sin compensaciones por las curvas.

—Ahora, Marc.

Volvió a colocar el sistema en marcha superlenta.

No veía nada. Le dolían los ojos. No veía nada. Sólo a su padre corriendo junto a Kohler. Metro a metro.

Y de pronto.

Oriol Masferrer giraba la cabeza a la izquierda, apenas imperceptiblemente, muy rápido.

Marc sintió que su corazón latía más aprisa.

—¿Ves mi cara, ves mi expresión, ves la suya?

Lo veía todo. Finalmente.

Otros pocos metros más.

Por segunda vez, Oriol Masferrer movía apenas unos milímetros la cabeza hacia Manfred Kohler.

El alemán miraba al frente, sólo al frente.

Estaban ya en las marcas finales, cubriendo los últimos metros.

—Ahora, mis ojos —dijo su padre.

Esta vez ya no lo percibió, demasiada distancia, demasiada pobreza de

imagen y color. Pero se dio cuenta de que de lo único que podía tratarse era de una mirada.

Tras ella, en un suspiro pasado al compás de la cámara lenta del vídeo, la llegada, la apoteosis. Los 400 metros vallas más reñidos de la historia. La célebre centésima.

Manfred Kohler, ganador sin necesidad de esperar a la *foto finish*, miraba al cielo. Oriol Masferrer, perdedor sin necesidad de esperar a la *foto finish*, miraba al hombre que le había vencido.

Marc recordó la sensación que tuvo cuando vio la carrera íntegra por primera vez. Sí, Manfred Kohler se había «sentido» ganador, y su padre perdedor. Todo muy rápido.

—¿Lo entiendes ahora, hijo? —le preguntó el hombre pulsando el *stop* del vídeo y en el mando a distancia del televisor el del aparato.

¿Lo entendía?

—Marc, yo perdí esa carrera.

—Claro —le observó dudoso.

—No, piensa en lo que acabas de ver: yo perdí. Eso no significa que él ganara. Lo importante no es eso. Lo importante es que fallé yo. Y da igual lo que ese alemán llevase en la sangre o en los músculos, como si tenía tres piernas. Perdí. ¿Y sabes por qué? Tú mismo lo has visto ahora: porque me sentí derrotado. Porque le miré tres veces. Él no me miró a mí ninguna, ni siquiera giró la cabeza cuando Pendelton se cayó. Kohler sólo tenía la vista fija en la línea de meta. Ésa fue la diferencia, la única diferencia. Ésa fue la centésima entre el primero y el segundo.

Hablaba serenamente, pero desde el dolor. Parecía un ciego que acabase de abrir los ojos y la luz le hubiera vuelto a dejar ciego, pero ya con sensaciones y colores en su interior. Sin embargo, el amor que fluía de su voz en dirección a él, casi podía cogerse con la mano.

—Creo que siempre lo he sabido —continuó Oriol Masferrer—, pero hoy, mientras leía esa carta, todo ha vuelto a mí. Kohler no sabía que aquellas inyecciones no eran vitaminas. Por lo tanto, luchaba con su mente, no con su cuerpo.

—Pero su cuerpo estaba dopado, era más fuerte, y eso hacía que su mente también lo fuera —objetó Marc.

—Cierto. Por eso la carrera fue tan brillante. Sin embargo, si yo hubiese tenido mi mente fuerte, poco habría importado lo que él llevase dentro. La clave sigue siendo la mente, y que yo fallé, hijo. Me ha costado veintiséis años

darle cuenta, reconocerlo, pero por fin lo he visto claro. Me he estado engañando a mí mismo, y lo que es peor... te he engañado a ti sin darte cuenta. Quería esa medalla, y al ver la posibilidad... te dejé hacer, y me dejé llevar. Aquel día no celebré mi segundo lugar. Estaba furioso. Pero conmigo mismo. Luego lo borré de mi mente. Me fue más fácil. Siempre es más fácil engañarse a uno mismo. Pero ahora lo he visto claro —sus ojos lo envolvieron con dulzura—. Y tú deberías verlo también muy claro, porque es la única verdad. Esas tres miradas mías me derrotaron. La primera es de miedo, la segunda de angustia, y la tercera, esa que no se nota, en la que únicamente moví los ojos, es la definitiva, la suma de las otras dos: la que me hundió y me hizo ceder esa maldita centésima. Kohler mira su éxito y yo le miro a él, tan sencillo como eso. La gran diferencia. Y por esa diferencia perdiste tú en Sevilla. Y por esa diferencia ganaste en Salamanca. Y por esa diferencia, si la recuerdas y la dominas, ganarás muchas carreras en el futuro.

Marc tuvo ganas de llorar. Logró contenerse con esfuerzo.

Había una vieja canción que decía que para un niño de cinco años, su padre es un héroe capaz de todo, a los nueve de casi todo, a los quince el padre es un imbécil, a los veintitrés es menos imbécil, y a los cuarenta ese niño, ya hombre, piensa «Ojalá pudiera contárselo a mi padre».

Oriol Masferrer siempre sería su héroe, padre y humano.

—Papá, no es justo —quiso ayudarlo.

—No, no lo es, pero así es la historia —convino el hombre—. No siempre comprendemos la verdad, y si lo hacemos, a veces no queremos aceptarla. Quise creer que perdí mi gran oportunidad por mala suerte, por esa fracción de tiempo, y después, que mi vida se destrozó por otra mala suerte, la del accidente. Ahora descubro que Manfred Kohler perdió mucho más ganando —apretó los puños y tuvo un súbito acceso de comedia aunque dulce cólera—. ¡Claro que no es justo, Marc! Por eso he querido decírtelo, ahora, cuando por fin vas a competir de verdad.

—Si no hubiera comenzado todo este lío reclamando la medalla...

—Nunca te arrepientas de lo que hagas si crees hacerlo honestamente. No vale la pena. Pero recuérdalo después para no repetirlo.

—Papá...

Ahora sí comenzó a llorar.

—Lo sé, hijo, lo sé.

—Yo sólo quería que ganaras.

—No puedo sentirme ganador, aunque me hayan dado la medalla esos

chicos, ni porque lo diga un comité olímpico. Nunca me sentiré ganador de esa carrera.

Le abrazó, y Marc se rompió en sus brazos, ya sin ocultar lo que sentía.

—Quiero que retires esa demanda, ¿de acuerdo?

Marc asintió con la cabeza ante la imposibilidad de formular una palabra.

Pasaron unos segundos.

—Serás un gran campeón, hijo. Lo sé —le puso una mano en la nuca cuando él tuvo otra oleada de sentimientos imparables—. Y no por llegar siempre el primero. Eso no hace a un campeón. Lo serás porque ahora ya sabes que se puede ganar perdiendo, y perder ganando.

Marc no lo vio. Oriol Masferrer, sí. Claudia estaba en la puerta, también llorando, aunque ella, además, sonreía.

Llena de paz.

No entró dentro, así que padre e hijo siguieron abrazados.

Todo el tiempo del mundo.

4

SPRINT FINAL

En la terminal A del aeropuerto de Barcelona, los familiares de los deportistas cuadruplicaban a los mismos chicos y chicas que iban a tomar el avión. Había una media de un padre, una madre, algún hermano pequeño y algún abuelo o abuela, amén de amigos, amigas, novios y novias por atleta.

Se acercaba el momento de pasar el control de pasaportes, y con ello...

—Me parece que te llevas poca ropa de abrigo —insistió Claudia.

—Mamá...

—Que allí hace frío, caramba. Que no es España.

—Si hace frío se comprará un jersey, que no es tonto —dijo Oriol Masferrer contemporizador.

Joaquín les lanzó un grito, que casualmente enlazó con lo que estaban hablando.

—¡Yo cuidaré de él, que para algo soy el mayor, tranquilos! —y mientras levantaba una mano en señal de despedida, agregó en dirección a Marc—: Te espero dentro.

—¡Vale!

Volvieron a quedarse solos los cuatro. Aura era la que menos hablaba.

—Venga, vamos a irnos ya y que se despidan como Dios manda —manifestó su padre con cara de picardía.

Había hecho ya muchos viajes, pero aquél era distinto, se notaba. Sus primeros europeos juveniles. Su primera gran oportunidad fuera de España. Claudia le abrazó.

—Cuídate, hijo —le susurró al oído.

Ella nunca le deseaba suerte, o que ganara. Lo único que le importaba era él. Antes eso le molestaba. Ahora no.

—Lo haré, mamá.

—Telefonea.

—Sí, pero no te enrolles.

—A cobro revertido, hombre.

Se separaron y le tocó el turno a su padre.

Un segundo abrazo.

Él no le habló al oído. Lo hizo mirándole a los ojos al separarse.

—La línea de meta, Marc, recuérdalo. Olvídate de los demás. Tú y sólo tú.

Aunque vayas el último.

—Te traeré mi primera medalla —dijo el muchacho.

—Bueno, bueno, no fardes tanto —se burló Oriol Masferrer.

—Y si llego el último, te juro que entraré andando, en plan quede.

—Serías capaz.

—Oh, sí.

—Si encima sonríes, seguro que tu foto sale en todas partes.

Volvió a abrazarle, y esta vez... sí lo hizo.

Quedamente, al oído.

—Estoy orgulloso de ti, hijo.

—Te quiero, papá.

Ya no hubo más. Tres segundos de intensidad emocional, aplastados por el abrazo, y después la retirada. El hombre y la mujer echaron a andar dejándolos solos.

Solos en mitad de aquel caos de abrazos y sentimientos.

—Marc...

Y en mitad del beso, desde la puerta de control de pasaportes en la que hacía cola, todavía se oyó la voz de Joaquín Jané gritando:

—¡Eso es peor que una droga, tío! ¡No vale! ¡Dopaje, dopaje!

AGRADECIMIENTOS

La historia de Oriol Masferrer no sucedió en realidad, pero sí ha sucedido la de cientos de atletas vencidos en grandes pruebas en las últimas tres décadas no por la valía de sus oponentes, sino por las drogas que éstos tomaban. Drogas que les hacían obtener récords y medallas gracias a centésimas o décimas de segundos ganadas debido a ellas. En las Olimpiadas de 1972 celebradas en Munich, la prueba de los 400 metros vallas citada a lo largo de la novela fue ganada por John Akibua, de Uganda, con un tiempo de 47,82; en segundo lugar quedó Ralph Mann, de Estados Unidos, con un tiempo de 48,51; y el tercer puesto fue para David Hemery, de Gran Bretaña, con 48,52. En aquellos días España no figuraba más que en el furgón de cola del atletismo mundial.

Los datos sobre drogas y dopaje en el mundo del deporte referidos en estas páginas han sido extraídos de artículos publicados en La Vanguardia, El Periódico, El País y Avui a lo largo de estos últimos años. Los datos relativos a los juicios celebrados en Alemania durante los primeros seis meses de 1998, hasta el momento de completarse la novela, han sido igualmente extraídos de estos medios y son, por lo tanto, ciertos en cuanto al nombre de los atletas implicados y los entrenadores o médicos citados en ellos.

Los artículos de prensa reseñados en la novela son reales, y han sido reproducidos prácticamente como aparecieron publicados entre enero y junio de 1998, con sólo ligeros cambios para introducir claves o a los personajes imaginarios de esta historia.

Al terminar la novela, los juicios seguían y las implicaciones y repercusiones estaban abiertas a todo, con algunos primeros deportistas devolviendo medallas y renegando de su pasado mientras, en algunos casos, afirmaban ignorar lo que sucedió. En el otro frente, el de los perjudicados, con primeros atisbos de reclamaciones que abrían un enorme interrogante sobre el futuro inmediato del mundo del deporte, la expectación era enorme. Pero lo que es peor, los juicios permitieron saber que muchos de estos deportistas, dopados en su tiempo, están hoy muy enfermos, algunos crónicos, otros con cambios forzados de sexo, otros ya muertos.

Quizá, cuando finalmente se conozca toda la verdad, habría que tirar todas

*las enciclopedias deportivas y reescribir de nuevo la historia.
Gracias muy especiales a Saül Dalmau Casademont, que me facilitó todos
los aspectos técnicos de la novela, sin los cuales no habría podido
escribirla, y a Ester Pujol Arderiu, que me llevó hasta él.*

Vallirana y Barcelona, junio de 1998

El oro de los dioses

Jordi Sierra i Fabra

© de la imagen de cubierta, Suttherstock.

© Jordi Sierra i Fabra, 1998

© Editorial Planeta, S. A., 2000

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 9788408096436

notes

Notas

[1] Pierre de Coubertin fue el renovador de los Juegos Olímpicos e impulsor de su restablecimiento en 1896. (*N. del E*)

[2] El atleta canadiense Benjamin Johnson, plusmarquista mundial en 100 metros, fue desposeído de títulos y plusmarca por dopaje. (*N. del E.*)

Table of Contents

1 SALIDA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

2 CARRERA

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

3 LLEGADA

27

28

29

4 SPRINT FINAL

